

El cuento uruguayo

De los orígenes al modernismo



Serie del Nuevo Mundo

EL CUENTO URUGUAYO

**De los orígenes
al modernismo**



EDITORIAL UNIVERSITARIA DE BUENOS AIRES

De los orígenes al modernismo

Selección y presentación por
EMIR RODRIGUEZ MONEGAL

Uno de los géneros más favorecidos en la prosa uruguaya es, indudablemente, el cuento. Es escaso el número de buenos novelistas, dramaturgos y ensayistas, en tanto que casi siempre han abundado los cuentistas. Junto a la poesía lírica, el cuento es el género mejor representado a lo largo de unos ciento cincuenta años de literatura independiente. La razón más obvia de esta preferencia radica, es claro, en la pequeñez del mercado literario uruguayo. Un novelista necesita un público numeroso; también lo necesita, y tal vez más aún, el dramaturgo. Los ensayistas (con las luminosas excepciones de José Enrique Rodó y Carlos Vaz Ferreira) no han encontrado por otra parte bastante eco en el Uruguay. De ahí que el cuento y la poesía lírica, constituyeran hasta hace bien poco la masa de la literatura uruguaya. La situación está cambiando, aunque lentamente. En esa masa ya existente de títulos y autores es posible, por eso mismo, recoger algunas obras maestras.

Conviene advertir, sin embargo, que a diferencia de la poesía nacional que nace junto con la patria en los cielitos de Bartolomé Hidalgo (el precursor de la poesía gauchesca), el cuento uruguayo no alcanza su madurez sino mucho más tarde, hacia el último tercio del siglo diecinueve. Casi no cabe hablar de cuentistas antes de la generación del Novecientos, la que introduce y aclimata el modernismo, dándole un sabor particularmente nacional. Es cierto que un hombre de la generación anterior, el novelista Eduardo Acevedo Díaz, escribió algunos cuentos. Pero los suyos eran realmente crónicas de sucesos sangrientos que él mismo había presenciado, o parecían (como "El combate de la tapera", su obra maestra en el género) capítulos de novela, extraídos de una narración histórica más extensa y recortados a la medida del cuento.

Antes de la generación modernista hay estampas, crónicas, tradiciones anecdóticas en el estilo de las famosas del peruano Ricardo Palma. Esas formas (que practicaron con éxito escritores tan disímiles como Isidoro de María y Daniel Muñoz) apuntan un camino hacia el cuento, indican la ruta y ensayan un género que habría de encontrar su culminación poco más tarde. Resulta aleccionador, por lo mismo, el contraste entre la estampa costumbrista, escrita con evidentes timideces de narrador por Isidoro de María, y el relato ya robusto y decidido de Daniel Muñoz, con la deslumbrante aparición de una tentadora belleza criolla en medio del objetivo recuento de una acampada.

Precisamente, el auge del cuento coincide con el auge del modernismo y la aparición masiva de las revistas ilustradas en el Río de la Plata. Esta aparición se realiza en la última década del siglo XIX y se convierte en un movimiento poderoso en las dos o tres primeras décadas del nuevo siglo.

Ya Montevideo y Buenos Aires tienen una población suficiente, inquieta y cosmopolita que quiere ver reflejada la realidad circundante en notas gráficas y en relatos más o menos ágiles. Con el triunfo de esta forma literaria del periodismo ocurre el triunfo del cuento y la profesionalización de los cuentistas. Es la época en que el uruguayo Constancio C. Vigil funda en Montevideo el semanario *La Alborada*, antes de trasladarse a Buenos Aires para realizar empresas editoriales más ambiciosas. Es la época de otro semanario ilustrado, *Rojo y Blanco*, que dirige el crítico Samuel Blixen. Es la época de los *Almanaques*, adornados con fotografías exquisitamente cursis de niñas de la sociedad, en medio de poemas decorados con flores y cuentos y anécdotas livianas. Es también la época de las revistas literarias más o menos serias y ambiciosas, como la que en 1895-97 publica Rodó (*La Revista Nacional de Literatura y Ciencias Sociales*), como la que funda en Salto Oriental Horacio Quiroga hacia 1899, como ambiciosas, como la que en 1895-97 publica Rodó (*La Revista* 1901, *La Nueva Atlántida*, 1907) como la que crea y sostiene Raúl Montero Bustamante (*Vida Moderna*). En estas publicaciones se recogen cuentos, se fomenta la producción de cuentos, se organizan concursos de cuentos.

De todos los narradores uruguayos de este período, el más característico es Javier de Viana, que se inicia con algunos volúmenes de cuentos publicados en Montevideo (Campo, Guri) y con un intento hasta cierto punto frustrado de novela (*Gaucha*). Su carrera se cumplirá en ambas márgenes del

Plata —como las de Florencio Sánchez y Horacio Quiroga—, aunque su traslado a la otra orilla obedece a motivos no solo culturales. Debe refugiarse en Buenos Aires por haber participado en la fracasada revolución blanca de 1904. Desde la capital argentina continúa, amplía y desarrolla su labor de cuentista. El mayor aporte a la narrativa rioplatense es la presentación de un campo despojado de complacencias criollistas y blanduras retóricas, visto en su decadencia, en su corrupción política, en su agonía de mito archiexplorado. A partir del 1900, el cuento está ya sólidamente establecido en las letras uruguayas. Lo practican periodistas de talento como Domingo Arena, polígrafos como Manuel Bernárdez y Víctor Pérez Petit; hasta incursionan en él, ocasionalmente, novelistas como Carlos Reyles. Los mejores cuentistas encuentran también un mercado en la Argentina.

La selección

Para este primer volumen de una Antología del cuento uruguayo que ha sido planeada en tres, he seleccionado los cuentos y los cuentistas más importantes que aparecen hasta el triunfo de la generación modernista. El criterio ha sido flexible. Creo ocioso dedicar mucho tiempo a precisar retóricamente qué es un cuento y qué no es un cuento. Es un problema que ha preocupado a críticos y creadores pero que por lo general conduce a callejones sin salida. Así Quiroga (que reflexionó mucho sobre el tema) llega a la conclusión de que un cuento es una novela depurada de ripios, lo que es ofrecer una mala definición de la novela. Dentro de una extensión limitada, me parece razonable aceptar como cuento toda narración ficticia que se apoye principalmente en la imaginación, en la sensibilidad, en la visión dramática de personajes y sucesos más que en la mera transcripción anecdótica. Estas características no excluyen, sin embargo, la posibilidad de un cuento que se base en un hecho real y que incluso lo presente como tal. Por eso he incluido en esta Antología dos textos (uno de Isidoro de María, otro de Daniel Muñoz) que no son ficción, estrictamente hablando. Sin embargo, en am-

bos casos lo que más importa es la actitud interior del narrador: tanto de María como Muñoz escriben como quien cuenta una historia. También he incluido una parábola de Rodó, "Los seis peregrinos", porque en este caso la función meramente didáctica del género resulta superada en el espíritu del narrador por el placer de inventar y contar. Había en Rodó un narrador vergonzante que solo se autorizaba a crear ficciones en los intersticios de su considerable obra de ensayista.

He repartido desigualmente el espacio entre los diversos autores. Con una solitaria excepción, que en seguida comento, me ha parecido suficiente incluir un cuento de cada autor en este primer volumen. Pero en el caso de Javier de Viana no creí excesivo recoger hasta tres cuentos. Es evidente que se trata de un maestro, el primero de su tiempo. Es, además, un escritor muy prolífico, tal vez demasiado, que fue modificando su concepción del género a través de una larga práctica, y que no puede ser representado sino con la perspectiva de varios textos. A través de los tres cuentos elegidos es posible seguir la evolución del narrador, desde el naturalismo algo exacerbado del comienzo (sus maestros eran entonces Zola y Sader-Masoch) hasta la limpidez de un relato casi chejoviano como "Puesta de sol". La medida de Viana no la da un texto solo.

Para la presente selección he tenido en cuenta, entre otras anteriores, la Antología del cuento uruguayo recogida en dos volúmenes por Alberto Lasplacés (Montevideo, Claudio García y Cía., 1944). A pesar de su curiosa ordenación alfabética y sus flaquezas de juicio y elección, dicha Antología recoge algunos autores y textos valiosos, sobre todo entre los que cubren este período inicial. Ya es más dudoso su gusto en los autores modernos.

En este primer volumen de la presente Antología he pretendido ofrecer la visión de un género que surge lentamente y con dificultades, pero alcanza en muy poco tiempo la popularidad y la madurez. Esa madurez coincide con el apogeo de la literatura uruguaya.

EMIR RODRÍGUEZ MONEGAL

ISIDORO DE MARÍA

(1815 - 1906)

Nació en Montevideo; es autodidacto, tipógrafo, periodista. Vive un tiempo en la Argentina (como periodista, vinculado a Urquiza). Regresa al Uruguay y se dedica a la investigación histórica. Es también diputado e inspector de escuelas. Concluye su carrera como director del Archivo General Administrativo. Obras principales: primera biografía de Artigas; Compendio de Historia (1864-1902); Rasgos biográficos de hombres notables (1879-1895); Montevideo antiguo (1887-1895). De este último libro está tomado "Fruta del tiempo".

FRUTA DEL TIEMPO

1810

Era el tiempo de las candilejas, del polvillo, de las angaripolas y de las brujas, conjurios y apariciones, en que la gente creía a puño cerrado, que andaban por este pícaro mundo ánimas en pena, no sabemos si vestidas y calzadas, haciendo ruidos y dando cada susto, que daba miedo. Y todo ¿por qué? Por querer las pobrecitas algún sufragio, y como no podían hablar para pedirlo, se valían de hacer ruidos a oscuras en las casas para que les proporcionaran papel, tinta y pluma con que escribir lo que necesitaban para su descanso.

Y, ¡cosa maravillosa! Saber escribir en aquellos tiempos, en que cabildante hubo que apenas sabía poner su nombre en garabato chino, y en que la mujer a hurtadillas del padre o del abuelo aprendía a hacer palotes, era cosa de contarse. Y sin embargo, parece que todas las ánimas en pena sabían escribir, porque los vivientes lo primero que hacían era ponerles recado para que escribiesen lo que querían.

Fructa do tempo, dijera en portugués el capitán Arañas,

que no echaron en saco roto los muchachos más despiertos, que en todos tiempos hubo, aunque no tanto como en el día.

Cuento al caso, entre muchos tradicionales.

Había una anciana ricacha que apretaba los cordones de la bolsa, sin poderle sacar ni con engaños y fiestas ni un real para alfajores, el nietito que la acompañaba, porque era abuela y viuda. La señora, por lo visto, era tacaña, aunque no lo parecía por las limosnas que daba para San Benito, la Virgen del Rosario o San Roque, a los buenos tios que andaban pidiéndolas con la estampa al frente de la alcancía de lata que llevaban.

Ocurríase al diablito de Valentín jugarle una trastada a la abuela para sacarle los reales, pensando en el mazacote, los confites y alfajores, acordándose de los cuentos de la buena vieja.

¿Qué hace el mandinguita? Por dos o tres noches se levanta a altas horas, sin ser sentido, y empieza a meter ruido en la pieza inmediata al aposento de la abuelita, sin dejarla dormir. La buena señora, que no tendría poco de supersticiosa, reza y reza, creyendo que aquellos ruidos serían producidos por alguna pobrecita ánima que andaría penando.

Pero la cosa seguía, y preocupada la anciana con los ruidos, refiriólo en familia, para que rezasen, incluso el chiquitín, por el alivio de aquella alma, muy distante de imaginarse que fuesen obra del picaruelo.

Viendo éste que se chingaba en su plan, dícele el muy diablillo a la abuela: "Madre señora, usted nos ha dicho que cuando anda alguna ánima en pena, y hace ruidos para pedir lo que necesita, se le pone papel y tinta en alguna pieza sola, para que escriba lo que quiere".

Aquello fue un rayo de luz para la anciana. Convino en ello con toda su credulidad, e hizo en la noche siguiente poner recado de escribir en la mesa para el ánima.

Vuelven los ruidos a repetirse esa noche, pero el astuto chicuelo ya se había provisto de un papelito escrito, en que decía: "Necesito una misa y pido me pongan un peso bajo un ladrillo en la cocina, que vendré a recogerlo a la noche".

Coloca el papelito doblado sobre la mesa y al otro día lo encuentra la abuela, quien en la noche inmediata manda poner el peso en el sitio señalado, precisamente por el mismo nietito, después de un sermónico para enseñarlo a la piedad con las almas que andan penando.

¡Qué más quiso él! Lo puso más que ligero, pero en un dos por tres, sin que lo viesen, lo saca y se lo guarda.

Y se acabaron los ruidos, y la pobre vieja burlada en su santa intención, sin saberlo, queda satisfecha de su cristiana obra, y el bribonzuelo contento como unas pascuas con haber pescado los realitos a la madre señora para golosinas.

La credulidad en demasía era fruta del tiempo. La fantasía en las gentes sencillas les hacía ver en cada ruido en el silencio de la noche, aunque fuese producido por el gato volteando el jarro, la limeta o el candelero, alguna ánima en pena; o cada luz o fosforescencia que veían en medio de las tinieblas por los arrabales o alrededores del camposanto, aunque fuese de alguna luciérnaga, la tomaban por ánima en pena. Y cuentan las crónicas del tiempo, que hubo campesino que juraba haber sentido un ánima en la grupa de su caballo al cruzar los bosques de San José en una noche oscura, julepeándolo, sin atreverse a mirar para atrás. Así se explica la anécdota de aquel centinela del muro del Sur, cuando el ataque de los ingleses a San Felipe, que viendo bultos que se acercaban y luego desaparecían, tomólos por ánimas en pena, hasta que se convirtieron en rifleros de carne y hueso, viniéndose a descubrir la brecha.

Todo eso pase, si se quiere, pero tragar lo del papelito escrito por las ánimas, vamos, hay que convenir que eran más que tragaderas las de las viejas. Fruta del tiempo.

Pero el chiquitín de la jugada no contó con la huésped. Como en boca de criaturas dicen que no hay secreto, contó la cosa a otro de la escuela, compartiendo con él los confites y tortitas de morón compradas con el peso. Llegó a oídos del maestro Argerich o Pagola, que le dio una de palmetazos de padre y señor, y se lo hizo saber a su abuela, que le remachó el clavo con fuertes tirones de orejas, perdiendo su confianza en castigo de su mala acción, y no le quedaron más ganas al chicuelo de jugar así con las ánimas, para sacarle los realitos a su buena abuela.

Verdad es que entonces y hasta 30 años después, las figuraban o pintaban entre llamas, en los nichos parecidos al de la *Esquina del Anima*, o del Cristo, en el Cordón, o en los lienzos de uso en las iglesias para la Novena de *Animas*, y como allí se hacían aparecer de carne y hueso, se explica el por qué de la creencia de que pudiesen escribir lo que penando pedían a la piedad de las buenas almas.

Oremos por ellas, santo y bueno. Roguemos a Dios por los vivos y los muertos, como dice el catecismo y enseñaron los mayores en edad y gobierno. Pero, no tan calvo, como decía aquel de la broma al lienzo, cuando la fruta era ya de

otro tiempo, en que las pajuelas habían sido derrotadas por los palitos de fósforo.

Nos viene aquí a la memoria una broma, travesura, o como quiera llamársele, de Besnes e Irigoyen, que aunque de la más fresca data, se nos disimulará el injerto.

Era allá por el año 39 ó 40, cuando el buen padre Barreiro, cura a la sazón de la Matriz, mandó pintar un lienzo mejor que el de uso en ella y San Francisco, para estrenarlo en la Novena de Ánimas.

El pintor, que era un italiano, lo estaba trabajando en el coro de la Matriz. Ocurríale un día a Irigoyen y a Sagra ir a verlo, a horas en que no se hallase el pintor con la paleta y el pincel. Se cuelan ambos por la sacristía al mediodía, en ausencia del artista y del cura, y se dirigen al coro. Irigoyen observa que había de todo pintado en el cuadro de ánimas entre llamas, reyes con la corona, mujeres con el cabello suelto, hombres viejos y jóvenes de todas las clases, menos sacerdotes, y le tienta mandinga por dibujar en él, ¿qué les parece a ustedes? la cara del padre Barreiro con el bonete de cuatro picos. Y hecha la travesura se escurrieron ambos más que ligero, antes de que los tomasen infraganti.

Viene el pintor y se encuentra sorprendido con aquello. Bufo, se enoja, ¡Corpo di Bacol y para salvar su responsabilidad, va a decírselo al cura. Sube el padre a verlo, y amostazado o no, dijo al momento: "Vamos, esto es de Irigoyen, que no piensa cosa buena", y conociendo la indirecta, prima hermana de la de Tardáguila, añadió: "Bórralo y pinte un obispo con la mitra".

Y el citado artista así lo hizo, pintando un obispo en el lienzo, entre las rojizas llamas del Purgatorio.

DANIEL MUÑOZ

(1849 - 1930)

Nació en Montevideo, se educó en el colegio inglés de Mr. Reed. Emigrado en Buenos Aires (1875), participa en la organización de la Revolución Tricolor. Funda el periódico La Razón en 1878. Escribe crónicas con el seudónimo cervantino de "Sansón Carrasco". A partir del nuevo siglo se dedica casi exclusivamente a la política y la diplomacia. Es embajador en Roma y en Buenos Aires (1902). Obras principales: Cristina (novela, 1885) y dos colecciones de Artículos (1884 - 1893). "Una acampada" pertenece a estos últimos.

UNA ACAMPADA

En medio de la niebla espesa de una madrugada de octubre había levantado campamento la división a que accidentalmente estaba incorporado en desempeño de una comisión, una división de caballería, fuerte de novecientos hombres, armados en su mayor parte de lanzas. Unos pocos llevaban tercerolas o fusiles recortados, formando un piquete que marchaba a vanguardia, como reserva de las partidas exploradoras. La mañana se había presentado encapotada de gris, velado todo el paisaje por una neblina densa que se condensaba en gotas en las ramas de los árboles, barnizando con la humedad el follaje naciente. Acampados durante la noche a la costa de un arroyo, en las puntas de la sierra de Illescas, habíamos tenido que alejarnos del monte, cuyo ramaje goteaba sobre nosotros menuda llovizna. Al clarear el día habían tocado a montar, y la columna se puso en marcha inmediatamente, formando en filas de a cuatro jinetes por no permitir otra formación las angosturas de la sierra que atravesábamos.

El paisaje era de una triste monotonía. No se distinguía

nada a veinte pasos a la redonda. Parecía que no adelantáramos en medio de aquel ambiente gris que no presentaba un solo punto de orientación. Yo había perdido por completo toda noción de rumbo y dejaba ir a mi caballo siguiendo a los demás, al tranco, cerca del baqueano que marchaba a la cabeza, solo, como un jefe, el sombrero echado sobre los ojos, la cabellera sujeta bajo el pañuelo de seda negra que le cubría las orejas formando marco al rostro bronceado, rígido, en que solo se movían los ojos verdosos, aparentemente velados, pero en los cuales se traslucía una mirada intensa que penetraba al través de la niebla, orientándose sin vacilaciones en aquella comarca agreste y desierta. Montaba un caballo bayo encerado, de mucha alzada, descarnado, mostrando la fuerte armazón de los huesos.

El bayo humeaba por las narices, las dos orejas tiesas, alerta como su jinete, tranqueando largo. Hombre y caballo formaban una sola pieza que se movía a un mismo impulso, enhorquetado aquél sobre el lomillo, el estribo corto para mayor comodidad, la mano apoyada en el mango del rebenque, sobre la cabezada, abriantada la pelusa del poncho con las menudísimas gotas de la niebla.

La marcha seguía silenciosa y monótona por entre la cerrillada pedregosa de la sierra. De repente surgían a uno y otro lado grandes bultos negros de proporciones gigantescas, que se achicaban a medida que nos acercábamos a ellos, detallándose aquellas masas informes en grupos de piedras por entre cuyas hendiduras brotaban arbustos de espeso y oscuro follaje, y al alejarse, nuevamente se condensaban en bultos enormes que crecían, crecían, borrándose gradualmente hasta desaparecer como fantasmas mudas entre la niebla.

El paso de la columna retumbaba con un redoble sordo en el seno pétreo de los cerros que se adivinaban más que se veían a ambos lados del trillo que seguíamos. De cuando en cuando se oían relinchos de caballos invisibles, y al momento salían en dirección a los relinchos grupos de soldados en procura de aquella presa de guerra, perdiéndose entre la bruma gris. Después de una hora de camino el baqueano sujetó ante una cañada que cerraba el paso. Toda una columna hizo alto. Los caballos, al sentir la rienda suelta resoplaban fuerte por las narices y hacían coscojear los frenos. El baqueano escudriñó los contornos del sitio en que se encontraba, y después de dos minutos de indecisión, tomó resueltamente a la derecha, costeando el zanjón, erizado de pajas y de juncos. A poco más de media cuadra encontró un

vado, un paso estrecho, de barrancas empinadas y barrosas. Vadeó él solo, primero, dejando que el caballo tantease el fondo fangoso de la cañada. El animal manoteó en el agua cautelosamente, y cerciorado de que hacía pie, dio un paso dentro. Sintiendo que se hundía, adelantó la otra mano, y encogiéndose los remos traseros, de un salto alcanzó la orilla opuesta, trepando el barranco resbaladizo con paso inseguro, despatarrándose, pegoteada la punta de la cola con el lodo, como la cerda de un pincel. Tras de él pasamos todos los que íbamos en el grupo con los jefes, uno a uno, ahondándose el pantano bajo el chapoteo de los caballos que se hundían hasta las rodillas en aquel fango oscuro, espeso y pegajoso. La soldadesca siguió pasando en tropel, en medio de risas y de gritos. La cañada era un accidente que venía a romper la monotonía de aquella marcha silenciosa por entre un paisaje invisible.

Al pasar al otro lado, oímos, cercanos, ladridos de perros, que al instante nos rodearon avanzándonos con furia. A pocas varas surgió de entre la niebla un rancho, una choza miserable, de paredes de tierra y techo de paja, remendado en el centro de la cumblera con un cuero de vaca yaguané, que parecía un animal extraño de patas cortas y ojos hundidos, que se asomaba por entre el rancho para mirarnos. No se veía a nadie, ni en el pequeño patio ni en la puerta del casucho. Bajo una enramada miserable había un caballo overo sujeto por el cabestro del bozal y dos terneros éticos atados en los horcones. Los perros seguían ladrando; sin atacarnos: uno grande, barcino, con las orejas cortadas, otro bayo claro, curtida la cabeza de cicatrices, el rabo arqueado y un cuzquillo lanudo, cegado por los pelotones de lana que le caían sobre los ojos y que ponía notas tiples destempladas en aquel coro de ladridos.

Después de llamar repetidas veces apareció un hombre, ya entrado en años, flaco de miseria, dio dos pasos fuera de la puerta y se detuvo receloso, huraño, mirándonos por debajo del ala del sombrero. Rezongó los buenos días entre dientes, como de mala gana, y quedó esperando. Después cobrando confianza nos invitó a apearnos. El overo relinchaba bajo la enramada al sentir el paso de la caballada, que seguía desfilando a alguna distancia. Tres soldados, apartados de la columna, se acercaban en dirección al caballo.

El dueño entonces dirigiéndose al jefe, se quitó el sombrero y pidió por su overo, el único caballo que tenía para recoger su pequeña majada y sus pocas vacas. Según él, no

valía para nada, era un mancarón aguatero, inservible para una jornada. A las súplicas salió del rancho una mujer, envuelta más por la pobreza que por los años, y unió sus ruegos a los de su hombre para que no le llevaran el caballo. El jefe los tranquilizó asegurándoles que nadie llevaría el overo y ante esta promesa aquellos infelices prodigaron sus agradecimientos y empezaron a disponer todo para obsequiarnos como mate. Nos habíamos apeado, acucillándonos al reparo del alero del rancho, mientras los asistentes cuidaban nuestros caballos. A lo lejos se oía todavía el griterío de los soldados que seguían vadeando la cañada, convertida ya en pantano profundo.

A poco se acercó la mujer trayendo el mate, y tras ella apareció otra, una joven que no llegaba a los veinte, esbelta en amplitud de sus formas desarrolladas, modelándose las turgencias de su juventud rozagante bajo la bata de perca. Parecía que les había robado toda la savia de la vida a los dos viejos, enjutos, como esas plantas vigorosas que agostan a todas las que la rodean, dejándolas raquíticas bajo su frondosidad exuberante, atajándoles el amor del sol y chupándoles los jugos de la tierra. Alta, el talle algo grueso pero flexible, el cabello castaño sujeto en trenzas enroscadas en un apretado rodete, los ojos garzos sombreados por tupidas pestañas, el óvalo correcto, la boca fresca, la tez ligeramente trigüeña, parecía más que la hija de aquellos seres envejecidos por la miseria, la virgen salvaje de aquella comarca desierta. Balbuceó un saludo, iluminándosele el rostro de rubores, y entregó el mate que traía a uno de los oficiales. Quedó después parada, mirándonos con ojos extraños, como si fuésemos hombres de otra especie que los que ella conocía. Se veía en su semblante plácido, pintado el asombro del campesino al ver por primera vez un espectáculo teatral. Nuestros trajes caprichosos, las armas bruñidas, el correa de las espadas, la apostura desenvuelta, la conversación amena y culta, todo la encantaba, la seducía, dejándolo adivinar en el brillo de la mirada, extasiada en la contemplación de aquel grupo animado de hombres de guerra, bizarros en la originalidad de sus trajes y arreos de soldados revolucionarios. Parecía que le subía al rostro en llamaradas rosadas la revelación de un secreto íntimo, de algo que por primera vez adivinaba, que se agitaba dentro de ella ondulando en sus senos mórbidos que se erguían amenazando rasgar la delgada tela que los oprimía.

La columna en tanto seguía desfilar. Se la veía mo-

verse entre la niebla como una procesión de sombras fugitivas, y todavía se oían en la cañada gritos y risas, dificultado cada vez más el paso a punto de hacerse peligroso. La caballada suelta la habían hecho pasar por otro sitio y se sentía el tropel de la arreada en medio de relinchos y chasquidos de látigos. No menos de tres mil caballos llevábamos de reserva, después de quince días de recogida en una zona extensa. Los campos quedaban trillados al paso de aquella manada inmensa.

Cuando vinieron a avisarnos que toda la columna había ya vadeado, nos preparamos para partir. Los pobres viejos que nos habían hospedado durante una media hora ofreciéndonos todo lo que su estrechez les permitía, nos despidieron con augurios de triunfo en la contienda en que estábamos empeñados, agradeciéndonos nuevamente el haberles dejado el caballo overo. La joven de ojos garzos nada dijo. Estaba como aterrada ante la idea de aquella partida brusca que la dejaba nuevamente en la triste soledad en que había vivido. Y cuando montamos y echamos a andar, siguió al grupo con una mirada que traducía un ruego, como suplicando que le robasen a la tristeza de su virginidad estéril, despertada en aquel rato del sueño de la ignorancia de la vida. Como forzada a obedecer al último impulso de su naturaleza salvaje, avanzó unos pasos hacia el grupo que se alejaba, de repente se detuvo, llevó a sus ojos el delantal que cubría su pollera, y encaminóse con paso tardo a su miserable choza, volviendo repetidamente los ojos abrillantados en lágrimas. El overo, bajo la enramada, relinchaba despidiendo a sus compañeros.

El rancho fue borrándose poco a poco de nuestra vista hasta que se lo tragó por completo la niebla y nosotros picamos nuestros caballos, flanqueando la columna hasta ponernos a la cabeza. El cielo empezaba a desgarrarse, dejando ver manchas de azul. La mañana avanzaba serena y tibia, presagiando lluvia. Llegábamos ya a los últimos estribos de la sierra, y el campo llano se abría por delante, brillando con reflejos de esmeralda las lomas lejanas, ya bañadas por el sol primaveral que había logrado rasgar la niebla amontonándola en espesos copos que se desprendían de la tierra y flotaban errantes en el aire quieto.

Media hora después el paisaje se ofrecía en toda su extensión hasta el horizonte brumoso todavía. El cielo, moteado de vellones azuleaba en lo alto, y el sol calentaba la tierra activando la fecundación. Era un día de primavera avanzada, caluroso y húmedo, en que toda la naturaleza

respiraba en ese ambiente pesado de los invernáculos. La columna formada ahora en hileras de a diez, marchaba al trote, apurando para llegar al sitio designado para la carneada antes del mediodía. Se le veía ondular como una enorme serpiente siguiendo las sinuosidades del campo mameonado. Las lanzas brillaban como escamas de plata. Por delante coronaban las alturas nuestras avanzadas exploradoras y a los lados iba la caballada suelta, arreada y flanqueada por los soldados encargados de su custodia. El baqueano, siempre adelante, seguía el rumbo fijo, al tranco andador de su caballo que se descuadrillaba en aquel andar de sobrepaso.

Al dominar una cuchilla que se prolongaba como el lomo de un cetáceo inmenso, apareció en el bajo la cinta oscura del monte que franqueaba un arroyo, el arroyo de Godoy, de curso sinuoso por entre altas lomadas. Del otro lado, una casa de material blanqueaba iluminada por el sol, mientras la cabeza coronaba la cuesta de la cuchilla. Hicimos alto en la ladera vertiente, cerca del arroyo, y del clarín de órdenes lanzó una nota aguda, vibrante, prolongando desensillar. En pocos minutos, quedó la falda de la cuchilla poblada de grupos de soldados, que improvisaban hogueras. No se armó ninguna carpa, ni la de los jefes, que buscaron el reparo de unos árboles para pasar la siesta. En el campamento se animaba en la actividad de los preparativos para comer. Los soldados bajaban con sus caballos a la aguada mientras se hacía la carneada. Se había exigido al hacendado un tributo de veinte reses que había entregado sinasas con el plomo mate de las nubes.

protesta, habituado ya a aquellas exacciones. Tuvo hasta la deferencia de venir personalmente al fogón de los jefes a saludarlos y ofrecerles lo que necesitasen. Dio noticias de algunas partidas enemigas que habían pasado por allí días antes arreando todos los caballos del vecindario.

Cien hogueras ardían en el campamento ahumando el cielo, y en torno de cada una de ellas se veían grupos de soldados que mateaban, mientras se cocían los asados. Las lanzas clavadas por el regatón en la tierra, espejaban al sol, pendientes las banderolas lacias por falta de viento. Había lanzas de todas formas y tamaños, desde algunas largas y agudas como dagas hasta otras cortas y ovaladas como pequeños peces, lisas unas, y otras bradas, éstas con medias sencillas, aquéllas con doble media luna, esotra en forma serpentilana, al lado una de tres filos como una bayoneta, y por todo el campamento lanzas comunes, de meharra sencilla, lanza de tropa encabada en asta corta y recia. Los aperos eran tan variados como las lanzas, ricos unos, chapeados de plata, y otros pobres miserables, compuestos de una mala jerga, un

omillo de bastos destripados, y un cuero de carnero. Todo creaba al sol en aquel mediodía tibio, pintada la ladera con los colores de los ponchos tendidos en el suelo y las prendas multicolores de los vestuarios caprichosos. A las tres de la tarde nos pusimos nuevamente en marcha, después de haber dado descanso a la gente y a la caballada. Nos quedaban algunas leguas de jornada para llegar un día hasta Carupá donde debíamos esperar instrucciones, picamos trote largo desde que nos movimos, apurando para campar, antes de que se echase encima la tormenta que avanzaba en el cielo desde el norte en densos y oscuros nubarrones. Al repechar una loma alta se vio toda la columna en formación, las banderas de las lanzas flameantes, agitada toda la masa de hombres y de caballos con el sacudimiento del trote. La cola de la larga columna se explayaba en el lado, una casa de material blanqueaba iluminada por el sol, mientras la cabeza coronaba la cuesta de la cuchilla. Después de cinco minutos de descanso seguimos la marcha. La tarde se echaba pesada y calurosa en el bochorno de la tormenta próxima. Detrás, a lo lejos, se borraban entre brumas las accidencias de la sierra, que aparecía como una cordillera azulada, recortando sus perfiles sobre una franja de luz amarillenta que iluminaba el cielo en el horizonte. Los ganados huían a un lado y a otro ante el tropel sordo de la caballada al trote. Tres o cuatro peones que recorrían el campo desaparecieron a toda rienda a la vista de la columna, meros de ser reclutados. El sol caía rápidamente, sin rayos, encendido como un globo de fuego entre los vapores condensados. Era apenas una luz en el cielo, velada por un tul de brumas, sin irradiar un reflejo, sin proyectar una sombra, como esas fosforescencias que no iluminan en torno suyo. Sordos redobles lejanos como de tambores fúnebres, llegaban hasta nosotros anunciándonos la tormenta. La cúspide blancuzca y redondeada de un nubarrón que se levantaba desde el horizonte inyectaba de fuego continuamente, anaranjándose y oscu-

reciéndose como si el fuelle de una fragua la encandeciese soplidos.

El baqueano apuraba el sobrepaso de su bayo viejo poder acampar antes de que empezase a llover. El monte arroyo negreaba a lo lejos en las últimas claridades de tarde. El sol se apagaba en el horizonte como una lámpara falta de aceite. Era ya apenas una mancha amarillenta próxima a ser borrada por el nublado que avanzaba lentamente conquistando palmo a palmo todo el cielo. Solo en el poniente quedaba una laguna azul pálido, mientras el firmamento se ennegrecía y parecía descender hacia la tierra, como una inmensa tapa cóncava de plomo, próxima a cubrir todo el paisaje. Solo al resplandor de los relámpagos nacidos bajo el horizonte, se detallaba aquella masa oscura en pesados nubes troncos, franjeados de luz fugitiva, volviendo en seguida a unirse en una nota apizarrada.

Llegamos por fin al sitio designado para campamento en un seno que hacía el monte. Se mandó desensillar a prisa y atar a soga los caballos que cada soldado traía consigo. El campamento quedó instalado en corto tiempo. En la garganta del seno, acampó el piquete de fusileros. En el centro se armaron las carpas de los jefes y ayudantes, y al contorno del monte, todo el resto de la tropa. En la ladera de la cuchilla vertiente se hizo ronda a la caballada, que coreaba en continuos relinchos, de extrañeza de querencia de llamada a los compañeros, de recelo de la tormenta inminente. En la penumbra del crepúsculo se vislumbraban, sobre las alturas, las siluetas confusas de los centinelas avanzados.

Se hizo la carneada de una punta de ovejas que había arreado en la marcha, y que balaban desesperadas, esperando el resto de la majada, las madres separadas de las crías los corderos reclamando a las madres, azoradas todas en aquel movimiento y bullicio de la soldadesca que las pisaba y degollaba en medio de risas y gritos.

El cielo se incendiaba todo en resplandores pajizos dejaban entrever trozos de paisajes como visiones de linterna mágica. De repente la luz se prolongaba en una raya temblante en la rosa de fuego lívido que hacía palidecer las hogueras de campamento, apagándose en seguida sin dejar un rastro de luz, mientras el trueno repercutía en un redoble continuo tiempo que dentro del campamento mismo se oía que se acentuaba por momentos como si de pronto se case, y ensordecía por momentos como si se alejase en retirada. Y en medio de ese rumor perpetuo, se oían a rasgarse al bajo. Detenida allí por la línea de fogones,

relámpagos lejanos de cañones, detonaciones de descargas de fusilería, tropel de caballos lanzados a la carrera, como si todo el ejército del cielo viniese avanzando desde los extremos del horizonte para cercarnos y librarnos batalla en aquel reducido espacio que ocupábamos, en aquel seno del monte, en aquella arboleda oscura se iluminaba de un verde claro ceniciento al resplandor de los relámpagos.

Los caballos, atados a las estacas con los maneadores, no estaban, nerviosos y asustadizos ante aquel pestañear vívido del cielo fulgurante. La cabeza erguida, las orejas paradas, el ojo brillante, se revolían inquietos, enredándose en las soga, temblorosos a cualquier roce, como si de todos lados temiesen el peligro. Los cuidadores no cesaban de rondar en torno a la caballada suelta, que amagaba a cada momento a la disparada.

Los jefes y ayudantes, después de cenar el asado, mantenían y charlaban en la carpa principal. La tropa descansaba, y solo quedaban encendidos en brasas los fogones, que se apagaban a cada relámpago que serpeaba en el firmamento, como rindiéndose a la mayor potencia de luz.

De repente, una llamarada de un azul lívido abrasó todo el cielo. El paisaje entero surgió de las tinieblas titilando ante los ojos en un resplandor fosforescente durante dos segundos, desapareció repentinamente como si le hubiesen echado encima un denso velo negro y en la lóbreguez de las tinieblas brotó una escala de notas atipladas, que fue cubriendo en tonos estridentes hasta estallar en una detonación aterradora que se prolongó en retumbos sordos, como si dos moles inmensas hubiesen chocado en el espacio, desmenuzándose en fragmentos que se derrumbaban sobre la tierra.

Y todavía no acallados los últimos rezongos de aquel trueno que había hecho retemblar el suelo, otra tronada se oyó, sorda, continuada, que parecía brotar de las entrañas del terreno que pisábamos, como si la tierra en lucha con el cielo, quisiese hacer alarde de sus fuerzas devastadoras. Aquel fragor de terremoto, originado en la altura, descendió al bajo en que estábamos acampados, se detuvo en la línea de fogones que cerraba la boca del campamento, y de nuevo se replegó a la altura con redoble ensordecedor, al tiempo que dentro del campamento mismo se oía que se acentuaba por momentos como si de pronto se case, y ensordecía por momentos como si se alejase en retirada. Y en medio de ese rumor perpetuo, se oían a rasgarse al bajo. Detenida allí por la línea de fogones,

EDUARDO ACEVEDO DÍAZ

(1851 - 1924)

había remolineado y vuelto a emprender la carrera hacia repecho. Asustados a su vez los caballos atados a la so habían echado a correr, reventando unos los maneados arrancando otros las estacas, azuzándose todos entre sí con latigazos de los maneadores. Algunos soldados consiguieron montar en pelo antes que sus caballos se soltasen; los demás se refugiaron en el monte, y gracias a ese reparo no hubo que lamentar muchas desgracias, pues los caballos, ennegridos por el miedo, enredados unos con otros, disparaban azorados llevando por delante todo lo que encontraban, liados en una tralla inmensa formada por los maneadores, cuyas estacas, viboreando por los aires, se habían liado. La carpa de los asistentes fue arrasada por aquel ciclón viviente que disparaba a la redonda enloquecido, mientras el receptor de la caballada se disgregaba en pequeños grupos que se atropellaban en una carrera sin rumbo, aquí detenidos por un obstáculo insuperable, allí retrocediendo a los tiros de las guardias avanzadas, más allá deslumbrados por la luz ennegrecedora de los relámpagos, aterrados por el fragor de los truenos, chocando unos con otros aquellas langes de animales arrastrados por el vértigo, en tanto que el cielo, como si no quisiese perder un solo detalle de aquella escena que en las tinieblas de la tierra se producía, se iluminaba en un incendio imponente, iluminando todo el paisaje. Y se oían resplandores de una lividez aterradora. Y se oían tiros, y el suelo temblaba al redoble de los cascos de los caballos disparados, hasta que el fuego del cielo se derramó en una lluvia torrencial que dominó todos los ruidos y apagó las últimas ascuas de los fogones.

.. .. .

.. .. .

Nació en la villa de la Unión, que hoy forma parte de Montevideo. Desde muy joven se dedicó a la política, llegando a participar en varias revoluciones del Partido Nacional, Blanco, convirtiéndose en uno de sus más importantes jefes militares. Periodista de combate, orador, tribuno, la figura de Eduardo Díaz tiene lugar decisivo en la historia política del Uruguay. En sus últimos años se apartó del Partido Blanco y colaboró con el presidente colorado, don José Batlle y Ordóñez, desde distintos cargos diplomáticos en varios países europeos y en los Estados Unidos. Su actividad literaria coincide casi exactamente con uno de sus destierros en la Argentina. Entonces escribe y publica sus obras más importantes: *Los tres primeros volúmenes de un ciclo histórico* (1888), *El cielo* (1890) y *Grito de gloria* (1893). También publica una *escena que en las tinieblas de la tierra se producía*, que substitula Tradición del maba en un incendio imponente, iluminando todo el paisaje. La última obra del ciclo histórico, *Lanza y sable*, se publica solo en 1914. Aunque no forma parte del ciclo, la *acción de El combate de la tapera* corresponde al intervalo entre la acción de Ismael (el triunfo de Artigas sobre los apañoles) y la de Nativa (la ocupación brasileña).

EL COMBATE DE LA TAPERA

1

Era después del desastre del Catalán, más de setenta años hace.

Un tenue resplandor en el horizonte quedaba apenas a la luz del día.

La marcha había sido dura, sin descanso.

Por las narices de los caballos sudorosos escapaban haces

de vapores, y se hundían y dilataban alternativamente ijares como si fuera poco todo el aire para calmar el ardor de los pulmones.

Algunos de estos generosos brutos presentaban heridas anchas en los cuellos y pechos, que eran desgarraduras hechas por la lanza o el sable.

En los colgajos de piel había salpicado el lodo de arroyos y pantanos, estancando la sangre.

Parecían jamelgos de lidia, embestidos y maltratados los toros. Dos o tres cargaban con un hombre a grupas, más de los jinetes, enseñando en los cuartos uno que otro surco rojizo, especie de líneas trazadas por un látigo acero, que eran huellas recientes de las balas recibidas la fuga.

Otros tantos, parecían ya desplomarse bajo el peso su carga, e iban quedando a retaguardia con las cabezas gachas, insensibles a la espuela.

Viendo esto el sargento Sanabria gritó con voz pujante:—¡Alto!

El destacamento se paró.

Se componía de quince hombres y dos mujeres; hombres fornidos, cabelludos, taciturnos y bravíos; mujeres dragones de vincha, sable corvo y pie desnudo.

Dos grandes mastines con las colas barrosas y las lenguas colgantes, hipaban bajo el vientre de los caballos, puestos los ojos en el paisaje oscuro y siniestro del fondo de donde venían, cual si sintiesen todavía el calor de la pólvora y el clamoreo de guerra.

Allí cerca, al frente, percibíase una "tapera" entre las sombras. Dos paredes de barro batido sobre "tacuaras" horizontales, agujereadas y en parte derruidas; las testeras, como el techo, habían desaparecido.

Por lo demás, varios montones de escombros sobre los cuales crecían viciosas las hierbas; y a los costados, formando un cuadro incompleto, zanja semicegada, de cuyo fondo surgían saúcos y cicutas en flexibles bastones ornados de racimos negros y flores blancas.

—A formar en la tapera —dijo el sargento con ademán de imperio—. Los caballos de retaguardia con las mujeres a que pellizquen... ¡Cabo Mauricio! haga echar cinco dragones al vientre a tierra, atrás del cicutal... Los otros adonde de la tapera, a cargar tercerolas y trabucos. ¡Pie a los dragones, y listo, canejo!

La voz del sargento resonaba bronca y enérgica en la quietud del sitio.

Ninguno replicó.

Todos traspusieron la zanja y desmontaron, reuniéndose poco a poco.

Las órdenes se cumplieron. Los caballos fueron maneados detrás de una de las paredes de lodo seco, y junto a ellos se echaron los mastines resollantes. Los tiradores se arrojaron al suelo a espaldas de la hondonada cubierta de malezas, mordiendo el cartucho; el resto de la extraña tropa distribuyóse en el interior de las ruinas que ofrecían buen número de troneras por donde asestar las armas de fuego; y las mujeres, en vez de hacer compañía a las transidas cabalgaduras, pusieron a desatar los sacos de munición o pañuelos llenos de cartuchos deshechos, que los dragones llevaban atados a la cintura en defecto de cananas.

Empezaban afanosas a rehacerlos, en cuclillas, apoyadas en las piernas de los hombres, cuando caía ya la noche.

—Naide pite —dijo el sargento—. Carguen con poco ruido de baqueta y reserven los naranjeros hasta que yo ordene... ¡Cabo Mauricio! vea que esos mandrias no se duerman si no quieren que les chamusque las cerdas... ¡Mucho ojo y la oreja parada!

—Descuide, sargento —contestó el cabo con gran ronquera—; no hace falta la advertencia, que aquí hay más torazón que garganta de sapo.

Transcurrieron breves instantes de silencio.

Uno de los dragones, que tenía el oído en el suelo, levantó la cabeza y murmuró bajo:

—Se me hace tropel... Ha de ser caballería que avanza.

Un rumor sordo de muchos cascos sobre la alfombra de hierbas cortas, empezaba en realidad a percibirse distintamente.

—Armen cazoleta y aguaiten, que ahí vienen los portugueses. ¡Va el pellejo, barajo! Y es preciso ganar tiempo a que resuellen los mancarrones. Ciriaca, ¿te queda caña en la mimosa?

—Está a mitad —respondió la aludida, que era una criolla maciza vestida a lo hombre, con las greñas recogidas hacia arriba y ocultas bajo un chambergo incoloro de barboquejo de lonja sobada—. Mirá, güeno es darles un trago a los hombres...

—Dales chinaza a los de avanzada, sin pijotearlos.

Ciriaca se encaminó a los saltos, evitando las "rosas" agachóse y fue pasando el "chifle" de boca en boca.

Mientras esto hacía, el dragón de un flanco le agachaba las piernas y el otro le hacía cosquillas en el sacro cuando ya no era que le pellizcaba alguna forma más bida, diciendo: "¡luna llena!".

—¡Te ha de alumbrar muerto, zafao! —contestaba riendo al uno; y al otro: —¡largá lo ajeno, indino!— y al más allá: —¡a ver si aflojás el chisme, mamón!

Y repartía cachetes.

—¡Poca vara alta quiero yo! —gritó el sargento con acento estentóreo—. Estamos para clavar el pico, y andan a requeibros, golosos. ¡Apartáte Ciriaca, que aurita no chiflan las redondas!

En ese momento acrecentóse el rumor sordo, y sonó una descarga entre voceríos salvajes.

El pelotón contestó con brío.

La tapera quedó envuelta en una densa humareda sembrada de tacos ardiendo; atmósfera que se dispó bien pronto para volverse a formar entre nuevos fogonazos y broncos clamoreos.

En los intervalos de las descargas y disparos, oíase un furioso ladrado de los mastines haciendo coro a los ternereros crudos juramentos.

Un semicírculo de fogonazos indicaba bien a las claras que el enemigo había avanzado en forma de media luna para dominar la tapera con su fuego graneado.

En medio de aquel tiroteo, Ciriaca se lanzó fuera de un atado de cartuchos, en busca de Mauricio.

Cruzó el corto espacio que separaba a éste de la tapera en cuatro manos, entre silbidos siniestros.

Los tiradores se revolvían en los pastos como culebras en constante ejercicio de baquetas.

Uno estaba inmóvil, boca abajo.

La china le tiró de la melena, y notóla inundada de un líquido caliente.

—¡Mirá! —exclamó—, le ha dao en el testuz.

—Ya no traga saliva —añadió el cabo—. ¿Trujiste la vora?

—Aquí hay, y balas para hacer tragar a los portugueses. Lástima que estea oscuro... ¡Cómo tiran esos mandrias!

Mauricio descargó su carabina.

Mientras extraía otro cartucho del saquillo, dijo, morriendo:

—Antes que éste, ya quisieran ellos otro calor. ¡Ah, si me agarran, Ciriaca! A la fija que te castigan como a Fermina.

—¡Que vengan por carne! —barbotó la china.

Y esto diciendo, echó mano a la tercerola del muerto, que se puso a baquetear con gran destreza.

—¡Fuego! —rugía la voz del sargento—. Al que afloje lo degüello con el mellao.

Las balas que penetraban en la tapera, habían dado ya en tierra con tres hombres. Algunas, perforando el débil muro de lodo, hirieron y derribaron varios de los transidos matalotes.

La segunda de las criollas, compañera de Sanabria, de nombre Catalina, cuando más recio era el fuego que salía del interior por las troneras improvisadas, escurrióse a manera de tigre por el cicutal, empuñando la carabina de uno de los muertos.

Era Cata —como la llamaban— una mujer fornida y hermosa, color de cobre, ojos muy negros velados por espesas pestañas, labios hinchados y rojos, abundosa cabellera, cuerpo de un vigor extraordinario, entraña dura y acción sobria y rápida. Vestía blusa y chiripá y llevaba el sable a la bandolera.

La noche estaba muy oscura, llena de nubes tempestuosas; pero los rojos culebrones de las alturas o grandes "refugios" en lenguaje campesino, alcanzaban a iluminar el radio que el fuego de las descargas dejaba en las tinieblas.

Al fulgor del relampagueo, Cata pudo observar que la tropa enemiga había echado pie a tierra y que los soldados hacían sus disparos de "mampuesta" sobre el lomo de los caballos, no dejando más blanco que sus cabezas.

Algunos cuerpos yacían tendidos aquí y allá. Un caballo moribundo con los cascos para arriba se agitaba en convulsiones sobre su jinete muerto.

De vez en cuando un trompa de órdenes lanzaba sonos precipitados de atención y toques de guerrilla, ora cerca, ya lejos, según la posición que ocupara su jefe.

Una de esas veces, la corneta resonó muy próxima.

A Cata le pareció por el eco que el resuello del trompeta no era mucho, y que tenía miedo.

Un relámpago vivísimo bañó en ese instante el matorral y la loma, y permitiéndole ver a pocos metros al jefe del destacamento portugués que dirigía en persona un despliegue sobre el flanco, montado en un caballo tordillo.

Cata, que estaba encogida entre los sauces, lo reconoció al momento.

Era el mismo; el capitán Heitor, con su morrión de penacho azul, su casaquilla de alamares, botas largas de cuero de lobo, cartera negra y pistoleras de piel de gato.

Alto, membrudo, con el sable corvo en la diestra, sobresalía con exceso de la montura, y hacía caracolear su tordillo de un lado a otro, empujando con los encuentros a los soldados para hacerlos entrar en fila.

Parecía iracundo, hostigaba con el sable y prorrumpía en denuestos. Sus hombres, sin largar los cabestros y sufriendo los arranques y sacudidas de los reyunos alborotados, reblaban el esfuerzo, unos rodilla en tierra, otros escudándose en las cabalgaduras.

Chispeaba el pedernal en las cazoletas en toda la línea y no pocas balas caían sin fuerza a corta distancia, junto al taco ardiendo.

Una de ellas dio en la cabeza de Cata, sin hierirla, pero derribándola de costado.

En esa posición, sin lanzar un grito, empezó a arrastrarse en medio de las malezas hacia lo intrincado del matorral sobre el que apoyaba su ala Heitor.

Una hondonada cubierta de breñas favorecía sus movimientos.

En su avance de felino, Cata llegó a colocarse a resaca de guardia de la tropa, casi encima de su jefe.

Oía distintamente las voces de mando, los lamentos de los heridos, y las frases coléricas de los soldados, proferidas ante una resistencia inesperada, tan firme como brava.

Veía ella en el fondo de las tinieblas la mancha oscura aún que formaba la tapera, de la que surgían chirridos continuos y lúgubres silbidos que se prolongaban en el espacio, pasando con el plomo mortífero por encima del matorral; a la vez que percibía a su alcance la masa asaltante al resplandor de sus propios fogonazos, moviéndose en orden, avanzando o retrocediendo, según las voces imperativas.

De la tapera seguían saliendo chorros de fuego entre una humareda espesa que impregnaba el aire de fuerte olor a pólvora.

En el drama del combate nocturno, con sus episodios y detalles heroicos, como en las tragedias antiguas, había un coro extraño, lleno de ecos profundos, de esos que solo parten de la entraña herida. Al unísono con los estampidos, oíanse gritos de muerte, alaridos de hombre y de mujer unidos por la misma cólera, sordas ronqueras de caballos espantados, furioso ladrar de perros; y cuando la radiación eléctrica esparcía su intensa claridad sobre el cuadro, tiñéndolo de un vivo color amarillento, mostraba al ojo del atacante, en medio del nutrido bosque, dos picachos negros de los que brotaba el plomo, y deformes bultos que se agitaban sin cesar como en una lucha de cuerpo a cuerpo. Los relámpagos sin serie de retumbos, a manera de gigantescas cabelleras de fuego desplegando sus hebras en el espacio lóbrego, contrastaban por el silencio con las rojizas bocanadas de las armas seguidas de recias detonaciones. El trueno no acompañaba al coro, ni el rayo como ira del cielo la cólera de los hombres. En cambio, algunas gruesas gotas de lluvia caliente golpeaban a intervalos en los rostros sudorosos sin atenuar por eso la fiebre de la pelea.

El continuo choque de proyectiles había concluido por desmoronar uno de los tabiques de barro seco, ya débil y vacilante a causa de los ludimientos de hombres y de bestias, abriendo ancha brecha por la que entraban las balas en fuego oblicuo.

La pequeña fuerza no tenía más que seis soldados en condiciones de pelea. Los demás habían caído uno en pos del otro, o rodado heridos en la zanja del fondo, sin fuerzas ya para el manejo del arma.

Pocos cartuchos quedaban en los saquillos.

El sargento Sanabria empuñando un trabuco, mandó cesar el fuego, ordenando a sus hombres que se echaran de vientre para aprovechar sus últimos tiros cuando el enemigo avanzase.

—Ansí que se quemén ésos —añadió— monte a caballo el que pueda, y a rumbear por el lao de la cuchilla... Pero antes, naide se mueva si no quiere encontrarse con la boca de mi trabuco... ¿Y qué se han hecho las mujeres? No veo a Cata...

—Aquí hay una —contestó una voz enronquecida—. Tien
rompida la cabeza, y ya se ha puesto medio dura...

—Ha de ser Ciriaca.

—Por lo motosa es la misma, a la hija.

—¡Cállense! —dijo el sargento.

El enemigo había apagado también sus fuegos, sup
niendo una fuga, y avanzaba hacia la "tapera".

Sentíase muy cercano ruido de caballos, choque de sable
y crujido de cazoletas.

—No vienen de a pie —dijo Sanabria—. ¡Menudcen bal
Volvieron a estallar las descargas.

Pero, los que avanzaban eran muchos, y la resistencia
no podía prolongarse.

Era necesario morir o buscar la salvación en las sombra
y en la fuga.

El sargento Sanabria descargó con un bramido a
trabuco.

Multitud de balas silbaron al frente; las carabinas po
tuguesas asomaron casi encima de la zanja sus bocas a mane
de colosales tucos, y una humaza densa circundó la "tapera"
cubierta de tacos inflamados.

De pronto, las descargas cesaron.

Al recio tiroteo se siguió un movimiento confuso en l
tropa asaltante, choques, voces, tumultos, chasquidos de l
tigos en las tinieblas, cual si un pánico repentino la hubie
acometido; y tras esa confusión pavorosa algunos tiros d
pistola y frenéticas carreras, como de quienes se lanzan
escape acosados por el vértigo.

Después un silencio profundo...

Solo el rumor cada vez más lejano de la fuga, se alca
zaba a percibir en aquellos lugares desiertos, y minutos an
animados por el estruendo. Y hombres y caballerías, parec
arrastrados por una tromba invisible que los estrujara con cie
rechinamientos entre sus poderosos anillos.

Asomaba una aurora gris-cenicienta, pues el sol era imp
tente para romper la densa valla de nubes tormentosas, cuan
do una mujer salía arrastrándose sobre manos y rodillas de
matorral vecino; y ya en su borde, que trepó con esfuer
se detenía sin duda a cobrar alientos, arrojando una mirad
escudriñadora por aquellos sitios desolados.

Jinetes y cabalgaduras entre charcos de sangre, tercerolas,
sables y morriones caídos acá y acullá, tacos todavía humean
tes, lanzones mal encajados en el suelo blando de la hondo
nada con sus banderolas hechas flecos, algunos heridos revol
viéndose en las hierbas, lívidos, exangües, sin alientos para
alzar la voz; tal era el cuadro en el campo que ocupó el
enemigo.

El capitán Heitor, yacía boca abajo junto a un abrojal
ramoso.

Una bala certera disparada por Cata lo había derribado
de los lomos en mitad del asalto, produciendo el tiro y la
caída, la confusión y la derrota de sus tropas, que en la oscu
ridad se creyeron acometidas por la espalda.

Al huir aturdidos, presos de un terror súbito, descar
garon los que pudieron sus grandes pistolas sobre las breñas,
alcanzando a Cata un proyectil en medio del pecho.

De ahí le manaba un grueso hilo de sangre negra.

El capitán aún se movía. Por instantes se crispaba
violento, alzándose sobre los codos, para volver a quedarse
rígido. La bala le había atravesado el cuello, que tenía tod
enojeco y cubierto de cuajarones.

Revolcado con las ropas en desorden y las espuelas
enredadas en la maleza, era el blanco del ojo bravío y siniestro
de Cata, que a él se aproximaba en felino arrastre con un
cuchillo de mango de asta en la diestra.

Hacia el frente, veíase la tapera hecha terrones; la zanja
con el cicuta aplastado por el peso de los cuerpos muertos;
y allá en el fondo, donde se manearon los caballos, un mon
tón deforme en que solo se descubrían cabezas, brazos y
piernas de hombres y matalotes en lúgubre entrevero.

El llano estaba solitario. Dos o tres de los caballos que
habían escapado a la manatza, mustios, con los ijares hundi
dos y los aperos revueltos, pugnaban por triscar los pastos
a pesar del freno. Salía junto a las coscojas un borbollón
de espuma sanguinolenta.

Al otro flanco, se alzaba un monte de talas cubierto en
su base de arbustos espinosos.

En su orilla, como atisbando la presa, con los hocicos
al viento y las narices muy abiertas, ávidas de olfateo, media
docena de perros cimarrones iban y venían inquietos lanzan
do de vez en cuando sordos gruñidos.

Catalina, que había apurado su avance, llegó junto a
Heitor, callada, jadeante, con la melená suelta como un marco
sombrio a su faz bronceada: reincorporóse sobre sus rodillas,

dando un ronco resuello, y buscó con los dedos de su izquierda el cuello del oficial portugués, apartando el líquido coagulado de los labios de la herida.

Si hubiese visto aquellos ojos negros y fijos; aquella cabeza crinuda inclinada hacia él, aquella mano armada de cuchillo, y sentido aquella respiración entrecortada en cuyos hálitos silbaba el instinto como un reptil quemado a hierro, el brioso soldado hubiérase estremecido de pavor.

Al sentir la presión de aquellos dedos duros como garras, el capitán se sacudió, arrojando una especie de bramido que hubo de ser grito de cólera; pero ella, muda e implacable introdujo allí el cuchillo, lo revolvió con un gesto de espantosa saña, y luego cortó con todas sus fuerzas, sujetando bajo sus rodillas la mano de la víctima, que tentó alzarse convulsa.

—¡Al ruido ha de ser! —rugió el dragón-hembra con inconcentrada.

Tejidos y venas abriéronse bajo el acerado filo hasta la tráquea, la cabeza se alzó besando dos veces el suelo, y de la ancha desgarradura saltó en espeso chorro toda la sangre entre ronquidos.

Esa lluvia caliente y humeante bañó el seno de Cata corriendo hasta el suelo.

Soportóla inmóvil, resollante, hoscosa, fiera; y al fin cuando el fornido cuerpo del capitán cesó de sacudirse quedándose encogido, crispado, con las uñas clavadas en tierra, en tanto el rostro vuelto hacia arriba enseñaba con la boca abierta y los ojos saltados de las órbitas, el ceño iracundo de la última hora, ella se pasó el puño cerrado por el seno de arriba abajo con expresión de asco, hasta hacer salpicar los coágulos lejos, y exclamó con indecible rabia:

—¡Que la lamban los perros!

Luego se echó de bruces, y siguió arrastrándose hasta la tapera.

Entonces, los cimarrones coronaron la loma, dispersos a paso de fiera, alargando cuanto podían sus pescuezos de erizados pelos como para aspirar mejor el fuerte vaho de los declives.

Algunos cuervos enormes, muy negros, de cabeza pelada y pico ganchudo, extendidas y casi inmóviles las alas, empazaban a poca altura sus giros en el espacio, lanzando su granido de ansia lúbrica como una nota funeral.

Cerca de la zanja, veíase un perro cimarrón con el hocico y el pecho ensangrentados. Tenía propiamente botas rojas, pues parecía haber hundido los remos delanteros en el vientre de un cadáver.

Cata alargó el brazo, y lo amenazó con el cuchillo.

El perro gruñó, enseñó el colmillo, el pelaje se le erizó en el lomo y bajando la cabeza preparóse a acometer, viendo sin duda cuán sin fuerzas se arrastraba su enemigo.

—¡Vení, Canelón! —gritó Cata colérica, como si llamara a un viejo amigo— ¡A él, Canelón!...

Y se tendió, desfallecida...

Allí, a poca distancia, entre un montón de cuerpos acribillados de heridas, polvorientos, inmóviles con la profunda quietud de la muerte, estaba echado un mastín de piel leonada como haciendo la guardia a su amo.

Un proyectil le había atravesado las paletas en su parte superior, y parecía postrado y dolorido.

Más lo estaba su amo. Era éste el sargento Sanabria, acostado de espaldas con los brazos sobre el pecho, y en cuyas pupilas dilatadas vagaba todavía una lumbre de vida.

Su aspecto era terrible.

La barba castaña recia y dura, que sus soldados comparaban con el borlón de un toro, aparecía teñida de roji-negro.

Tenía una mandíbula rota, y los dos fragmentos del hueso saltado hacia afuera entre carnes trituradas.

En el pecho, otra herida. Al pasarle el plomo el tronco, habíale destrozado una vértebra dorsal.

Agonizaba tieso, aquel organismo poderoso.

Al grito de Cata, el mastín que junto a él estaba, pareció salir de su sopor; fuese levantando trémulo, como entumecido, dio algunos pasos inseguros fuera del cicuta y asomó la cabeza...

El cimarrón bajó la cola y se alejó relamiéndose los bigotes, a paso lento, importándole más el festín que la lucha. Merodeador de las breñas, compañero del cuervo, venía a hozar en las entrañas frescas, no a medirse en la pelea.

Volvióse a su sitio el mastín, y Cata llegó a cruzar la zanja y dominar el lúgubre paisaje.

Detuvo en Sanabria, tendido delante, sobre lecho de cicutas, sus ojos negros, febriles, relucientes, con una expresión intensa de amor y de dolor.

Y arrastrándose siempre llegóse a él, se acostó a su lado, tomó alientos, volvióse a incorporar con un quejido, lo besó ruidosamente, apartóle las manos del pecho, cubrióle con las

dos suyas la herida y quedóse contemplándole con fijación si observara cómo se le escapaba a él la vida y a también.

Nublábanse las pupilas al sargento, y Cata sentía dentro de ella aumentaba el estrago en las entrañas.

Giró en derredor la vista quebrada ya, casi exangüe, pudo distinguir a pocos pasos una cabeza desgreñada tenía los sesos volcados sobre los párpados a manera horrible cabellera. El cuerpo estaba hundido entre las breñas.

—¡Ah!... ¡Ciriaca! —exclamó con un hipo violento.

En seguida extendió los brazos, y cayó a plomo sobre Sanabria.

El cuerpo de éste se estremeció; y apagóse de súbito el pálido brillo de sus ojos.

Quedaron formando cruz, acostados sobre la misma cama, que Canelón olfateaba de vez en cuando entre hondos lamentos.

MANUEL BERNÁRDEZ

(1867 - 1942)

Nació en España pero vino al Uruguay cuando contaba pocos meses. Se crió en el campo. Hizo periodismo en el Salto Oriental. En 1898 emigra a Buenos Aires por motivos políticos. A partir de 1910 se dedica a la diplomacia y actúa en el Brasil, Italia y Bélgica. Muere en Brasil. Obras principales: "25 días de campo" (relato, 1887), De Buenos Aires al Iguazú (crónicas, 1901) El Brasil (1908), El Uruguay entre dos siglos (1931). Póstumamente se publicaron sus Narraciones. A ese volumen pertenece "El Desquite".

EL DESQUITE

1

Bajo el calor pesado de aquella siesta continuaba trabajosamente la esquila. Las ovejas, maniatadas en el gran galpón de quinchá, se ahogaban, balando a intervalos un balidito quejumbroso y triston.

Entre el chirriar acerado de las grandes tijeras cortando la lana, resonaban como un tiroteo, de minuto en minuto, los gritos de los esquiladores. —"¡Médico!"— gritaba por aquí el que pegaba un tajo: el curador venía con el tarro de alquitrán y daba unos pincelazos en la herida de la oveja lastimada. —"¡Lata!"— gritaba por allá el que concluía, arrojando el vellón y soltando al animal, que salía azonzado, desnudo, limpito, amarillo como un huevo de avestruz recién largado. Los esquiladores, sin más ropas que la camisa y el chiripá, con pañuelos atados a la cabeza algunos, encorvados sobre las ovejas, no hablaban, sofocados por el calor y la postura violenta. En un costado del galpón se alzó uno de ellos —un paisano de fisonomía dura, barbudo— y soltó un

carnero. El esquilero de los carneros valía "dos latas" —do-
vintenes—. El paisano gritó: —"¡Carnero, lata!"—. El enca-
gado llegó y le dio dos latas. Las tomó, y guardándose un
en el cinto, le dijo a otro —un muchachón flaco que esquilaba
a su lado, todo sudoroso, descolorido por el calor:

—¡Tomá tu lata, vos!

Esquilaban a medias. El muchacho se enderezó un poco
agarró la lata y se quedó mirando a su socio. —Che —le dijo—
me andás reculando latas. Dende hoy estás trasquilando car-
neros y risiénd me das... Ya te vide, cuando fiste como a toma
agua, y llevabas cuatro vellones de a dos latas...

El otro lo miró fijamente y contrajo el ceño, de por
duro, dejando quieta la oveja que había agarrado y puese
patas arriba para continuar la faena. Se enderezó del todo
con la tijera en la mano. —¿Qué desís, sarnoso? —pregun-
ronco; —¡ya me tenés caliente! —¡Sarnoso... tu madre! —
plicó el joven indio. Y no dijo más. Su socio saltó sobre él
lo cazó del pescuezo, lo tumbó sobre la oveja, blandió la
tijera abierta y se la clavó en la espalda, a lo loco. El much-
cho se estremeció dos o tres veces, hasta que dio un estirón
de piernas, y quedó quieto.

Una hoja de la tijera se había clavado en las vértebras
mientras la otra entró al pecho hiriendo el corazón, que dio
un salto supremo y se paró de golpe, partido en dos. El
sangre saltó en borbollón y coloreó a la oveja, que quedó
apretada por el cuerpo del esquilador muerto, toda convulsa
desnuda a medias de su poncho de lana.

La escena tuvo rapidez de fantasía. Antes de que nadie
pudiera darse cuenta de ella, el matador saltó, hosco y fiero,
ganó el patio, montó en el único caballo que había a es-
hora en la ramada y tomó el campo, resonando los cascos en
el galope, sobre la tierra seca, embebida de sol.

Era Sandes, el célebre Sandes, el comisario de aquella
sección, y estaba en la oficina cuando llegó un tapecito todo
afligido —en un petizo maceta que habían agarrado entre
las escobaduras— con el parte de la muerte. El patrón ma-
daba decir que el matador era hombre de agallas, y que ma-
dasen buena gente si lo querían agarrar. Sandes, que pro-
saba odio profundo a los que mataban sin pelear, quiso ir
mismo. Pero el sargento José Difunto se le cuadró:

—Dejá, che capitán, si usté queré yo va, mejor...

—Bueno, di; pero ya sabés: no me volvá sin él...

—Ya sé yo... ¡dejá nomá! Dame el papel.

Sandes le dio la orden por escrito para prender al cri-
minal y matarlo si se resistía. El sargento Difunto no sabía
leer, pero nunca iba a prender a nadie sin la orden, por si
caso. A él le gustaba que se resistiesen, y a más de uno sacó
entre el monte, atravesado sobre el caballo. De resultas
de estas aficiones tenía varios ojales en el cuero, que se
habían cerrado solos, como las heridas del hacha en el tronco
del ceibo.

Nunca se supo bien por qué causa lo llamaban con
apellido tan fúnebre. Y lo más curioso es que él no lo tomaba
a mal; al contrario, solía dibujarse una ancha risa en su
boca sesgada, cada vez que tenía que nombrarse. Sargento
de la policía del valentísimo Sandes cuando éste era capitán
y comisario de una sección rural en Paysandú, tenía Difunto,
en ese cargo no más, una credencial de su guapeza. Era el
brazo derecho de Sandes, y en Paysandú y en Mercedes se
han de acordar los viejos de aquel indio cambueta, fortacho,
con una cara redonda y lampiña de china vieja, y sin otro
vicio notable que el de pelear, vicio que satisfacía a menudo
con ocasión del servicio policial, que en aquel tiempo era
arriesgado y duro. Era Difunto por naturaleza huraño y ca-
llado, y por eso tal vez, era bozal como un coya. Cuando él
no los oía, solían decir los milicos que al sargento se le había
endurecido la lengua porque no la sobaba nunca.

3

Tomó un soldado, y bien montados ambos, se lanzó
Difunto a la caza del hombre fugitivo. Dejó el machete —la
lata— porque hacía ruido, armándose solamente con su facón,
que no le negaba fuego, y con una pistola reyuna que llevaba
casi por lujo. Como paso previo, enderezó al teatro del suceso,
para agarrar el rastro. Cuando llegó, se había reanudado el
esquileo; mordían las tijeras como con más ganas de cortar,
en un silencio vasto, cargado de conjeturas.

Ladraron los perros y salió un negro viejo, tío Adrián,
a espantarlos y a ver quién era. Al divisar al sargento se
apuró: —"¡Juera, Chicolatel! ¡Ya diay, Gaviotal! ¡pucha digo
con los animales!... Abajesé don Dijunto, ebajesé... Allastá
en el galpón... ¡ánimas benditas!... ¡Jue una barbaridá!...
¡Qué barbaridá!... Jue una cosa bárbara, como les dije yo...
Venga po acá sargento, allastá el pobre, estiraó..."

Cuando llegó el sargento al galpón hubo una suspensión momentánea en el canto chirriante de las tijeras. Algunos esquiladores se dieron vuelta con disimulo, como juzgando inútil que la *autoridad* les viese la cara, y continuaron su faena. En cuanto entró Difunto, un viejo enfardador, estaba pisando lana dentro de una larga bolsa colgada del techo, se tiró al suelo, y con un aire digno y grave se acercando la mano al sargento, el cual creyó tal vez que sería abuelo del muerto. Era sencillamente el viejo Fantasía. Llamaban así en honor a su imaginación, que le hacía historias a propósito para todos los casos. Por lo demás Fantasía —don Fantasía como le llamaban las chinas— un buenazo, de estos viejos que se acuerdan de sus tiempos a cada paso y han sido protagonistas o testigos de todo notable que ha sucedido en todas partes.

—Vamo a ve —dijo Difunto acercándose al muerto, que estaba todavía echado boca abajo. Le habían sacado la oreja nada más, pero conservaba su postura, contraído el cuerpo y abiertos los brazos—. Vamo a ve cómo jue eto...

Algunos, entre ellos misía Silveria, que pasaba com mate cuando sucedió el hecho, quisieron referirlo; pero el viejo Fantasía no los dejó: los hizo callar con un ademán solemne, y se adelantó él. Contó todo lo que había oído todos, de lo que resultó una historia larga y tortuosa, llena de contradicciones. Concluyó por pedirle al sargento que escuchara una palabra aparte. Lo sacó hasta el barril del agua y le dijo con reserva:

—El finao cuando cayó —¡que Dios nos libre y guárdelo!— cayó boca abajo. Lo querían dar güelta, pero yo no lo dejé. Ansí el matador no puede dirse.

Difunto lo miró.

—¡Qué! ¿crey que no?... ¿No sabe?... —interpeló el viejo pasmado.

—He oído desí... pero se me hace sonsera.

—¡Cómo sonsera, cristiano! ¡Yo le garanto que no le val!

—¡No se le val!... ¡porque yo no me duermo en la pata!

El viejo Fantasía sonrió entonces con aire de superior iniciación, y dijo, poniendo la mano en el hombro del sargento:

—Miiiire, compañero: yo no creo en *el malo*, pero cuando rejucila me persino; no creo en los *lobisones*, pero cuando de noche, y oigo roncar algún chanco lejos de las casas, saco el facón y beso la cruz. Esto que le digo es

para verdá... ¡Mire que yo soy más viejo que usted y he visto muchas cosas! Cuando un hombre mata a otro... atiéndamé: si el finao cai boca arriba, el que lo mató se va y no hay poletería que lo agarre; pero si cai boca abajo, no tenga cuidado, que la desgracia lo sigue, y lo engaña, y lo trae al castigo. ¡En mis tiempos tengo visto mucho de esto! Le vi a contar: una vez, en una pulpería, allá por los Arapeises, se desgrasó un compañero. El finao era un gringo que se había hecho odiar al fudo... Ligó una puñalada en la tetilla y cayó pa delante. ¡Pues no había modo de que aquel hombre se mandase a mudar! Se iba, lo víamos dentrar al algarrobal, y a la hora no más golvía, mirando pal lao del muerto: —“No me puedo dir porque he dejao el poncho...” Nosotros apuramos: —“Pero cristiano e Dios, vayase, que lo van a agarrar”. Se iba, y al rato... ¡zas! ¡otra vez! Cuando en esto, un negro viejo jue, y vido, y dise: —“¡Pero cómo se va a dir! ¡no ven que el finao está boca abajo! ¡delon güelta!” ¡Y ansí jue! Lo dimos güelta al gringo y el otro no vino más... —Entonse quiere desí que usted pensás que el otro va vení po acá...

—¡Cómo no, cristiano! ¡Es clavao! Mire, oigamé: él tiene relación con Martina, la Chúcará que le disen, una que vive allá en aquel ranchito de la cuchilla. El se jue sin ropa y sin plata, y yo le garanto que si lo dejan al finao comostá, esta noche le va a dar la desgracia por venir a empilcharse y a abrasar a la china... ¡Si es una cosa sierta!... Mire: una vez... ¡me acuerdo como si fuera aural... un tan Amansio, un domador...

Se disponía a contar otra historia: José Difunto se la cortó sencillamente, volviéndole la espalda; pero medio vencido por la elocuencia supersticiosa del viejo, ordenó que no tocasen al cadáver hasta que él volviese. El capataz mandó echar un cuero de potro encima y lo dejaron en paz. Los perros olfateaban la sangre seca y esa noche aullaron hasta la madrugada. Las chinas no pudieron dormir con la impresión, y una soñó que había visto al finado bailando, y que las dos heridas de la espalda se le habían vuelto dos bocas, una de las cuales hablaba, mientras la otra se abría para reírse.

Puesto sobre la pista galopaba Difunto, e iba pensando en la superstición del viejo. Por lo que tenía de sobrenatural,

entraba y hacía impresión en la penumbra espesa de su interior. Pero asimismo, confiaba todavía más en su buen olfato. Tenía en la sangre y en el hábito esa lucidez exquisita que constituye la ciencia del rastreo y se encamata en una persecución, sin comer ni dormir durante días.

Decidió reservar como un recurso heroico la ayuda de las fuerzas misteriosas, "la ayuda del finao", como se decía él. Resolvió recurrir a ella si acaso se le perdía el matador. Al salir de la estancia se fijó bien en el rancho de la Chúcaro para dar con él de noche, si se ofrecía... Aquel recuerdo extraño y terrible de pedir ayuda al muerto, pensaba él, como pelear con pistola, cosa que él solo hacía cuando el enemigo disparaba y no podía alcanzarlo con el facón...

Por de pronto, hizo sus conjeturas: por el rumbo que había tomado el fugitivo, debía ir ganando el Norte, como a pasar el Queguay, para seguir la fuga al abrigo de los palmares. El caballo que llevaba no podía darle para muchas leguas, sobre todo yendo apurado como iba. Se le cansaba por la Estancia de Ramírez, allá sobre la costa del Queguay. Esta fue su inducción, y se entregó a seguirla, galopando con su compañero, a través de los campos, de vado en vado, de zanja en zanja, escudriñando las sendas, medio perdido en los altos pastizales. ¡Por allí había ido el fugitivo; por allí había ido! El indio mordía el barbijo, nervioso, en una ansiosa pasión de dar con el malhechor. Por esta cañada había pasado, por aquel pasito, por este otro barrizal. En la picada, entre el monte, había una ramita de ñapindá recortada: debió agarrar la ropa al fugitivo y ésta la cortó por no pararse a soltarla. El rumbo persistía. De fijo iba a mudar caballo en lo de Ramírez...

Y era así. El asesino, después de una huida violenta, que el pobre caballo dio todo lo que podía, llegó a la Estancia de Ramírez. Conocía al capataz. Había trabajado allí en marcaciones y esquilas. Todavía en la zafra anterior había ayudado a apartar una tropa. No le negarían caballos, porque en aquellos tiempos no se negaba un caballo a ningún hombre apurado...

Llevaba el asesino unos miedos quiméricos: de que le confiasen algo, hasta de que ya lo estuvieran esperando para prenderlo... ¡Oh! ¡pero pelearía! Se aseguraba del futuro cuando iba subiendo la extensa cuchilla sobre cuya cumbre

pelada blanqueaba la Estancia. Examinaba... no, nada. Todo tranquilo. Ni le ladraron los perros: le salieron tres, sin apuro, como para oler quién era, y solo una perra baya que mordía sin ladrar, se colgó de la cola del caballo, que, cansado, ni tuvo alma para cocearla. El asesino llegó, saludó aquí y allá y se apeó en la enramada, ya del todo tranquilo. A un peón conocido que le extrañó el traje, le dijo que lo habían pelado al truco en la esquila, y que iba a buscar plata a su pago para volver por la buena...

Estaba cansado, con el cuerpo lazo, y después de la huida, del miedo de caer preso que lo espoleaba en los primeros momentos, le vino una reacción de audacia, una confianza, una alegría interna de haber evadido a la policía. Estas reacciones son un fenómeno frecuente, y son ellas casi siempre las que pierden a los asesinos. Aquel extraño cuento de Edgar Poe, en que el asesino de su mujer, después de estar ya salvo, se descubre por un necio alarde de confianza, es de profunda verdad psicológica. El criminal tan solícitamente rastreado por José Difunto, tuvo este cuarto de hora necio, que el viejo Fantasia hubiera atribuido al hecho de que el finado estaba boca abajo...

No se hallaba en la Estancia el capataz, pero llegó al instante. El asesino lo saludó con desembarazo: —¡Cómo le va, don Panta! ¡Siempre guapo!... ¡pucha!...

El capataz se asombró. Lo hacía lejos del pago.

—¡Vos por aquí, "Abrilajo", qué diablos habrás comido!...

El matador se llamaba Santos Muniz, pero allí le llamaban "Abrilajo", porque en cierta ocasión se agarró al truco con un zonzó a quien ganó hasta las pilchas, y mientras estaba jugando, Muniz, que era como luz para las trampas hábiles, le decía riendo al contrario: "¡Abrí el ojo!" y le sacaba del medio el as de espadas o flor, o lo que quería. Hizo gracia la cosa, y le quedó "Abrilajo".

Muniz repitió al capataz el cuento de su pérdida al juego. Don Panta lo miró de soslayo, sonriendo de su facha.

—¡Mirá que ha de haber sido macho esa jugada! ¡porque pa pelarte a vos!...

Pero si algo desconfió, lo guardó para sí. Había una complicidad tácita entre la paisanada, para encubrir desgracias de cierto género. Don Panta estimaba a Muniz porque era un buen peón por día. Trabajaba de sol a sol y era muy callado. Sabía que había sido mattrero, y lo tenía por hombre de entraña. Si sospechó la causa de su aparición por allí, no se le ocurrió seguramente que hubiera sido por un asesinato.

Capaz de matar, lo creía, pero no a traición. De haber creído, le hubiera negado el caballo. Todo lo que era por aquellos hombres simpático el valor que pelea y mata, era despreciable el ímpetu cobarde que asesina. Don Panta dirigió a un peón que llegaba a caballo:

—Che, Juansito, ¿ya soltaste la tropilla?

—Ya, risién...

—Mirá... echála otra vez, pa que éste mude...

Ya muy tranquilizado, el asesino sintió que tenía en la boca, y hambre, una contracción nerviosa que le causaba angustias en el estómago. El sol declinaba, y se le ocurrió pensar que con la fresca y con un buen caballo, la fresca iba a ser hasta agradable... Le dijo al capataz que tenía hambre.

—Si esperás un poco... luego no más comemos. Andá yendo pa la cosina, que ha de haber mate. Yo te hago ensillar el caballo.

—Míre... si tuviera alguno nadador, don Panta, pa casualidad...

—¡Qué! ¿andás por agarrar surubís a mano? —preguntó el capataz dando una gran risa, que sacudió todo su cuerpo de campero grandote y bien comido. —Güeno, andá no más, ¡ti voy a dar un tordillo cuero negro que es como tararinal! Pero no me lo vayás a jugar, y más cuando andés mal en la mano, como hoy...

Acababa de entrarse el sol resbalando por un cielo purpúreo ligeramente cobrizo. Quedaba en el campo una claridad transparente en las cuchillas y opaca en los bajos, donde parece que las sombras se han pasado el día agachadas entre los pajonales, y a esa hora suben temblando a las lomas, como para espíar a ver si el sol se ha ido.

Todavía quedaban los peones comiendo en la cocina cuando Muniz salió con otro paisano que iba a traer un redomón que tenía a saga en el bajo. Lo estaba enfrenando y lo iba a dejar toda la noche en el corral, con el freno en la boca, porque era porfiado y no quería "agarrar el fierro". Fueron hasta la enramada conversando de esto. Muniz, que tenía fama de buen domador, le decía al otro que había hecho mal en enfrenar al redomón en luna nueva, porque le iba salir baboso.

—No importa —replicó el peón—, como no lo quiero

pasiar... lo estoy amansando pa trabajar en el campo, y es güeno que sea un poco baboso, porque así no se le seca la boca con la calor.

Muniz desmaneo el tordillo, que ya estaba pronto. Era un lindo y altivo animal, corto de lomo y rasgado de abajo, en condición de caballo ligero. Tenía los ojos y el cuero del hocico negros, muy abiertas las fosas nasales y el casco chiquito, alto y redondo como una copa al revés. Con una mirada de inteligencia lo apreció Muniz, y sonrió satisfecho. El peón se despidió y se alejó a buscar su redomón, mientras Muniz revisaba la cincha, como hace todo paisano precavido cuando no ha ensillado él.

El capataz le había dado un sombrero viejo de paja. Se lo arregló, poniéndose el barbijo, prendió la manea en el bozal, encendió un negro, y montó. Recién echó de ver que los estribos le estaban cortos. Los alargó, de a caballo no más, y luego, sujetando el brío del tordillo, salió de la ramada. Todavía le gritó un "¡hasta otro día!" al peón, que iba ya bajando la cuchilla a buscar su redomón, silbando un estilo. Había atardecido del todo, y solo eran las cosas visibles para los ojos camperos. Era una tarde prodigiosamente sosegada: ni las vacas mugían, como invadidas por el solemne silencio crepuscular. Cuando Muniz se vio con el campo abierto por delante, y un buen caballo dócil al impulso de su mano, desahogó su pecho y miró altaneramente en torno suyo... pero se quedó sin sangre y le dio un bárbaro tirón del freno al tordillo, viendo por su izquierda, casi encima ya, un jinete con kepis, a todo galope, y otro más atrás.

El asesino sintió la sensación renovada de todo su peligro, y su audacia, su deseo de vivir, lo serenaron de súbito: por un segundo pensó en aflojarle la rienda al tordillo, pero no se animó. Los otros también venían bien montados y le boleaban el caballo. Rápidamente concibió todo un plan. Si el sargento no lo conocía, tal vez le saliera bien; y si no, lo pelearía. En su alma de gaucho había un sedimento bravo de rebelión. Sin emoción visible, enderezó su tordillo al sargento Difunto, que era el que llegaba. No lo conocía: menos mal... Si traía señas, tal vez lo desorientase el sombrero de paja. No pensaba él que su plan era más factible de lo que creía, porque el sargento, contando bien el tiempo, calculaba que el asesino habría salido de allí una hora antes. El sargento sofrenó:

—¡Güenas tardes!

—Muy güenas! ¿Qué diablo tan apurao, sargento? habrá resertáu alguno?

—No —contestó el sargento, acercándose al trote—. se ha resertáu naide... ¿uté es de acá?

—Sí, señor; pión...

—¿Y ha etao hoy aquí?

—Tuito el día... Estuvimos cargando lana, porque se acabó la trasquila. Aura voy a buscar la majada fin. ¿No ha encontrao las carretas de lana? Iban pa Paysandú.

El asesino las había encontrado, y suponía que el gento las habría visto también.

—Sí, las vide... Y digamé: ¿no ha venido naide a p un caballo emprestao?

—Vino, sí, señor, pero no le prestaron porque ve muy redotao. El capataz malisó que hubiera hecho algo cosa. Traiba el caballo aplastao y lo ató a sogaa...

—¿Y hase mucho que se jue?

—No debe de haser, porque risién estaba... Homi; casualmente! mireló: allastá en el bajo, arrancando estaca...

Difunto no escuchó más. ¡Lo agarraba a piel! ¡La bolada! Clavó espuelas, y seguido de su soldado galopeo bajo, donde el peón seguía silbando su estilo, dándole el sentimiento posible y añadiéndole unas modulaciones su invención, mientras arrollaba el maneador para hacer bestrear al potro. Muniz sonrió un momento, y murmuró entre dientes: "ya ca... iste, sonso!" cambió a toda prisa rumbo. El sargento es rastrador —se dijo— ¡me ha olfa lindo! Hay que borrarle el rastro... Adivinó que yo iba rumbiar pal Brasil... ¡Pero de ganoso se va a dir en seco!

Y galopaba rápidamente hacia Queguay, cuyas colinas montuosas verdeaban cerca. Llegó y entró al agua, eligiendo un sitio de la orilla en que había pasto tierno, para que se dase bien visible el rastro. Después, en vez de avanzar hacia el otro lado, agarró por la costa, con el agua a la cintura, bajó unas cinco cuerdas y volvió a salir, por un pedregal donde las pisadas del tordillo no dejaron señal alguna.

Recién tiró el cigarro, porque se veía el fuego. —¡Vamo a ver quién es más terol! ¡Andá a olerme el rastro lagual! —Se afirmó en los estribos y escuchó un momento. No se oía nada más que el sordo murmullo de la corriente el silbido de una lechuza, que pasaba y repasaba sobre la cabeza del fugitivo. —¡Pájaro hijuna... andá a agüerir otro lao! —murmuró molesto, amagándole con el arma.

Subió la cuchilla y retomó el galope; llegó de nuevo a la altura de la Estancia y la rodeó sin acercarse, hasta tomar el camino que había traído esa tarde. La Estancia estaba en silencio. A la cuenta ya me van siguiendo el rastro —se dijo—. ¡vayan no más!... pucha que te tengo miedo! Mientre que ellos van pa lla, yo vengo pa ca... ¡Ansina no nos vamos a topar! No aflojés, tordillito... ¡pucha que es güeno don Panta: mi ha dao un fletasol... Me despido de la china y me saco estas cascarrias... ¡qué grasioso! ¡qué le habrá hecho aquel sonso al pobre pión!

7

El zonzo lo había atado, al peón. En cuanto se acercaron, el soldado le apuntó la tercerola, y el sargento le gritó:

—¡Dése a preso!

El peón cortó el estilito que con tanto primor silbaba, y pegó una espantada.

—¡Echéate, maula! —intimó Difunto con su voz gangosa, que resultaba hueca y sonora en la tranquila tarde —¡Echéate, o te va a ve conmigo!

—¡Pero aguardesé mi sargento! ¿Por qué rasón?

Quieras que no, se echó, y lo amarraron; lo amarró el mismo Difunto, que era catadrático. Protestaba el pobre peón, se enfurecía, llamaba traicioneros y mal paridos a los policías... ¡Nadal! ¡marchel! le pegaron unos empujones para amansarlo, haciéndolo rodar por el suelo como un tercio de yerba. El preso, blanco de rabia, les gritaba que lo soltasen un poco, pero eso veían quien era él... Entonces se puso grave José Difunto. Sacó del cinto la orden del comisario, y mientras el soldado empujaba al peón, Difunto de a caballo le mostraba el papel, diciéndole persuasivamente:

—¡Míá pa ca, tape! ¡míá pa ca! ¡no sías popasao!... ¡No es yo quen te jore: ete papelito e que te jore a vol... Aquí ta la oden pa pendete... ¡Y no te metá a malo, po que ya te dije que te va a tené que ve conmigo!...

Lo llevaron a la Estancia. Ya habían visto la cosa desde allá, y estaban alborotados. El peón preso era un muchacho criado allí, hijo de una china vieja que había venido al país con Rivera. Todos lo querían y se habían prometido no dejarlo llevar. Como hasta diez hombres, con el capataz a la cabeza, iban saliendo, resueltos a rescatar a su compañero. El capataz se adelantó:

—¡Pero, amigo sargento! ¿por qué ha atau a ese hombre?

—¡Po que mató a tasión a oto, allá en la tansia de los Rodigue! ¡y acá ta la orden!

—¿Pero cuándo jue, sargento?

—¡Cómo cuándo jue! ¡Hoy mímolo!

Hubo una carcajada. El capataz comprendió.

—¡Pero, pero amigos! ¡si no puede ser! ¡Si ese hombre no ha salido de las casas harán quince días! ¡El que ha hecho la muerte deberá de ser Santos Munis, que vino a redotao a pedirme un caballo, disiendo que lo habían pelao al truco!

—¡Sí! ¡a mí me las vas a contar usté! ¡queré desí que ete no será Munis!

—¡Qué va a ser Munis, cristiano, si Munis es un paisano grandote y barba que estuvo ahorita hablando con usté! ¡Uno de sombrero de paja, en un tordillo! ¡Lo han fumao feo, dispense que le diga! ¡Hía estau hablando con el indio viduo y se le va a afirmar al otro pobre!

Los peones, como ensayados a coro, soltaron la risa, maravillados y felices con el chasco del milico. ¡Pucha el paisano diablo! ¡Lo había fumao lindo! No ocultaban la satisfacción que les causaba aquello.

Difunto comprendió al fin, y trémulo de rabia hizo una atropellada, como con ímpetu de pelearse con todos los peones que, sorprendidos, se desparramaron, echando mano algunos a sus cuchillos. El sargento volvió riendas, gritando furioso al soldado:

—¡Montá!

—Voy a desatar a este...

—¡Dejálo! ¡que lo desaten si quieren! ¡Vamo!

Y se alejaron a todo galope, bajo la silbatina y el palmeteo regocijado de la paisanada.

Difunto sujetó un poco, en el bajo. Su enojo no lo ofuscaba. Se confesó ingenuamente que lo habían boleado. Y en aquella oscuridad, en aquel silencio misterioso de la noche pesando sobre el silencio del campo adormecido —entre aquellos dos grandes silencios— Difunto se sintió vencido. Una impotencia supersticiosa dominó su alma ignorante y bravía, y con un gran suspiro exclamó, como convenciéndose a sí mismo:

—¡Ta güeno!... ya veo que yo no pude... vamo a ver si e verdá que me va a ayudá el finau...

Se persignó, y sin buscar rastro, renunciando a su vieja destreza de perseguidor, lanzó furiosamente su caballo por el camino que había traído esa tarde.

El soldado, que había oído con asombro las palabras enigmáticas del sargento, se le apareó y le preguntó:

—¡Dispense, mi sargento! ¿Pa ande vamos?

No contestó sino castigando su caballo, metido en su habitual silencio concentrado. Pero tal vez se arrepintió, tal vez tenía necesidad de una ruda confianza, para justificar, si era posible, aquella renuncia de su reconocido olfato de rastreador, porque sin dejar de hostigar al animal, que galopaba saltando las masiegas, dijo sordamente el indio bozal: —¡No tas viendo que ahora e el finau el que lo va a agarrá a esel... Tamien... ¡me va a pagá la fumada, si caí! Vamo a lo de la china Chuca...

Y en la calma estrellada de la noche, los dos hombres siguieron su galope, sobre la huella reciente del tordillo cuero negro, en el que Muniz, ciego y soberbio, iba arrastrado por su destino.

8

Martina era una china linda, tostada de color, ardiente de ojos, muelle en el caminar. Tenía una melena en rebelión, crespa, y flotante en su espalda como la crin de una potranca nueva. La solía atar con una cinta colorada, y quedaba así de una seducción penetrante y acre, que ella rectificaba con su carácter de macho. Había nacido en un campamento, caída en una noche de frío y curtida después en la dureza de su niñez errante. Se había formado fuerte, y odiaba a los hombres recordando tal vez, ya mujer, brutalidades sufridas cuando jovencita. Por eso le habían puesto "Chúcara". Su cariño por Muniz venía de tiempo atrás. Muniz había "sacado la cara" por ella en una hora comprometida y la había alzado en ancas. Desde entonces sus vidas quedaron ligadas. Ella solía quedarse temporadas sola, cuando él iba a esquilas, a ganar para la vida. Muniz no se conchababa nunca sino por días: traía la plata, aumentada por sus ganancias al juego, y se pasaban un mes ociosos, queriéndose, uniéndose en abrazos largos, sintiendo que la vida era una enemiga para ellos fuera de aquel rancho de techo de paja, rodeado de enredaderas que él había traído del monte vecino, y en cuyo mojineté anidaba un casal de horneros, que solían venir a buscar barrito al lado del barril, sin miedo a la china. Ella se sentía acompañada por aquellas a veces trabajadoras, los días en que el hombre andaba ausente, trabajando por la vida.

Hacía mucho que se había acostado la Chúcarita. Por no

gastar vela se recogía temprano, soltando a "Tacumbú", guardia brava, un gran perro lobuno, de orejas tiesas, que adoraba a la china y le velaba el sueño.

De pronto despertó sobresaltada. Un caballo llegaba al galope, tomaba el trote, el tranco, y se detenía delante del rancho. Pero el perro no ladraba... ¿sería?...

—¡Abrió, china, soy yo!

Abrió, sorprendida y gozosa. El tordillo, asombrándose de la puerta negra, de los rumores de la noche, marchó algunos pasos, quiso irse, pero se pisó una rienda y quedó parado, mientras su jinete, seguido de "Tacumbú", que se deshacía en fiestas, alzaba en sus brazos a la china desnuda y la volvió al catre de guascas. Se sentaron en la cama, a oscuras. Ella le sintió el tufo desagradable del vellón.

—¡Qué olor a oveja tenés! ¿Qué tenés?

Muniz la abrazaba fuertemente: —Nada tengo, china, vine a verte no más... voy a tener que dirme...

Ella, sobresaltada, con la sensación de algo siniestro, quiso insistir; pero él le tapó la boca. ¡Calláte! Había percibido, con su oreja avezada de campero, una vibración sorda en el suelo: galope de caballo sin duda. El perro, entretenido en sus fiestas, no había sentido nada. Pero al hacerse el silencio, oyó también el rumor que se acercaba y se lanzó afuera ladrando. Por el ruido de los cascos comprendió Muniz que eran los dos jinetes; vio por las grietas del rancho dibujarse y crecer sus bultos en la sombra, llegando rápidamente, y levantó del catre:

—No te asustés, china; los voy a peliar... hise una muera y vienen a llevarme... ¡pero son muy sarnosos!

La Chúcará, sin decir palabra, lo besó en la boca y se deslizó a un rincón. Muniz se apretó la faja y desenvainó su puñal, corto y fuerte, como para aguantar quites y desajustar toros. Agarró una cobija de la cama, la arrolló al brazo izquierdo, y así prevenido se puso junto a la puerta. Martina, armada con su cuchilla de cortar carne, se perfiló al otro lado, resaltante, blanqueando su camisa confusamente y con luces felinas en los ojos, espionando la entrada.

Difunto y el soldado habían echado pie a tierra. El perro los cargaba con furia. Difunto, que traía también el poncho arrollado en el brazo izquierdo, lo presentó al animal, que hizo presa impetuosamente, alzándose de manos mientras Difunto, afirmándose para aguantar la embestida, lo abrió de una puñalada.

El soldado iba medio quedándose... Avanzaban agacho

dos, para divisar los objetos. La noche era de una oscuridad estrellada. Difunto le pegó un rebencazo al tordillo de Muniz, que salió al trote, pisándose las riendas.

—Sargento, mire que está esperando adentro, y es medio peligroso... Está en lo oscuro y nos va a aguaitar...

—Demasiáu sé yo...

Difunto avanzaba despacio, mirando a su alrededor; sondeaba la oscuridad, buscando algo. De pronto tropezó con una batea de ceibo, larga de una vara, de esas que hay en todos los ranchos, y que Muniz le había hecho a la china para el aseo doméstico. Difunto le volcó el agua y se la colocó sobre el pecho como un escudo, atragantándose con la risa que le causaba su diabólica idea. Cubierto con aquella coraza liviana como corcho, y casi impenetrable al acero por lo fofo de la madera, Difunto atropelló a la puerta riéndose. con el facón en parada de primera para guardar la cabeza. Muniz se afirmó en los pies al verlo atropellar, y gritando: "¡Dios te asista!", le descargó la puñalada con todo el brío del brazo. Pero el arma se hundió en la batea, y con la áspera carcajada de Difunto sonó el golpe sordo de su facón sobre el sombrero de paja del asesino, que cayó redondo, con la cabeza partida en dos.

No asustada, sino pasmada, enloquecida, sin comprender, Martina saltó afuera, a punto que llegaba el soldado, sin mucha prisa, estirando el pescuezo. Al ver a la china dio una reculada, y la Chúcará, entonces, sintiendo el cuchillo en la mano, y en el pecho su bravura montés, saltó y le pegó un tajo en la cara. ¡Ah, grandísima yegua! ¡me has cortau! —aulló el indio, y ciego, revoleó la tercerola y volteó de un culatazo a la valiente china, que cayó atravesada ante la puerta del rancho, desnuda, erizada su crencha de rulos como un manojo de viboritas negras. José Difunto, que salía riéndose aún, con la batea ensartada en el puñal de Muniz, saltó sobre la Chúcará y murmuró satisfecho: ¡Juna gran siete... él me bolió... pero yo también!

JAVIER DE VIANA

(1868 - 1926)

Nació en el campo, estudió en Montevideo hasta recibirse de bachiller. Participó desde joven en la vida política, colaborando en los movimientos revolucionarios del Partido Nacional. Fue periodista y debió exiliarse por algunos años en la Argentina, donde continuó su carrera literaria. De regreso en el Uruguay, fue electo diputado pero su actuación parlamentaria careció de relieves. Murió, casi olvidado y enfermo, en La Paz, localidad vecina a Montevideo. Obras principales: Gaucha (1899) su única novela, de la que existen dos versiones ligeramente distintas, Campo (1896), Guri (1901), Macachines (1910), Leña seca (1911), Yuyos (1912), La Biblia gaucha (todos volúmenes de cuentos). Los tres relatos escogidos pertenecen respectivamente a Campo, Leña seca y Macachines.

¡POR LA CAUSA!...

1

Llegó al gran galpón y desmontó sin atender a los perros que ladraron un momento y callaron enseguida al oírlo y reconocerlo como hombre de la casa. Con toda calma y con la prolijidad de quien no tiene prisa, quitó la sobre-cincha, luego los cojinillos, que dobló por el medio, con la lana para adentro, y los puso con cuidado sobre el barril del agua. De seguida quitó la cincha, el "basto", las caronas y el sudadero, y agrupándolo todo con cuidado, formó un lío que fue a depositar en un rincón sobre unas pilas de cueros vacuos.

Con una daga de mango de plata labrada y larga hoja

afilada, refregó los lomos sudorosos de su cabalgadura, levantando el pelo, para que refrescaran.

Todo esto fue hecho en el mayor silencio. Al ladrido de los perros, un hombre había asomado las narices por la puerta de la cocina, y una vez enterado de quién era el visitante, hizo más o menos lo que habían hecho los perros momentos antes.

El forastero no se inquietó ni poco ni mucho con aquel recibimiento, al cual parecía estar acostumbrado, y tomando su caballo por el cabestro, lo llevó hasta un potrero distante pocos metros de allí y que él sabía rico en pasturas y sobrado en acequias.

Cuando regresó jugando con el rebenque plateado —su-
jeta a la muñeca por una cinta celeste, bastante descolorida—, el dueño de la casa lo esperaba en el galpón.

Se estrecharon la mano en silencio, serios, fríos y ceremoniosos los dos.

—Vamos p'adentro —había dicho secamente el dueño de casa; y ambos echaron a andar hacia las habitaciones.

La estancia, aparte de los galpones y una serie de ranchos que constituían la cocina, la despensa, la "troja" y las piezas de los peones, era un largo edificio de sólidos muros de piedra y rojo techo de tejas.

Los dos hombres penetraron en una salita que hacía oficio de comedor, y en el cual tres largos escaños de pino blanco sin pintar suplían a las sillas. Todo demostraba gran prolijidad y aseo, incluso el piso de tierra de *cupy*, recientemente regado y barrido con escoba de carqueja.

Hallábase allí la esposa del patrón, una hermana de ésta y la "piona", china ya entrada en años y bastante arruinada en el diario y penoso trajín de su oficio.

El forastero tendió la mano a cada una de las mujeres, repitiendo tres veces y con igual tono:

—¿Cómo está?... ¿cómo está?... ¿cómo está?...

Lo que fue contestado con otros tres:

—Bien, gracias, ¿y usted?... bien, gracias, ¿y usted?... bien, gracias, ¿y usted?...

Después de lo cual se sentaron: las mujeres, en los escaños; el recién llegado, en amplio y tosco sitial con asiento de cuero peludo, la silla de la "patrona".

El estanciero ordenó a la sirvienta que cebara un mate dulce, y en seguida se sentó en un escaño, frente al forastero, cruzando la pierna "en número cuatro" y sosteniendo el pie con ambas manos.

—¿Qué vientos lo han traído por acá? —preguntó el patrón, dando a la frase una cierta entonación irónica, que el otro pareció no percibir, porque se contentó con exclamar con indiferencia:

—Caminando.

Llegó el mate dulce —porque el forastero era hombre delicado y no tomaba amargo—, y la conversación giró sobre vacas flacas y caballos gordos, sequías probables y carreteras próximas.

Notábase sin gran esfuerzo que la conversación no gustaba ni divertía a ninguno.

Las mujeres, cansadas de tomar mate dulce “por hacer compañía” al intruso, hallaron modo de escurrir el bulín una después de la otra, y así que los hombres se quedaron solos, el forastero se preparó como para hablar de importantes y delicados asuntos.

El dueño de casa le allanó el camino al preguntarle:

—¿Qué se habla de elecciones por allá?

—Bastante —dijo el otro—, bastante: esta vez es de deberas.

—No comprendo.

—Bueno, para eso he venido; porque, ¿sabe? estamos bajando firme, ¿sabe? y de esta hecha o la ganamos o no lleva el diablo, ¿sabe?

—Yo creo más seguro que nos lleve el diablo. Convénsase amigo; no da el potrillo pa botas.

—Yo comprendo que usted no crea: ¡las cosas han ido tan mall... Pero, ¿sabe?, ahora es otra cosa, ¿sabe?, porque contamos con la ayuda de los de arriba, ¿sabe?

—¡Pa jeringarnos, como siempre!...

El forastero sonrió con aire compasivo, en tanto el dueño de casa sacaba del bolsillo del chaleco un trozo de tabaco en rama y lo picaba sobre el dedo. Lió dos cigarrillos y ofreció uno al visitante.

—Gracias; yo pito blanco —dijo éste; y a su vez extrajo del bolsillo de la bombacha un paquetito de tabaco capota brasileño. Usaba yesquero, una calabacita con aro y tapa de plata. Golpeó el pedernal, encendió la yesca, sopló para avivar la combustión, y mientras encendía el cigarrillo, cerrando un ojo, —¡Es a la fija! —exclamó—. El capitán Nicanor García trabaja en la Sexta y ya tiene visto todo el vecindario; en la Cuarta está don Marcelino González, hombre patriota y altivo; después están Santos Téliz, Secundino Benítez, Martín

Pedragosa, y, en fin, ¡la mar!... Hombres todos, ¿sabe?, trabajan, ¿sabe?

Prosiguió el forastero ponderando las probabilidades de éxito, citando nombres, descubriendo a medias secretos electorales y supliendo con guiños, con muecas y con *sabes* lo que se reservaba para decir más tarde.

El ganadero escuchaba serio, los ojos medio cerrados, dibujada en el rostro una casi imperceptible expresión burlesca, bostezando a menudo con marcadas muestras de fastidio.

La “patrona” entró anunciando que el almuerzo estaba pronto, y esto hizo suspender la plática.

2

Don Lucas Cabrera, el dueño de la estancia, era hombre entrado en años, que ocultaba entre su cabellera crespa y larga y su abundante barba negra, salpicada de escasos hilos blancos, setenta otosios bien cumplidos. No mostraba su edad, y era como esos guayabos seculares que tienen podrido el corazón y amenazan ruina, en tanto que la corteza se conservaba verde y llena de vida.

Fue soldado en la Guerra Grande, con Oribe; oficial el 64, en la campaña contra Flores, y jefe el 71, en la revolución de Aparicio. En la primera patriada perdió toda la hacienda que le habían dejado sus padres; en la segunda vendió la mitad del campo para armar y equipar su compañía; en la última perdió la otra mitad y ganó dos lanzazos y el grado honorífico de teniente coronel.

Desde entonces se dedicó al trabajo, y al cabo de muchos años —durante los cuales fue tropero y capataz de su antigua estancia— llegó a adquirir media suerte de campo con mucha piedra y poco pasto. Su ganado tambero fue procreando: las ovejas produjeron onzas de oro con su vellón, y al finalizar tres lustros de labor ruda y economía extrema, allí estaban dos suertes de campo, cuatro mil reses, tres mil ovejas y cuatro tropillas de caballos buenos y malos para repartir entre los diez hijos que “Dios y su mujer” —decía él— le habían dado. No sabía leer ni escribir, aunque sí contar las “tarjas” en hierras y apartes.

Sus más grandes placeres fueron siempre una carrera importante, un asado gordo o una siesta tranquila. Conservaba el amor al partido y el respeto a sus hombres —los dioses penates, que adoraba adornados con cintas celestes:

Oribe, el dios; Aparicio, su profeta. Pero la adversidad había quebrado sus energías y se entusiasmaba con la leyenda sin creer en el futuro, con esa tenacidad de los viejos, que, viviendo cubiertos con la caparazón del pasado, no esperan ni confían en las generaciones que les suceden. Sin comprender que es imposible hacer lo que ellos hicieron antaño, achacan a voluntario achicamiento de los hombres lo que es evolución fatal de las cosas.

Partido que vive en la llanura proscrito y vejado y no va a la lucha, y no se alza en armas contra el bando prepotente, no es partido, pensaba. La divisa sin las cuchillas era un trapo sin objeto.

Antes se peleaba, y hoy se discute; ¡las elecciones reemplazan a la guerra, las balotas a las lanzas, la intriga al valor!... ¡Qué tiempos aquellos!... ¡Bastarrica, el león cantábrico de arengas extrañas y de valor de fiera, buscando siempre jefes enemigos para "darse un cotejo", Aparicio, la lanza invencible, el huracán, el fantástico luchador de la leyenda; Medina, la vieja reliquia de la era de la epopeya!...

¿Qué tiempos aquellos!... ¡Hasta las chinas peleaban!... Y el ganadero sacudía con rabia la espesa melena, recordando con dolor la gloriosa espada del héroe de Ituzaingó y la lanza inclemente del iracundo vencedor de Severino... ¡Qué tiempos aquellos!...

La bota de potro, la espuela nazarena, la tacuara, la vincha, un flete bravío, la divisa, los caudillos y... ¡a morir!... ¡Qué tiempos aquellos!... Hoy los gauchos usan pantalón y son blandos como madera de ceibo, y no piensan más que en comisariatos, a los cuales se pegan como pedazo de pulpa espumosa arrojada contra la pared de un rancho!... Intrigas, bajezas, chismes; mucha charla, muchas compadraduras... ¡Lindo tiempo! ¡Lindos gauchos que no saben domar un potro, ni enlazar un novillo, ni reñir con una policía, ni robar una china, y usan pañuelos de golilla por lujo y revólver niquelado para vista!...

¡Elecciones!... ¿Para qué? ¿Para que las gane el gobierno y se ría de los zonzos que gritan y hacen reuniones y gastan plata inútilmente?... Y si acaso alguna vez se vence, ¿qué obtiene el vecindario? ¡Nada!... los que ganan son los políticos, los doctores. ¡Así va el partido en manos de los políticos! ¡Así va la patria en manos de los doctores!

Este era don Lucas Cabrera.

Su visitante era hombre de otra época, de otra escuela y de otro temple. Era el gaucho transformado en personaje

político en el transcurso de unos pocos años. Toda su persona acusaba esta transformación más superficial que profunda.

Su físico era agradable. De regular estatura, bien formado, aunque con las piernas algo abiertas; la cabeza pequeña y el pelo negro muy corto; la faz morena, la frente estrecha y muy pobladas las cejas; ojos grandes, redondos, con poca expresión, bigote y pera napoleónicos, bastante cuidados.

Usaba saco negro, bombacha de merino del mismo color, sombrero calabrés y botas charoladas, sin brillo ya a causa del mucho uso. En el cuello llevaba de golilla un pañuelo de seda blanco —que pregonaba excesos de lavados y de servicios—, y en el dedo índice de la mano derecha —una mano morena, pero no grande, y cuidada— un grueso anillo de oro con una gran piedra lila; en el meñique de la izquierda, un arito de oro y un anillo de cola de lagarto.

Con frecuencia llevaba la mano a la cadena de pelo con virolas de oro, que sujetaba un reloj de plata muy viejo y muy gastado.

Este hombre se llamaba Celestino Rojas: era conocido en todo el departamento y se sabía su historia por las frecuentes narraciones que él mismo hacía de sus proezas. Muy joven se había alistado en el ejército revolucionario del general Aparicio, haciendo toda la campaña y encontrándose en todas las acciones memorables. Habíase hallado en las cargas heroicas de Severino y Corralito; asistió a la triste jornada de Manantiales, después de haberse estrellado contra los infantes de hierro del general Suárez en el Sauce.

Y como él servía, ya en el ejército, ya en las partidas, y no se preocupaba de cometer anacronismos al narrar sus aventuras, resultaba que el 28 de febrero, sirviendo con Puentes y Salvañach, derrotaba a Fidelis en Cufiapirú, y el 6 de enero llegaba con Muñiz a las puertas de Montevideo, y así seguía combatiendo con Pintos Báez, con Bastarrica, con Moreno, con Benítez o con Mena, en todas partes y en toda época.

Había sido —siempre según él— capitán de lanceros, y nadie le llamaba sino "el capitán Rojas —cosa que le disgustaba, pues tenía méritos sobrados para que le ascendieran y fundadas esperanzas de calzar la efectividad de sargento mayor. Y —bien seguro— o jefe o nada: un kepis con dos galones, y aun con tres, haría una ridícula figura sobre su cabeza, que empezaba a encanecer; no tanto, decía, por influjo de los años, como por la acción destructora de las

perrieras sufridas en la vida de campamento, en sus innumerables servicios prestados a la causa.

Durante mucho tiempo, su gran ambición fue lograr un comisariato —el afán de todo gaucha sin hábitos de trabajo—, pero al presente le parecía exigua recompensa a sus desvelos. Inspector de Policías, quizá; aunque su sueño era la Jefatura Política. ¿Por qué no había de calzarla?... Iban ya transcurridos más de diez años de miseria, soportados con altivez de varón de nervio: porque durante ese período tan prolongado, como amargo, él supo siempre conservarse en su puesto, pasando necesidades a menudo y hambre muchas veces, sin descender al trabajo, a la vil ocupación que vulgariza y que rebaja.

En lucha con la pobreza, había observado mucho y había adquirido la apariencia, si no el fondo, de un hombre superior, en medio de la general ignorancia de sus vecinos. Algunas libras esterlinas salidas no muy a gusto del bolsillo de correligionarios generosos, o una buena suerte en el juego, pagaban los pequeños gastos: comidas en la fonda a tres reales por día; la taza de café en el billar, que en ocasiones fiaba; el paquetito de caporal brasileiro que costaba diez centésimos y solía durar una semana, y el pago de lavandera y planchadora —una buena china que se contentaba con lo que se le diera y cuando se le diera. Si los recursos faltaban en absoluto, quedábale el expediente de ensillar caballo y salir a campaña, donde pasaba un mes, de estancia en estancia, de puesto en puesto, y de donde regresaba con dinero, mucho o poco, en animales o en especies.

Era indudable que en alguna época habían corrido mejores tiempos para él. Lo atestiguaban la tropilla de caballos —de la cual conservaba la mitad, distribuida en campos amigos— y algunas prendas que fueron de valor.

Su recado llamó la atención en carreras y reuniones; pero ya las encabezadas de plata ostentaban abundantes abolladuras; los grandes estribos de campana con una inicial de oro en medio, dos años hacía que habían desaparecido: ciento treinta y cinco pesos le habían costado y los vendió por cuartería en instantes de apremio; las riendas y cabezadas con virolas y bombas de plata decían su edad y los pellones cosidos en muchas partes demostraban la prolijidad del dueño y los años de uso.

Hombre afanado en ser práctico, aunque en realidad no lo era, Casimiro Rojas hablaba poco y observaba mucho. De ese modo había logrado borrar su origen y ocultar su pasado.

Del gaucha de maletas, pingajoso y vagamundo, afecto a compadres y rico en refranes, restaba muy poca cosa.

Había adoptado una gravedad altiva de personaje político y usaba frases aprendidas de memoria y palabras misteriosas de gran efecto entre el gauchaje, leídas en los diarios u oídas al cura o al boticario del pueblo, españoles reacios con pujos literarios que hablaban por Cervantes, aplicando en todo los pasajes del *Quijote*, con sentencias bíblicas, infalibles e inapelables.

3

Era más de mediodía cuando concluyó el almuerzo, durante el cual se había comido mucho y hablado poco, según el hábito de los paisanos. Las mujeres, sobre todo, no habían desplegado los labios sino para decirse algo al oído y con las precauciones de quien se encuentra en un velorio.

Retirado el servicio, el comedor volvió a adquirir aspecto de sala, y los dos hombres quedaron solos.

Rojas fue quien principió el diálogo, preguntando:

—¿Y sus hijos, que no veo ninguno?

—Están en las carreras.

—Sí, pero los muchachos dentaron en una "penca" con el potrillo malacara y sacaron un terno; pero entonces, como ya era muy tarde, resolvieron dejar pa hoy la decisión.

—¡Eh! —exclamó Rojas, que deseaba abordar un punto importante y no encontraba el medio. Después de un momento preguntó, afectando indiferencia:

—¿Mi overo está en buenas carnes?

—Está en el potrero como una bola: naides le ha puesto las garras encima.

—Es que, ¿sabe? —continuó el capitán—, ahora lo voy a precisar, ¿sabe?

—Cuando quiera.

—Tengo que andar de aquí para allá, ¿sabe?... pa estos trabajos. Yo vine hoy pa eso, ¿sabe?...

—¿Pa qué?

—Pa hablarle...

¡Hable, pues!...

Otra vez hallóse Rojas indeciso; no encontraba manera de expresarse, no sabía cómo decirle a aquel hombre —que odiaba la política y detestaba a los políticos— que iba a buscarlo, que iba a solicitar su concurso para el trabajo electio-

nario en que estaba comprometido. Al fin, olvidando galanuras, echando a un lado aquella ilustración, que no le servía de nada en aquel momento, dejó hablar al gaucho y dijo brutalmente:

—Vengo a verlo pa que nos acompañe en las elecciones.

Don Lucas lo miró un rato con asombro, como quien no se da cuenta de lo que ha oído. Luego sacudió su cabeza y rio, rio largo tiempo, mirando con lástima al pobre capitán, que se había tornado serio, casi hosco, completamente desconcertado; que sentía deseos de marcharse sin agregar una palabra; pero... y su reputación, ¿cómo quedaba después de haberse comprometido a arrastrar al ganadero, a aquel indiferente a quien nadie se había aventurado a hablar en tal sentido?...

Nicanor García rio de buena gana el día que él dijo conseguiría a don Lucas; y el coronel Matos había guiñado un ojo, burlándose de su petulancia. No, no se iría sin conseguir su objeto, de una o de otra manera.

Tras un largo silencio, volvió a la carga.

—Usted no me ha entendido bien, amigo don Lucas —dijo.

—¿Cómo es eso?... Pueda ser. Explíquese, amigo, que los hombres hablando se entienden.

Sí, no me ha entendido, porque yo no he querido decirle que usted tome parte en la cosa.

El viejo refa de nuevo.

—¡Vaya, vaya! —exclamó—. Más vale ansina. Yo creía que venía... en fin... Ya sabe que hablarme de eso es al ñudo. No me friegue más por ese lao, porque pa tramoyas y enriedos no me agarran ni a tiro de bola.

—Bueno. Yo sé bien que usted no cree en estas cosas que...

—¡Que apestan, amigo!

—Que nosotros vemos segura.

—¡La encensia les valga!

—Como quiera. Usted no irá, pero sus hijos son...

—¡Hijos de tigre, overos han de ser!

El capitán, impacientado con las interrupciones del estanciero, se veía obligado a reprimir su enojo para no contestar con un desatino que echaría abajo todos sus planes.

—Pues amigo, yo creo que, en lugar de overos, debían ser blancos —dijo afectando bromear.

—Me da gana de largarle una risada en la cara, amigo Rojas —contestó el viejo—; hijos míos ¿no han de ser blancos?

—Pues por eso deben acompañarnos.

—¿Pero pa qué?

—Pa ir a escribirse.

—¡Sí, pa que después anden enredaos con la poleca y ruitos los días haigan cuestiones, y lo traten a uno como a mancarón ajeno! ¡Por buena liendre que es el comesario y por poco arteros que son sus melicos!... Y todo, ¿pa qué?... ¡Pa servir de escalera a los manates de Montevideo, pa apadrinar a los doctores, que después ni siquiera se acuerdan del gaucho bobo que se jeringó por ellos!... ¡Es al cuete, amigo, es al cuete!...

El ganadero tenía razón, y Rojas lo comprendía; para el gaucho semibárbaro, maldita la ventaja que había en que fuera diputado fulano o mengano; y, en cambio, los inconvenientes de inmiscuirse en trabajos electorales eran muchos.

Pero para el capitán y para otros muchos como él que nada arriesgaban y podían obtener algo, la cuestión presentaba un cariz distinto.

Casi vencido, Rojas se decidió a emplear el último recurso.

—Bueno —dijo—; no tengo nada más que decirle entonces, ¿sabe? Yo lo siento por el coronel, ¿sabe?, se va a agarrar un disgusto.

—¿El coronel, por qué? —interrogó don Lucas cambiando de tono.

—Porque, ¿sabe?, el coronel estaba seguro de que usted lo acompañaría, y así lo garantizó a los amigos, ¿sabe?...

El ganadero profesaba gran respeto y mayor cariño al coronel Matos; de manera que la frase de Rojas le produjo el efecto que éste esperaba. Después de tironearse nerviosamente la barba con la gran mano callosa y negra.

—¡El coronel no escarmienta! —gruñó—. Siempre lo mismo, en balde ha llevao más golpes que besos le dio su madre.

El capitán, con aire zorruno, prosiguió:

—Ha convidao a todos los amigos pa una reunión en su estancia este domingo, y a la fija va a tomar a mal que usted no vaya.

—¡Pero él sabe que yo no voy! —gritó el viejo alzando los brazos con impaciencia.

—Ya sé, amigo; pero eso no significa nada.

—¿Cómo, nada?

—Dejuro: sus hijos pueden ir.

—¡Dale con mis hijos!... ¿Por si acaso mis hijos son terneros de teta, ni yo ando con ellos a los tientos?... Si ellos quieren dir, ¡que vayan!

—Si usted no los manda, es seguro que no van a ir, y aunque más no sea por complacer al coronel...

—¡Está bueno, amigo!... —murmuró don Lucas rendido; y luego, como para tomar la revancha y hacer menos dolorosa la derrota:

—¡Pero yo no voy! —agregó—. ¡Yo no voy a dir, no voy a dir!... Digaselo al coronel, que yo no voy a dir, pa nada: ¿ha oído? ¡pa nada! ¡pa nada!...

Esa tarde el capitán Rojas ensilló su overo, que efectivamente estaba "como bola"; se despidió del dueño de casa y salió de la estancia contento, "haciendo bailar su flete", agitando el rebenque plateado y cantando entre dientes un aire de pericón.

Estaba satisfecho.

En el dorso de una loma no tan extensa como empinada, se destacan sobre la superficie lisa, tapizada de verde, los ranchos negros que constituyen la estancia del coronel Manu Matos. No hay más árboles que tres higueras escuálidas que jamás dan fruto y en pocas primaveras ostentan hojas.

Unos ranchos de adobe, bastante derruidos, y un galpón casi sin techo y con los horcones inclinados y carcomidos por los gusanos, constituían la morada del viejo jefe y acaudalado estanciero.

El coronel, siempre entregado a la política y a su partido —al cual servía con singular desinterés— no había tenido tiempo de preocuparse de sus bienes. Más de veinte años hacía que proyectaba construir un edificio importante, sin que el proyecto se viera ni tuviera probabilidades de verse realizado.

El día a que hacemos referencia, un domingo de agosto, exuberante de luz, la estancia presentaba un animado y curioso aspecto. Desde muy temprano habían empezado a llegar los invitados a la reunión, y otros que, no siendo invitados, no dejaban nunca de concurrir allí donde se podía comer bien y beber mejor, sin pagar nada.

Alrededor de las casas veíanse más de treinta caballos, atados a sogas unos y maneados otros. En el galpón había otro grupo numeroso de los más haraganes, que no habían querido tomarse el trabajo de desensillar; y en los rincones, apilados, multitud de recados de todas clases desde el "chapeao" reca-

zado de plata hasta el "recao de negro" de "basto sillón", corona rota y cojinitos de cuero de oveja, sin curtir.

En medio del amplio patio, sembrado de pedregullo, se alzaba una enramada, construida a la ligera y techada con ramas de matajo y chalchal. El vocerío incesante y el continuo ir y venir de los hombres daba a la estancia el aspecto de una gran lechiguana abandonada sobre la colina verde.

Adentro de la cocina y a su alrededor se habían agrupado las gentes de menor cuantía, mientras bajo la enramada platicaban seriamente las personas de importancia, que eran pocas: el mayor Carranza, un indio viejo con el pelo y la barba teñidos de rojo, metidas las piernas entre unos pantalones muy estrechos, y los pies en unos botines de punta angosta que no le dejaban caminar; el capitán Nicanor García, gaucho inteligente y vivaracho, que también gastaba pantalón, calzaba botines de charol y llevaba sombrero duro, dándose humos porque era "teniente de línea" y había ocupado altos puestos públicos en el departamento; don Martín Pereyra, un viejo octogenario, muy obeso, y a quien se respetaba porque era estanciero rico y porque había servido con Oribe; Pedro Arragaray, un vasco pulpero, también viejo, pero fuerte como un toro, y para el cual, después de Dios, había tres dioses: Carlos V, Zumalacárregui y Bastarrica; un joven pálido, periodista epiléptico que redactaba en el pueblo un periódico de oposición furibunda; dos o tres estancieros más, uno que otro comerciante de las inmediateces y varios oficiales de partido, con grado, pero sin despachos; después, en el patio, en el galpón, por todas partes, peones, troperos, "agregados" y puesteros endomingados, casi todos con chiripos de merino negro, o de ponchos inservibles, dejando ver el calzoncillo muy almidonado y casi azul con el exceso de añil, y las alpargatas nuevas, floreadas.

Junto al guardapatio, una docena de ciudadanos mataba el tiempo jugando a la taba por "rialitos", y un poco más lejos, bajo la pequeña higuera que vegetaba al lado de la puerta del rancho, varios mozos tañían la guitarra y cantaban décimas ora amorosas, ora patrióticas, mirándose, de cuando en cuando, las largas botas de charol recién estrenadas o los grandes pañuelos de seda, blancos y celestes, que llevaban al cuello. Más allá del guardapatio, en el playo de las carneadas, cuatro hogueras enormes, constantemente alimentadas, chamuscaban los asados con cuero: costillares, "picanas", "degolladuras", etc.

Nicanor García, haciendo de maestro de ceremonias, iba

y venía, palmeando con afectada amabilidad a los que llegaban, preguntándoles por toda la familia, indicándoles el mejor sitio para atar los caballos y el paraje más a propósito para colocar los recados.

Vigilaba los asados, daba consejos, no desdenaba llegar hasta la cocina y dirigir alguna frase cariñosa a la gente menuda; se detenía un instante en la cancha de taba, aplaudiendo al que había echado una "clavada", y se iba presuroso por no sucumbir a la tentación de "agarrar el güeso" —güeso que hubiera perjudicado a su reputación de hombre imponente. De rato en rato acudía a la enramada para conversar con el coronel, para quien tenía siempre frases elogiosas y galanterías estudiadas.

—La cosa se prepara bien, coronel —le dijo; y luego, trabajando *pro domo sua*, agregó:

—Mis muchachos han venido todos: ¡ninguno ha faltado! Entonces el mayor Carranza, que se paseaba silencioso, encorvado su gran cuerpo de buey viejo, se acercó, y con voz gangosa, debida a los pólipos que habían dilatado enormemente la nariz, se atrevió a decir:

—Sí; pero el capitán Rojas no ha venido entuavía.

—La verdad, y es extraño —agregó el jefe.

García, que odiaba a Rojas y se disputaba con él el predominio, sonrió maliciosamente y exclamó restregándose las manos:

—¡Estará en algún rancho tomando mate!

Y luego, con arrogancia, repitió:

—Mis muchachos han venido todos: ¡no ha faltado ninguno!...

Carranza, que no gustaba de enemistarse con nadie, salió en defensa del ausente:

—No —dijo—; de juro estará reclutando gente. El hombre está empeñado en el juego y ha trabajado... De una laya o de otra, el hombre ha hecho el posible... El hombre es güero... el hombre es compañero derecho... No se duebla... Aurita no más ha de caer... Yo digo...

Y se sonó con estrépito la enorme nariz.

—¡Capitán García! ¡capitán García! —gritaron en ese momento—. ¡Venga a ver este asao, que se me hace que yastá!...

—¡Allá voy! —respondió el oficial, y corrió presuroso a inspeccionar los fogones. Apenas había llegado, cuando se vio en la necesidad de ocurrir a la cancha de taba, donde había comenzado una disputa.

—¡Jue clabada, amigo, y en güena la! —gritó uno.

—¡Miente! ¡Jue Grabiél que puso la pata! —vociferó otro.

—¡Miente no, gaucho sarnoso! —replicó el primero enderezándose y echando mano al cuchillo—. ¡Mal educao, verás si te doy más tajos!...

El otro se aprestaba a la lucha y la disputa hubiera concluido mal sin la pronta intervención del capitán García.

—¿Qué es esto? —exclamó—. ¿Entre amigos... y en este momento armar farra?... Vamos, compañeros: entre bueyes no hay cornada; ¡no se calienten al fiudo!...

Y viento que sus palabras producían buen efecto, agregó chacoteando:

—¡No hay que pincharse la panza, aura que la vamos a llenar con esos asaos que están apagando el fuego de puro gordos!...

Rieron los concurrentes; y los dos adversarios, luego de haberse dirigido mutuamente una mirada rencorosa, volvieron al grupo, dispuestos a dar por solucionado el incidente. Otro tomó la taba y el juego continuó, en tanto, allá lejos, bajo la higuera raquítica, la guitarra lanzaba los acordes tristes de un estilo.

García se alejaba triunfante, satisfecho de su prestigio, cuando percibió un gran movimiento en el galpón y las voces de:

—¡El capitán! ¡el capitán!...

Altivo, imponente, bien erguida la cabeza, el capitán Rojas avanzaba haciendo sonar en los menudos guijarros del patio las rodajas de las espuelas de plata, y sacudiendo el rebenque que pendía de la muñeca derecha, sujeto por la cinta celeste.

Llevaba el sombrero en la nuca, la borla del barboquejo en la boca, el pañuelo blanco tendido sobre la espalda, y en el brazo izquierdo el poncho de verano, cuyos largos flecos barrían el suelo. Diez mocetones lo seguían con aire tímido, molestados con la observación de que eran objeto.

García se mordió los labios con rabia; el coronel tendió la mano afectuosamente al recién llegado, y el mayor Carranza, no encontrando en su imbecilidad una frase que expresara su admiración, murmuró asombrado:

—¡La gran...!

Entonces el capitán Rojas, sonriendo con aire de triunfador, se dirigió al jefe diciéndole:

—El amigo Cabrera está enfermo y no puede venir; pero aquí le manda esta tropilla.

El coronel, hombre bondadoso, lo felicitó por su triunfo. De veras, él no hubiera creído que don Lucas Cabrera cediese. ¡Lo conocía tanto a aquel buen amigo!...

Muy alegre —porque en el fondo de aquella alma vanidosa había un caudal de bondad y una puerilidad casi infantil—, Rojas se alejó y fuese hasta los fogones, donde García, despechado, furioso, daba órdenes a gritos, con frases groseras y soeces. Le puso una mano en el hombro, saludándolo cariñosamente.

—¿Cómo te va, hermano?...

—Ya lo ves: asando churrascos pa matarle el hambre a la indiada —respondió García dominando su enojo.

García era tan cobarde como intrigante. Conocida esa su historia, desde sus mocedades de perulario hasta que adquirió importancia y obtuvo sus galones traicionando y maltratando a sus compañeros.

Después, un jefe político lo había llevado consigo, le había dado un puesto importante, y logró reconciliarlo en cierto modo con sus compañeros de causa. Sobradamente astuto, sus armas eran la intriga y la perfidia, y por eso mostrábase más amable, cariñoso con Rojas, mientras a la sordina y con trabajos de zapa minaba su prestigio.

Estuvieron largo rato conversando amigablemente. De pronto,

—Allá viene uno —dijo García. Y entrambos quedaron contemplando al que se acercaba. Éste no tardó en llegar a los fogones, y sin bajarse del caballo,

—Buenos días, señores —dijo con sequedad.

Era un mozo joven, de pequeña estatura, de fisonomía severa y de mirada inteligente y dura.

—Bájate, muchacho —le insinuó García.

—No, gracias; yo no soy cuervo que anda olfateando carnizas —contestó, estirando desdenosamente el grueso labio inferior. Y luego, apoyándose negligentemente en la encabezada delantera del recado, y mirando los asados:

—Carnean gordo —dijo.

—Carnecita no más, carnecita blanca —replicó García, como si el elogio hubiese sido dirigido a él, como si las vacas hubiesen sido suyas.

—¡Pero bájate, pues! —agregó.

—No, gracias; voy de paso.

—¡Bájate y pégas un tajo!...

Entonces se adelantó Rojas y le dijo con entonación severa:

—Bájate, rubio; vos sos blanco y debés acompañarnos.

—Ya soy viejo pa zonzo y no tengo ganas de que los milicos me calienten el lomo —contestó el joven, siempre sonriendo.

—¿Tenés miedo?

—¡Puede ser! —agregó con sorna; y tirando la rienda al caballo,

—¡Hasta la vista, señores! —gritó; y al trote, muy echado para atrás, muy estiradas las cortas piernas, se alejó lentamente. Rojas permaneció pensativo observándolo, y cuando hubo traspuesto la loma, se fue meditando y cejijunto hacia la enramada.

Una voz fresca y bien timbrada hacía oír, al compás de la guitarra, las estrofas de una décima patriótica; la gente, que empezaba a sentir hambre, se agitaba con impaciencia y, bajo la enramada, los personajes bostezaban, en tanto el mayor Carranza, mortificado por sus botines nuevos, se paseaba haciendo pininos.

—¿Quién es ese que estuvo? —preguntó el coronel.

Rojas, cada vez más pensativo:

—Leopoldo Almeida —contestó; y se marchó hacia la troja, serio, severo, casi sombrío.

—¡Los asaos yastán! —gritó García; y esa frase hizo renacer el buen humor en todos los concurrentes.

Era más de la una de la tarde cuando la comitiva, en grupo numeroso y alegre, se puso en movimiento. Iban cincuenta y tantas personas, formadas en hileras de a ocho, mandadas por el capitán Rojas, pues el coronel marchó al pueblo, donde su presencia era indispensable.

Picaba el sol bañando de luz las lomas solitarias; ni una nube oscura empañaba el gris claro y uniforme del cielo; ni una brisa agitaba las ramas siempre verdes de las chilcas; ningún ruido, ningún rumor de la vida turbaba el silencio de la amplia zona despoblada, que la comitiva iba encontrando muda, y dejando muda, a medida que pasaba.

Quien no conociera los hábitos del campo hubiera dicho, al ver desfilar aquellas gentes, que se trataba de una partida revolucionaria, más bien que de un grupo de ciudadanos dirigiéndose a cumplir los pacíficos deberes del sufragio. Los mangos de los facones golpeaban la cabezada del recado, y

las culatas de los revólveres y las pistolas brillaban al ser besadas por los rayos solares.

Las fisonomías duras, secas, casi hostiles y amenazantes inducían a pensar más en las luchas de la lanza que en las luchas democráticas. Aquellos pardos, aquellos mulatos, aquellos negros, aquel gauchaje analfabeto y semibárbaro no podía tener conciencia de sus actos, no podía ir por voluntad propia a elegir representantes. ¿Qué sabían ellos lo que eran representantes, cuál su misión, cuáles sus deberes?... ¿Ni que les suponía a ellos que fuesen zutano o mengano, si nada habían de ganar con esto? ¿Y qué...?

De los cincuenta y tantos hombres que iban a votar, cuarenta por lo menos no tenían, a pesar de ser jóvenes, otra ambición que seguir viviendo como agregados en el rancho o como peones en la estancia del patrón o del amo. Y como el patrón o el amo les había dicho que fueran y les había dado alpargatas, camisas o bombachas nuevas para que se presentaran con decencia, allá iban, inconscientes, sin entusiasmo, sin ideal político, sin fe en el triunfo que no les alcanzaría y sin temer una derrota que no había de perjudicarles.

Cuando llegaron a los ranchos de la pulpería donde estaba instalada la Comisión inscriptora, ya había allí mucha gente, gente de mala catadura en su mayoría, reclutada por el comisario, ¡Dios sabe dónde y con qué fin! Recibieron a los que llegaban con aire hostil, satisfechos del disgusto que causó a éstos el tener que manejar sus caballos al sol, porque la enramada, los varios ombúes y hasta la sombra de los ranchos estaban ocupados de antemano.

Rojas, acompañado de García y cuatro o cinco amigos más, penetró en la trastienda de la pulpería, mientras los otros se distribuían por el patio o ganaban el despacho de bebidas.

—¿Cómo va la cosa? —preguntó el capitán al pulpero, que era amigo de causa.

—Mal —respondióle éste—. Panta Gómez está ahí con el segundo y toda la poleca.

Después, en voz baja y acercándose a Rojas:

—¡Están metiendo gatos de todas layas!

El capitán salió al patio y comprobó la presencia del comisario Panta Gómez, un indio grande con cara de bandido —quien conversaba con su segundo, sentados a la sombra de un ombú y tomando mate amargo que cebaba el asistente. Del lado de afuera de la puerta del rancho donde

funcionaba la Mesa inscriptora, estaban dos soldados armados a rémington y sable, y más allá, bajo unos espinillos, cinco soldados y un sargento, también armados de carabinas.

En un minuto Rojas se dio cuenta de la situación: todos aquellos hombres, la mayor parte desconocidos, que había encontrado a su llegada, eran "gatos" destinados, no tan solo a llenar el Registro, sino a impedirles a ellos la inscripción. La presencia allí del comisario y del subcomisario con ocho guardias civiles, respondía, indudablemente, al mismo plan. Iba a hacerse necesario luchar contra la fuerza, oponer la fuerza a la fuerza, y en esa partida Rojas veía el máximo de las probabilidades del lado del adversario. Conociendo a fondo la gente que le acompañaba, no abrigaba duda de que lo dejarían solo; pues bien que hubiese allí hombres de valor, el respeto al principio de autoridad y el temor de comprometerse por lo que no les iba ni les venía, habría de hacerles cejar. Además, dado el caso de un triunfo brutal, ¿cuáles serían las consecuencias?... La satisfacción del momento y luego la vida errabunda y arriesgada del matrero, acompañada de la pérdida irreparable de todas sus esperanzas utilitarias...

Volvió a entrar en la pulpería y comenzó a pulsar a sus compañeros; y si bien casi todos le respondieron con frases enérgicas, muchos con baladronadas, comprendió que no se había equivocado en sus juicios. Don Martín Pereyra, pretextando una repentina indisposición, se despidió profundamente contrariado por aquel trastorno, montó a caballo y partió llevándose a sus tres hijos.

El mayor Carranza había ido, allí cerca, al rancho de un amigo, a "pedirle prestadas unas sapargatas"; el capitán García andaba dando vueltas alrededor de las casas, sin perder de vista su caballo, que tenía atado del cabestro a un poste del alambrado, lejos de los otros, bien a mano; y el vasco Arragaray, el hombre que quizá inspiraba más confianza a Rojas, estaba roncando en la cama del pulpero, borracho como una cuba.

El capitán se paseaba impaciente, ceñudo, golpeando el suelo con los tacones de sus botas, y como había vuelto a ser gauchito, como había desaparecido el barniz pueblerino que lo afeaba, estaba hermoso con el aspecto bravo, duro y altanero de la raza nativa. ¡Él no cejaría, al menos!

Él iría hasta el fin, sin debilidades, sin cobardía, sin mirar atrás. Pero otra vez se le presentaba su porvenir tan bien encaminado, sus sueños de poderío y de grandeza, la

labor paciente de muchos años, y allá, en el fondo, el cuadro negro de las miserias pasadas, de las escaseces, de las necesidades, de las amarguras que apura minuto a minuto quien, alentando ambiciones, se revuelve en la pobreza. La derrota electoral sería el aplazamiento de sus proyectos; pero la lucha a mano armada era la muerte de sus anhelos.

Se asomó de nuevo a la puerta y vio al comisario Panta, orgulloso dentro de su uniforme y echado sobre la oreja izquierda el kepis con tres galones. ¡Él conocía bien al indio Panta! Lo conoció muchacho cuarteando diligencias, descalzo y medio desnudo; lo conoció después, cuando matreaba a causa de un robo de caballos; lo encontró más tarde en la tiempo. Vamos a inscribirnos.

frontera del Brasil, contrabandeando tabacos y armando escándalos en las jugadas... ¡Y ése era capitán ahora! ¡y comisario de Policía!...

¡Y en cambio él, perteneciente a una familia rica, relativamente educado, lleno de sacrificios, vegetaba en la indiferencia, comía mal y de limosna, vestía con pobreza, y no andaba sucio y roto por merced a su prolijidad; y no tenía hogar, y su cuerpo enfermo, trabajado por los años y las privaciones, por las intemperies, por los soles ardientes de los veranos y las lluvias frías de los inviernos, no tenía sino un miserable catre, en el cuarto de algún amigo, para reposar en las noches, esas largas noches sin sueño pobladas de tristes reflexiones y meditaciones dolorosas!...

Por otra parte, el orgullo del gaucho valiente, esa reputación de guapo que desaparecía en la primera "aflojada", aguijonéalo impulsándolo al abismo... Pero, ¿por qué desesperar así?... Acaso sus desconfianzas fueran infundadas y

De pronto, deteniéndose en su paseo y dirigiéndose a los compañeros que bebían o charlaban en la pulpería,

—Muchachos —dijo—, no hemos venido aquí a perder el Y otra vez, como en su entrada en la Estancia del posible el triunfo, o cuando menos la lucha.

coronel Matos, marchó adelante, erguida la cabeza, audaz la mirada, arrastrando el poncho y haciendo sonar las rodajas de las espuelas de plata.

Muchos lo siguieron; pero la mayoría tímida, irresoluta, haciendo comprender que al primer obstáculo daría vuelta la cara.

Así que se acercaban a la puerta del Juzgado, el comisario y su segundo se pusieron de pie, y los cinco soldados, como si ya estuvieran prevenidos, cogieron sus armas y fueron

a formar rápidamente detrás de sus jefes. Al mismo tiempo, los perdularios de que hemos hablado empezaron a moverse, formando círculo alrededor de los compañeros de Rojas.

Algunos de éstos, los más descontentados, vieron pistolas que se corrían hacia delante y mangos de facones que relucían. En las puertas de la pulpería que daban al patio, los curiosos, el dueño de casa y varias mujeres observaban lo que iba a acontecer. Reinaba un silencio profundo, amenazador y terrible.

El capitán Rojas, bastante pálido, pero siempre sereno y altivo, siguió avanzando, fija la mirada en el comisario Panta, quien, con la mano en la empuñadura del sable, el kepis en la nuca y el rostro encendido, no perdía de vista uno solo de sus movimientos.

Comprendió Rojas que estaba perdido, que iba a suceder lo que había previsto; pero una furtiva mirada dirigida hacia atrás lo reanimó, al ver el numeroso grupo que le seguía. Llegó al umbral de la puerta, y un soldado le mandó hacer alto.

—Vengo a inscribirme —respondió con voz entera.

—No se permite entrar más que de a dos —agregó el guardia civil.

—Entraré yo con otro.

—Hay gente adentro.

—Esperaré.

Panta Gómez y sus hombres no se habían movido; pero se adivinaba en la nerviosidad de aquél que solo esperaban el momento oportuno.

Rojas, afectando indiferencia, extrajo del bolsillo su paquetito de caporal brasileiro, lió un cigarrillo, sacó fuego en el yesquero, encendió y, fumando, esperó tranquilamente que salieran los dos que estaban adentro. Cuando hubieron salido, hizo ademán de entrar, y entonces el soldado, ganando la puerta y presentándole la boca de la carabina,

—¡Alto! —volvió a decirle.

—¿Por qué? —replicó el capitán, enarcando las cejas y apretando los labios.

—Porque no se puede —dijo una voz dura, detrás de él; y al volverse para mirar, vio al comisario, que adelantaba seguido de sus soldados.

La gente de Rojas retrocedió; éste también dio un paso atrás, y encarándose con Panta,

—¿Por qué no se puede? —preguntó con altanería.

—Porque esos señores —contestó el comisario, mordiendo

las palabras y señalando a los harapientos que llenaban el patio —están primero y les toca el turno a ellos.

Rojas, densamente pálido, con los ojos brillantes y el rostro descompuesto por la ira,

—Aquí no hay turnos —replicó—; yo voy a entrar.

—¿Qué decís? —bramó el comisario con profundo desprecio.

—¿Que voy a entrar! —contestó el otro con bravura, y dio un paso hacia adelante.

—¡Paráte, trompeta! —dijole el comisario; y al mismo tiempo, con movimiento rápido, desenvainó el sable y lo levantó, amenazante. No con menos ligereza sacó a relucir Rojas su larga y filosa daga, recogió sobre el brazo izquierdo el poncho de verano y se plantó en guardia, fiero y firme. Toda reflexión murió en su cerebro, oscurecido por la cólera, y el alma del gaucho iracundo vibró de nuevo altanera y viril, desafiando al peligro, sonriendo a la muerte.

Pasaron unos segundos de angustiosa expectativa; se oyó golpear de puertas cerradas bruscamente y gritos destemplados de mujeres que huían. El dueño de la casa, por lo que pudiera ocurrir, entró a su tienda y corrió los pasadores de la puerta que daba al patio.

El grupo que acompañaba a Rojas clareó en un momento; muchos se fueron escurriendo, llegaron donde estaban sus cabalgaduras, montaron y partieron. El mayor Carranza no había concluido de quitarse los botines en el rancho del amigo, y García, solo en la esquina del alambrado, junto al camino real, tenía el caballo de la rienda, la mano derecha en la cabezada del recado, y la mirada fija en el patio, esperando el desenlace.

Cuando Panta Gómez vio que su adversario hacía uso de armas, levantó más la espada, y con voz revelaba la autoridad de que se hallaba investido, al par que la baja de su origen,

—¡Date preso, sarnoso! —gritó, y bajó el brazo, largando un mandoble a la cabeza de Rojas. Este paró el golpe, lanzó un rugido y se abalanzó sobre el comisario, ciego y terrible, como fiera enardecida.

Oyóse un gran clamoreo; inmenso tropel llenó el patio; los hombres corrían y se golpeaban, luchando por llegar primero a sus caballos; bufaron éstos asustados; muchos, reventando riendas y cabestros, emprendieron la fuga, golpeando los grandes estribos de campana y sembrando recados por el

campo; y cuando Panta Gómez, herido en el vientre, gritaba desde el suelo a sus soldados: "¡Maten! ¡Maten!", y Rojas, a su vez, caía bajo los golpes de sable, vomitando alaridos, el capitán García montaba su caballo, y al trote, muy tranquilo, salía rumbo a la sierra.

FACUNDO IMPERIAL

A Martiniano Leguizamón

No es fábula, es una historia real y triste, acaecida en una época todavía cercana, bien que sepultada para siempre; es una historia vulgar, un crimen común, sin otra originalidad que el procedimiento empleado para realizarlo; trasunto de los tiempos bárbaros y avergonzadores del caudillismo analfabeto y sensual, repugnante episodio de despotismo cuartero que ya solo puede revivir en las creaciones evocadoras del arte.

1

En la campaña del litoral, en casa de un rico hacendado, al finalizar la esquila. A la tarde se ha merendado en el monte bajo amplio cenador silvestre formado por apretadas ramazones de sauces y guayabos; la alfombra era de trébol y gramilla; los adornos, tapices escaletados de ceibos en flor, albos racimos de arrayán, guirnaldas de pasionarias y rubies de arazá; la orquesta, cuatro guitarras que sabían gemir como calandrias cantando amores en el pórtico del nido al apagarse el sol; por únicos manjares, doradas lonjas del tradicional asado con cuero.

Por la noche se bailó en la sala de la estancia. Muchas parejas, mucho gaucho burdo, mucha criolla tímida; destacándose en el conjunto de rostros bronceados y de polleras almidonadas, Rosa, la morocha de ojos más negros, de labios más rojos, de cuerpo más airoso; entre los hombres, imponiéndose estaban Santiago Espinel, comandante, comisario y

caudillo, y Facundo Imperial, joven, rico, buen mozo. Ambos cortejaban a Rosa: ambos se odiaban.

Espinel era bajo y grueso; tenía estrecha la frente y pequeños los ojos, roma la nariz, carnosos los labios, copiosa la barba.

Imperial era alto, delgado, garboso; linda la cabeza de rizada cabellera, enérgica la aguileña nariz, algo pálido el rostro y de un rubio oscuro la barba muy sedosa y muy brillante; los ojos color topacio, tenían la mirada suave, atenciopelada, de las razas que mueren.

Rosa sentía instintiva predilección por el comisario, cuya insolente grosería emparejaba con las tendencias cerriles de su alma; pero sus veinte años elevaban mezclado con el simple aroma campesino, el acre perfume de una filosofía práctica. Rosa había estado en la ciudad; sus dedos habían gustado el voluptuoso placer de estrujar telas de seda, sus ojos se habían deleitado en la contemplación de blondas de encajes, de pieles, de plumas y de joyas, y en su imaginación flotaban indefinidos ensueños de riqueza y de lujo. Como Imperial era rico y bueno, la criolla dudaba.

Esa noche, en el baile, Facundo fue, desde el principio, su preferido. Espinel, furioso al verse desafiado, no tardó en partir, yendo a cruzar campos, en lo lóbrego de la noche, para mascar la raíz amarga de la derrota y rumiar la venganza.

Facundo quedó solo y triunfante. Rosa, un tanto mortificada al principio con la brusca partida del comisario, recobró sin demora su alegre frivolidad, extremando las amabilidades para con su cortejante. Y cuando éste, tímido, trémulo, tartamudeante, le dijo, casi al oído:

—¿Hoy también nos separaremos sin que me dé ese sí que... —ella lo interrumpió, exclamando:

—¿Está muy apurado?...

—Siempre hay apuro en conseguir la felicidad.

—Si la suya consiste en conseguir mi cariño, no necesita andar mucho.

—¿Entonces?... ¿me acepta?

—Lo quiero —dijo ella simplemente, tendiendo la mano que el mozo estrechó con fuerza entre su ancha y ruda mano de paisano laborioso.

No vio Imperial que la mujer adorada ligaba su existencia a la suya, en pacto solemne, sin asomo de emoción; no vio la glacial, la humillante tranquilidad con que había re-

suelto el más fundamental problema de la vida. No vio nada. Cuando un hombre ama a una mujer, y esa mujer le dice: "¡Te amo!", ¿quién se detiene a observar y analizar su semblante?... El amor solo entra en nosotros cuando la razón, centinela del espíritu, se queda dormida.

Poco tiempo después Imperial y Rosa se casaron. El gaucho cesó de concurrir a las reuniones. Ya no cuidaba parejeros, ya había olvidado el naípe y la taba, y hasta descuidaba un tanto sus haciendas, para consagrar mayor tiempo a su adorada. Vuelto del trabajo sentábase junto a Rosa, bajo el toldo esmeralda de un venerable paraíso, y era aquél su paraíso.

Mientras su mujercita cebaba el amargo, él recostaba la cabeza en el seno opulento, y su mano callosa jugaba con la larga y negra trenza. Las tiernas frases, expresión de su cariño y de su dicha, se formaban sin adquirir sonido. En las sombras tibias del crepúsculo, en el silencio infinito de la campaña, su alma se adormecía, sus labios buscaban los labios de la morocha, y su corazón latía despacio, con la inefable tranquilidad del obrero que ha concluido su trabajo y reposa.

—¡Prenda! —murmuraba el gaucho.

—¡Vidita! —exclamaba ella besándolo.

—¿Me querés mucho?

—¡Bobo!...

Y las sombras se iban espesando, un toldo plomizo sustituyó el dosel azul; el paraíso suavizaba sus contornos, se apagaban los rumores y dulcísima paz acariciaba el alma del paisano.

Diez meses habían transcurrido así, cuando una tarde se presentó de improviso el comisario. Facundo empalideció, presintiendo una desgracia; pero el caudillo sonriendo mansamente, le tendió la mano, y le dijo:

—Buenas tardes, amigo Imperial y la campaña... ¿No interrumpo?

Rosa se empurpuró. Facundo ofreció una silla. El comisario se sentó, aceptó un mate y durante un tiempo habló de cosas indiferentes y sin importancia. Después, poniéndose de pie, dijo con acento extraño:

—Siento tener que molestarlo, amigo Imperial, pero el jefe lo manda llamar.

—¿A mí?... ¿Para qué?

—No afirmo, pero colijo que sea por cosa de electrones.
—Está bien, mañana iré —respondió Imperial.

Espinel se despidió y partió. Facundo no durmió esa noche, luchando con un enjambre de ideas negras y pesadas como nubes de tormenta. Rosa también padeció inquietudes. Se levantaron de madrugada. Pronto a partir, Imperial tomó en sus brazos a Rosa y la besó apasionadamente en la boca y en los ojos, exclamando con acento triste:

—No sé por qué temo que algo malo me espera.

—No seas tonto. ¿Qué te va a pasar?...

—No sé —replicó Facundo, y al fijar sus pupilas leales en las pupilas oscuras de su amada, le pareció advertir que su amada no experimentaba pena alguna con su partida.

Tornó a besarla, y notando que las lágrimas amenazaban afrentar sus ojos varoniles, montó a caballo y partió a galope, sin volver la cabeza.

Durante todo el día y durante toda la noche permaneció Facundo en el cepo colombiano. Al concluir la tortura, su cuerpo ardía, sus sienes latían con fuerza, los ojos tenían reflejos metálicos, los labios estaban descoloridos y resecos. Hubo que pasarlo a la enfermería.

El médico diagnosticó una fiebre grave; sin embargo, la robusta constitución del gaucho se impuso, y pocos días después entraba en convalecencia. Cierta tarde, el soldado que le llevó el rancho, preguntóle afablemente:

—¿Cómo sigue, don Facundo?...

El prisionero volvió la cabeza, extrañado de que lo llamasen por su nombre, y más extrañado aún de escuchar voces afables en aquel sitio que comenzaba a considerar un infierno, donde todos los rostros expresaban odio y donde todas las palabras traslucían rencores. El soldado comprendiéndolo dijo:

—Soy Lucas Ríos, de Pago Chico.

—¡Ahl!

—Si en algo puedo servirlo...

Lucas Ríos había sido peón de Facundo: lo conocía, era un paisano bueno y leal a quien en cierta ocasión había prestado un servicio importante.

—Gracias, amigo —contestó con evidente emoción; y

leajo: —Si pudiera conseguirme con qué escribir una carta...

—¿Cómo no!... ¡Y llevarla ande quiera también!...

—Al correo, no más.

—Aurita güelvo.

A poco volvió, efectivamente, y merced a su buena voluntad, Imperial pudo escribir y enviar a su esposa, a su inolvidable, a su siempre amada Rosa, la carta que sigue:

"Mi china querida: Ya sabrás que me agarraron como malevo y me metieron en un cuartel lo mismo que pudieran hacer con cualquier gaucho de maletas, vago y bandolero. Yo sé quién fue el autor de la arteria: uno que te codiciaba, mi prenda, y que, en su despecho, quiso hacerme pagar muy cara la dicha de guardarte en mi rancho y vivir en tu corazón. Maniado como oveja me trajeron al cuartel, me vistieron de tropa y un mulato con galones intentó afrentarme. No pude defenderme, no tenía armas; me golpearon, me apalearon... ¡Me apalearon, mi vida, me apalearon, a mí, a tu Facundo!... Me dejaron sin sentido y he estado en cama, medio por morirme, no sé cuántos días. Lo que sufrí no lo sabrás nunca, porque es imposible explicarte el entrevero de penas que estuvieron mordiéndome el cuerpo y el alma... Ahora empiezo a criar fuerzas y, siempre pensando en vos, mi chinita querida, voy empollando el desquite. Me han humillado, se han limpiado las manos en mí. Yo siempre fui bueno y tranquilo; vos lo sabés y todos lo saben en el pago: pero Facundo Imperial no es perro manso que se agacha si lo castigan. ¡Todavía me arde la marca y la sepultura está esperando al bandido que me sableó indefenso!... Ya lo he pensado bien, en las largas noches sin sueño, pasadas en este cuarto, solo con mis dolores y mi vergüenza. Lo mataré al indigno, lo mataré infaliblemente; pero eso será más luego. Antes tengo que arreglar otras cuentas. En seguida que esté sano me ingeniaré para ganar la puerta, desertarme y volver al pago en busca de Espinel. Lo encontraré, lo encontraré, aunque se meta en la tierra y cave como peludo; y entonces, mi vida, entonces, a pesar de ser grandote, ¡cuerpo le va a hacer falta para recibir puñaladas!... ¡Por algo se ha de desgraciar un hombre, y yo te aseguro que a ese sabandija, cobarde y traicionero, lo dejaré muy pronto con la panza hacia arriba y las achuras de afuera, para evitarles trabajo a los caranchos y los chimangos!... Después, te alzaré en ancas de mi tordillo, te llevaré muy lejos, donde Dios quiera ampararnos, te esconderé en pagos ajenos, te guardaré muy bien, estrellita mía, y volveré para concluir mi venganza, ¡porque

mientras viva uno solo de los miserables que me humillaron, tendré vergüenza de decir que soy hombre. ¡Adiós mi vida, mi flor de ceibo, mi lindo lucero!"

Transcurrió un mes. Facundo Imperial marcaba el paso junto a los otros reclusos y, como ellos, aprendía el ejercicio al rayo del sol, en el amplio patio del cuartel. En apariencia sometido, estaba a la espera del momento oportuno para huir, conservando vivas en el alma las altiveces ingénitas y los rencores acumulados durante el afrentoso cautiverio.

Y así, en resignada expectativa, pasó otro mes. Sus compañeros empezaron a tener puerta franca; pero para él no se abría nunca aquella puerta maldita. Los demás iban amoldándose a la suerte; en cambio, Facundo enflaquecía, languidecía, consumíase lentamente requemado por las ansias de vengarse y el deseo de volver al pago.

Pasó otro mes. Era un sábado. Se había pagado a la tropa y se había dado puerta franca; casi todo el batallón se lanzó a la calle en busca de aire, de luz, de libertad, de bajos e innobles placeres que hicieran olvidar momentáneamente los diarios sufrimientos de sus exigencias de esclavos en la ignominia cuartelera.

Solo para Facundo no tenía tregua el encierro. Nunca una licencia, jamás una salida, ni aun para las guardias fuera del cuartel: se le guardaba con precauciones, como a una bestia peligrosa.

Ese día su corazón rebosaba amargura. Cuando todos hubieron partido, cuando se vio solo en el inmenso patio rodeado de murallas, cuando observó la única puerta guardada por bayonetas, sintióse ahogado por una tristeza infinita. Más que el deseo vehemente de vengarse, más que el deseo ardoroso de ver a su mujercita, fue la nostalgia del pago, extendiéndose en espeso nublado por su espíritu. El recinto del cuartel, no obstante su amplitud, aparecíasele con estrechez de celda, en la cual sus pulmones, habituados al derroche de aire y luz en las inmensidades camperas, trabajaban con fatiga. Flaqueó su energía, una lágrima humedeció sus ojos...

Por largo rato anduvo errante, fumando con vicio, baja la vista, el cuerpo encorvado y el pensamiento distante, muy distante, recorriendo los llanos y las cuchillas, las cafiadas y

los arroyos de la comarca nativa, o durmiéndose a la sombra del frondoso paraíso del patio de su estancia, junto a Rosa, sol de sus días, luna de sus noches, estrella del rumbo en el viaje de la existencia... Sin duda alguna el sufrimiento iba desgastando rápidamente sus energías orgullosas. Solo así podía explicarse que se acercara a un grupo de oficiales reunidos bajo el corredor del cuartel, y que, cuadrándose y haciendo la venia, dijese:

—Mayoz... Vengo a pedirle que me dejen salir siquiera una vez...

Los oficiales lo miraron con asombro.

—¿Quién es este idiota? —preguntó el jefe.

Imperial respondió, humildemente, sin experimentar el ardor de la bofetada:

—Soy un vecino bueno, señor; no he hecho mal a nadie, se me trajo por maldad; tengo familia, señor; no he cometido ningún delito...

El mayor lo miró fijamente y dijo:

—¿Tenés mujer?...

—Sí, señor.

—¿Es linda?

Imperial comprendió y enrojeció de indignación. Le castañetearon los dientes, se le inyectaron de sangre las conjuntivas, tembló todo y respondió con voz ronca:

—¡Es linda y es mía!... ¡Es mía como el ganado de mi señal y los caballos de mi marca!... Vos, ¡canalla!, no has de tener... ¡ni padre!...

Jefes y oficiales pusiéronse de pie echando mano a las armas. El primero gritó:

—¡Cabo cuarto! —y cuando aquél llegó presuroso, acompañado de dos soldados, agregó, serenado ya:

—Lleven ese hombre al calabozo y délen cincuenta azotes.

Facundo no intentó resistir: sus fuerzas físicas y morales estaban agotadas. Se sometió; lo llevaron y soportó resignadamente el tormento. ¿Qué había de hacer el infeliz? ¿Qué puede hacer un hombre a quien le cae encima una montaña o lo arrastra un río desbordado?...

Pasaron dos meses más, y Facundo escribió a su esposa una segunda carta concebida así:

"Mi prenda querida: Hace cerca de medio año que me tienen encerrado; en todo ese tiempo no he salido a la calle una sola vez; y tú no te imaginas cómo es triste la vida de galpón para un potro como yo. ¡No sé por qué me muestran tanto rigor; no sé por qué me queman con la marca tan sin piedad!...

"El coronel me prometió darme salida un día de éstos.

"Me dijo que no se me dejaba salir temiendo me desertase. He contestado que no. ¿Dónde voy a ir? Protesto y no me creen. El coronel es bueno, no me trata mal, pero desconfía, a pesar de que yo, sin renunciar a mis propósitos, trato de ocultarlos, convencido de que solo la astucia puede ayudarme en este trance. Será lo que Dios quiera. Adiós mi amada, muy amada..."

Ya Imperial era un soldado hecho; ya no se mostraba tan huraño; hablaba con los camaradas, en ocasiones aceptaba un trago de caña y a veces reía. La bárbara disciplina del cuartel había quebrado su carácter altanero, su soberbia gaucha. Las humillaciones diarias, los repetidos insultos, los continuos castigos, habían concluido por domarlo. Carcomida la dignidad, coraza mortal, la moral se destruía precipitadamente, como se destruye una muela después de averiado el marfil protector. Llegó a ser, al igual del mayor número, un esclavo sometido. Pero así y todo no le dejaban salir. Ahora, mordido en lo hondo por la degradación progresiva, la idea vengativa había casi borrado en su mente; apenas le atormentaba el recuerdo de la esposa ausente, de la fortuna secuestrada, de la vida antigua de rico señor en pago propio. Al oír, en el crepúsculo de la cuadra, las relaciones de los camaradas contando sus divertimientos durante las veinticuatro horas de franquicia, la envidia le roía el pecho, desesperado por salir, por beber con ellos el *duraznillo* en el almacén de la esquina, por echar con ellos una moneda de cobre en el *cuadro* de una ruleta, por *amacarse* como ellos, en las danzas lascivas de una *academia*, por gozar, como ellos, la embriaguez consoladora de las negras abyecciones...

Salir, aun cuando fuese por un rato, abandonar siquiera por una hora la terrible cárcel, llegó a ser una obsesión en Facundo. Venciendo las últimas resistencias del amor propio, se atrevió un día a solicitar humildemente del coronel un permiso de salida. El jefe contestó con sequedad:

—No.

—Pero señor —balbució Imperial— vea que hace un año

que me tienen encerrado. ¡Déjeme salir un ratito no más!...

—¡He dicho que no, retírese!

Facundo insistió:

—¿Qué crimen tengo, señor, para que me traten así?

—El de ser bobo con mujer bonita.

El gaucho enmudeció; púsose densamente pálido; subióle algo amargo a la garganta, se le nubló la vista, resurgió el orgullo y tomó a salir a flote la dignidad adormecida a palos.

—¡Miserables! —exclamó.

Y ante el asombro del jefe, repitió:

—¡Miserables!... ¡Sí, miserables! ¡bandidos! ¡verdugos! ¡todos ustedes!...

Cinco minutos después, Imperial golpeado y maniatado era conducido al calabozo, de donde debería salir la madrugada del día siguiente para sufrir el inquisitorial castigo a que lo había hecho acreedor su incalificable insubordinación.

Al venir la aurora, el batallón estaba ya formado en cuadro en la plaza de armas. Reinaba un profundísimo silencio, y entre aquellos cuatrocientos hombres más o menos envilecidos, ningún labio se atrevía a sonreír.

Imperial, custodiado por cuatro soldados, llegó hasta el medio del cuadro.

Trajeron una silla; el coronel hizo su entrada, se sentó y cruzó la pierna.

Cuatro reclutas llegaron llevando un poncho patrio, que tendieron en el suelo; otro apareció con un balde de salmuera; dos soldados siguieron, cargados con haces de varas de membrillo.

Todos estos preparativos realizábanse en medio de un silencio absoluto, siniestro, casi fúnebre. Hacía frío, el aire estaba inmóvil; escasa claridad llegaba hasta la plaza de armas, y los soldados, rígidos, mudos, el arma en descanso, parecían hileras de peñascos sombríos.

A una señal del jefe adelantaron diez cabos que se abrieron en dos filas. Imperial despojado de sus ropas, fue llevado allí y obligado a acostarse, boca abajo, sobre la bayeta roja del poncho patrio. Los cuatro reclutas lo sujetaron de pies y manos. Entonces el coronel sacó del bolsillo interior de la blusa un cigarro habano, le quebró la punta con los dientes, escupió el fragmento, y con voz imperativa, ordenó:

—¡Rompan diana!

Luego, encendió el puro, aspiró una humada, y dijo:

—¡Rompan el castigo!

El primer cabo de la derecha, hincó una rodilla en tierra, apoyó el codo de la diestra sobre la otra rodilla y la vara de membrillo se alzó, silbó y cayó sobre las carnes desnudas. La víctima lanzó un grito y se encogió forcejeando inútilmente por escapar a los reclutas que le tenían amarrado. El cabo, después de descargar rápidamente los diez azotes reglamentarios, se levantó cediendo el sitio al contiguo.

Facundo se revolvía desesperado, mientras las varas caían incesantemente, rítmicamente, sobre las carnes maceradas. Y los gritos, los rugidos, las súplicas y las blasfemias eran apagados por la voz de bronce de los clarines y el sordo redoble de las cajas.

Por fin el coronel arrojó el cigarro. Era la señal: los verdugos suspendieron el castigo; la diana cesó. Uno de los cabos, tomó el balde de salmuera, y, con un hisopo de trapo, roció las carnes despedazadas de Facundo, quien yacía sin conocimiento.

En seguida el coronel se puso de pie, adelantándose hasta el centro del cuadro, y con voz tranquila, suave, paternal, como quien da un bondadoso consejo, dijo, dirigiéndose a la tropa:

—Que esto sirva de ejemplo.

6

Solo después de transcurrido un mes pudo Facundo volver a las filas. Pero ya no era Facundo: ya no quedaba de él nada del paisano noble y activo, del hombre de vergüenza, del ser libre, consciente y amante de su derecho. Olvidó que tenía campos y haciendas; olvidó hasta la mujercita tan entrañablemente adorada. Las heridas abiertas en su alma por las primeras humillaciones, habían cicatrizado. Ni recordaba la injuria ni pensaba en venganzas. Por el contrario, adulaba a los jefes, se había hecho servil como todos sus compañeros de infortunio.

De tiempo en tiempo, muy de tarde en tarde, solía recibir cartas de Rosa; cartas breves, frías, indiferentes; frases de condolencia y protestas de cariño que sentía falsas, que no llevaban el mínimo calor de las almas que quieren y padecen: Imperial sufrió; sufrió, pero disculpó, perdonó.

Andando el tiempo, Rosa dejó de escribir; Facundo mismo lo hacía muy de tarde en tarde, y sus cartas no tenían ya la vehemencia cariñosa de las anteriores. Su amor, como todos

sus sentimientos, fue apagándose de una manera lenta y continua, en la disolución progresiva de su sentido moral. Si alguna vez recordaba sus campos, sus rodeos, sus caballos, el viejo edificio paterno, no lo hacía echando de menos los bienes perdidos, sino considerándolos como propiedad ajena, como algo que no había sido suyo y que le gustaría disfrutar... Solía ocurrirle en las noches, tendido boca arriba sobre la dura tarima de la cuadra, solía ocurrirle evocar el recuerdo de Rosa, solía imaginársela en brazos de otro hombre, sin experimentar torturas.

Había aprendido a emborracharse, estaba iniciado en todas las infamias y en todas las degradaciones cuarteleras. Su existencia anterior no existía en la memoria. El embrutecimiento iba invadiendo cada día una nueva zona del cerebro. Ya no sabía pensar.

Su cuerpo holgaba dentro del uniforme; su rostro, demacrado, color ocre, mostraba los pómulos salientes entre el hueco de las mejillas y el hueco orbitario; en el fondo de éstos, los ojos de córnea amarillenta parecían sin movimiento y sin luz, como si se hubiese roto la comunicación con el alma. El cabello comenzaba a ralear y a blanquear; surcos profundos marchitaban la frente y multitud de arrugas estriaban las sienes. Y, sin embargo, el cuerpo erguido, la cabeza alta, las piernas firmes, parecían no sentir extenuación ni dolor. Su cuerpo, al irse secando, había concluido por perder la sensibilidad física, del mismo modo que su alma, corrompiéndose, había perdido la sensibilidad moral.

Pero el mal iba haciendo estragos y un día lo abatió, en un instante, de un solo golpe. Hubo que conducirlo al hospital. Allí pasó muchos días, muchos días, humilde y resignado como una bestia enferma.

La monótona igualdad de sus horas fue turbada en la tarde de un jueves por un extraordinario acontecimiento, la inesperada visita de su mujer. Facundo la reconoció apenas. La encontró gruesa, vulgar, ajada y negra.

¿Por qué había venido?... Tomando quizá su enfermedad como pretexto para divertirse en la capital que no conocía. Esta suposición le hizo advertir que Rosa vestía un traje de seda y un elegante sombrero, no salidos, seguramente, de las torpes manos de las modistas del pueblo.

—¿Cuándo viniste? —preguntó el enfermo, sin entusiasmo, sin emoción, olvidando en absoluto su pasado.

—Hace cinco días —replicó Rosa; y luego comprendien-

do su aturdimiento, agregó: —No vine a verte antes porque llegué algo enferma. ¡Con el viaje tan largo! y ¡con los disgustos! ¡los disgustos, sobre todo!... Además no tenía nada que ponerme; vos sabés lo que son las modistas de allá; unas mamarracheras.

Facundo sonrió tristemente. En otro tiempo le habría desgarrado el alma la impiedad de las palabras que escuchaba; ahora en su miseria infinita, tenía el alivio de una insensibilidad completa.

—¿Viniste sola? —preguntó.

Rosa se turbó, se puso escarlata, tosió y dijo después:

—No; Espinosa me acompañó... El pobre siente mucho lo que te pasa y se ha comprometido a trabajar para que te suelten.

En seguida, recobrando el aplomo, empezó a bordar su mentira, explicando con frases precipitadas, cómo el comisario se le había ofrecido, muy respetuosamente, jeso sí, asegurándole que él no tenía ninguna culpa, que estimaba mucho a su amigo Imperial y que estaba dispuesto a sacrificarse por servirlo.

El enfermo oyó todo eso con profunda indiferencia, como quien oye la narración de sufrimientos tan ajenos y lejanos que ni conmueven ni interesan.

Al cabo de media hora de charla vacía y necia, Rosa se levantó, pretextando una visita al médico.

—¿No precisás nada?

—Nada, gracias.

Ella le tendió la mano, sin atreverse a darle un beso, y partió, haciendo crujir la falda de seda. Los demás enfermos sonrieron. Imperial cerró los ojos y quedó inmóvil en su deliciosa insensibilidad de bestia que, cansada de trabajar, se siente morir sin dolores.

Durante un mes Rosa visitó con frecuencia a su marido; las primeras veces sola, luego clínicamente acompañada por Espinosa, cuya presencia no impresionó de ningún modo a Facundo. En una de esas visitas, que eran cada vez más breves, Rosa se despidió la primera y salió. El comisario entonces preguntó al enfermo:

—¿No precisa nada, amigo Imperial?... Ya sabe, si algo se le ofrece, ocupe al amigo, con confianza...

Facundo reflexionó. Su mujer no le había llevado en sus visitas el más insignificante obsequio; nunca fue capaz de dejarle una moneda, ni él de solicitarla, no por vergüenza,

sino por timidez... Un momento permaneció indeciso; luego, con la impudicia de los seres miserables, hundidos en la crápula, saturados de ignominia, exclamó:

—Si tuviera unos realitos... pa tabaco...

PUESTA DE SOL

Sinforoso y Candelario eran los dos peones más viejos de la Estancia. Debían ser zonzos los dos, porque ya empezaban a envejecer, en una vejez que atesoraba trabajos sin cuento, y seguían tan pobres como cuando, jóvenes ambos, entraron en el establecimiento para recoger la tropilla en las mañanas, encerrar en la tarde los terneros y hacer mandados a toda hora.

Eran viejos ya, Candelario y Sinforoso.

Como sus existencias habían bostezado juntas, pegada una a la otra, se conocían de la cruz a la cola y no tenían nada que decirse. Sin embargo, todas las tardes, concluido el trabajo de aradores a que finalmente les habían destinado, se iban al galpón, avivaban el fuego, calentaban el agua, verdeaban y charlaban.

¿Qué podían decirse aquellos dos hombres? Nada. Pero hablaban, hablaban, diciendo "nada", lo cual en ocasiones y para ciertas personas, resulta lo más difícil de decir. Ellos lo ejecutaban por hábito.

El galpón, largo de veinticinco metros, tenía al frente una arcada mirando al campo. Puerta no tenía. En el fondo se amontonaban los cueros de oveja y los cueros de vacuno, junto con herramientas de labranza. Allá por el medio, el fogón. Junto al fogón, mateando, Sinforoso y Candelario, charlaban.

—Ta dura la tierra.

—Asigún... pal bajo no'sta mala.

— Pal cañadón va precisar tres fierros por qu'está plagado de abrojos.

—¿Y en el alto?... ¡La chinchilla d'asco!... ¿No está medio frion?...

—No, tuavía está güeno... ¡Pucha! ¡Los bichos coloraos m'están comiendo!...

—Frigués con caña.

—Se m'acabao. Pue que mañana vaya a la pulpería, ansina le doy tempranito un golpe al pangaré, pa bajarle la panza.

—Ta medio pesao.

—Dejuro, de ocioso... Tengo ganas de firmarlo en la penca'e Palacios...

—Se me hace güen dentre... ¿Es marca'el finao Evaristo, el pangaré?

—Dejuro.

—¿Pero entonces es la marca vieja, la de pescao con raya abajo?

—Sí, pues! la marca'e ña Rosaura, que jue quien me regaló el potrillo.

—¿Vive entuavía ña Rosaura?

—No, murió hace como tres años... ¿Vamo arrimar los bancos un poco p'ayá? S'está haciendo oscuro.

—Vamo.

En el fondo del galpón empezaban a instalarse las sombras. Las pilas de cueros lanares de un lado y las pilas de cueros vacunos de otro, parecían mirarse, echándose recíprocamente en cara sus rigideces de cosas muertas que habían sido ropajes de cosas vivas. En medio, junto a un muro sin revoque, blanqueando por las llamas, rojeaba débilmente el fogón, y al frente, a través del ojo vacío de la puerta, se divisaba el campo, infinito, en el infinito poder de la visual humana. Las últimas luces parecían escapar con preñura, cual si hubieran tocado llamada en un punto dado del horizonte...

—Sí, yo creo que Tiburcio anda medio enriedao con Agapita.

—El caso es qu'ella cabestree. No Luis, no mira bien el enriedo.

—Esta mañana vide en el campo un novillo marca'e ño Luis.

—¿Un ternero medio corneta?

—El mismo.

—Yo también lo vide antiyer... ¿Vamo atrimar los bancos más p'ayá?...

—Arrimemo...

—Pues... el novillo ese dentra puel portillo el baño.

—Yo se lo dije al patrón, que allí estaba caído... Pa mí qu'es Patricio que lo volteo pa dir a visitar a la china Nicolasa...

—¿Vos no hayás qu'es fiero la china Nicolasa?

—Como asáu de paleta... ¿Vamo arrimando pal portón? Ya no se ve ni la boca'el mate.

—Arrimemo.

—Ta medio lavativa.

—Dale güelta.

—Es al ñudo, esta yerba es flojaza.

Casi noche.

En lo más lejano del oriente, unos pedazos de sol chispeando entre nubes azules. Sobre la inmediata cuchilla, las lecheras, echadas, rumiaban. Silbando lastimeramente, las perdices hembras trotaban, apresuradas, en busca de la masiega, donde piaba la prole. A la puerta de las cuevas, las lechuzas abrían sus grandes ojos noctámbulos, golpeaban el pico y gritaban, quién sabe por qué, quién sabe a quién.

—¡Chus, chus!... ¡Chus, chus!...

El overo del piquete, atado a soga, cerca de las casas, pacía filosóficamente, sin imaginarse que en ese momento, su frente blanquecina se había maquillado, ofreciendo una coloración verdirroja. De cuando en cuando, en su atolondramiento de bohemio, gritaba un tero. A lo lejos relinchaba un caballo, y allí cerca, oíase el ruido de las gallinas acomodándose en los barrotes del gallinero. Desde el brete baló un ternero. Por delante de la puerta del galpón pasó un perro con la cabeza gacha, la cola caída, perezoso, cansado de no haber hecho nada en todo el día. Desde la cocina, un olor a asado llegaba hasta el galpón. Y en tanto la luz se iba zambullendo en la laguna del poniente.

—El osco es mañero, pero es güeno; a juerza e'picana y de pacencia se le puede echar al surco.

—¿Pacencia?... ¡Yo tengo más que el finao Pantal... ¿Se acuerda e'don Pantal?

—¡No me vi'acordar!... Güenazo el hombre!...

—Sirvasé; 'stá fríon.

—Gracia... ¿Vamo a dejar?...

—Dejemo. Ya está muy oscuro...

CARLOS REYLES

(1868 - 1938)

Nació en Montevideo. Era hijo de uno de los ganaderos más ricos del país, hombre de ascendencia británica (O'Reilly era la forma original del apellido paterno). Recibe esmerada educación pero no se gradúa. La muerte de su padre lo deja en posesión de una gran fortuna. Se dedica a la ganadería científica, intenta participar en la vida política con la fundación de un club de jóvenes colorados, finalmente se decide a pasar la mayor parte de su vida en Europa, particularmente en España. Hace frecuentes viajes a la Argentina y a su patria. Agotada su fortuna, regresa a Montevideo, donde es designado maestro de conferencias. Obras principales: Beba (1894), La raza de Caín (1900), El terruño (que publica en 1916 con prólogo de José Enrique Rodó), El embrujo de Sevilla (1922), una de sus más populares novelas, El gaucho florido (1932). El cuento que aquí se recoge es el antecedente inmediato de esta última novela.

MANSILLA

En despoblado, a pesar de la lluvia y el viento, manejándose a tientas en medio de la oscuridad reinante, lograron encender el fuego. Esta operación tan sencilla les costó grandes trabajos: tuvieron que hacer con los cuchillos un pozo en la húmeda tierra, taponarlo luego para que no se anegara, con una carona que sostenían cuatro palitos a modo de columnas, y que el viento derribó dos o tres veces, y hacer después arder la escasa leña a fuerza de fósforos, sebo y pulmones. En fin, la leña ardía alegremente, y ellos gozando de cierto bienestar dentro de sus ponchos de invierno, hablaban de cosas sin importancia, mientras a lo lejos ofanse los silbidos de sus compañeros que rondaban el ganado. De vez

en cuando un relámpago iluminaba con lívida luz el horizonte, haciendo surgir de las tinieblas, aquí y allá, ranchos y poblaciones de aspecto huraño, lúgubre, y entonces se veían a los novillos apretados unos contra otros, con las ancas al viento y las cabezas gachas, y a los troperos que, chorreando agua, vagaban alrededor de las bestias.

—¡Tiempo diablo, como no tengamos una disparada! —exclamó de pronto Mansilla, el capataz, mirando en dirección a la tropa.

—Yo estoy "calao" hasta los "güesos"... vida aperrada ésta —articuló Esquivel su compañero, y los dos guardaron silencio un breve rato, pensando tal vez en los trabajos y malandanzas de su fatigoso oficio.

Eran troperos del Sauce. Cada mes salían un par de veces de la estancia, y siguiendo el paso lento, regular y monótono del ganado, que concluía por adormecerlos, caminaban y caminaban durante días de interminables horas, soportando lo más resignadamente que les era dado, las heladas y rigores del invierno o los ardientes rayos de sol canicular, las madrugadas frías y las noches borascosas y lóbregas, preñadas de extraños ruidos, y en las que, entre vagos terrores, se despertaban sus oscuras creencias de niños, las viejas y casi olvidadas creencias inculcadas por la bondadosa abuela junto al fogón del rancho paterno...

Al principio menos mal: los preparativos de la partida, sobre todo, tenían para ellos especial encanto. "Tusaban" y componían sus fletes mejores y más gordos; hacían, entre alegres dicharacheos y sonoras carcajadas, el equipaje, compuesto generalmente de una muda de ropa, un par de alpargatas, el recio poncho de paño y la caldera, que llevaban sujeta bajo la barriga del caballo, prenda que junto con la toalla entre los cojinitos caracteriza al tropero; recibían mil encomiendas y encargos, y cerrándoles pierna a los pingos recién aseados, se alejaban a galope tendido de la estancia, para alcanzar a la tropa, que invariablemente pastaba por los alrededores. El cambio de vida y la relativa independencia de que gozaban lejos de los ojos del patrón, los tenía decidores y retozones los primeros días, pero después de algunas noches de ronda y de no interrumpidas marchas bajo los rayos del sol, empezaban a sentirse incómodos y a cambiar de postura sobre el recado, cuyos "pellones" despedían fuego.

La mayor parte de las horas se las llevaban dormitando al compás del fatigoso "jopa-jopa" con que arreaban a las

reses, y el resto en un estado de flojera y modorra tales, que los hacía recorrer inmensas zonas de varios paisajes sin que ellos vieran otra cosa, y eso confusamente, que lo que tenían delante de los ojos, allá, muy lejos, en un punto perdido del horizonte. De tarde en tarde, alzaban la vista para seguir el reposado vuelo de una cigüeña, y luego volvían a canturrear el "jopa-jopa" y a adormilarse nuevamente. Algunas veces, muy raras, apartábanse de la tropa con el ánimo de tomar un mate de a caballo en algún rancho conocido o se apeaban en una "pulpería", para engullir, mirando los barrotos de hierro del mostrador y los artículos suspendidos del techo y cubiertos de polvo y telarañas, media libra de pasas de ligo y nueces remojadas en vino seco, pero lo general era que solo interrumpiese la monotonía de aquella existencia nómada, el vadeamiento de algún río, siempre peligroso, o una "disparada" del ganado, en la que no era extraño que alguno se perniquebrase o pereciera. Había muchos ejemplos de ello. Casualmente Mansilla recordando lo que en aquel mismo sitio le había acaecido dos años antes, dijo, dando vuelta al "churrasco" que se asaba en las brasas:

—Le tengo miedo a la novillada ésta; todavía nos va a pegar un susto. ¿Se acuerda, aparcerero, hace dos años aquí... ¡disparada bárbara aquella! —y dejándose llevar de la natural y animada locuacidad del paisano, agregó accionando mucho: —Yo gané la punta, y como iba bien "montao" le jugué risa; pero de repente, ¡qué iba a pensar en eso, si iba mirando "pa" atrás! pegó mi overo la pechada contra un "alambrao" y me "voló" lejos. Ésa fue mi suerte: si caigo cerca no cuento el cuento, como el pobre "Benjasmín".

El suceso ocurrió de madrugada, al ponerse en marcha. Los novillos caminaban tranquilamente, pero de pronto, asustados por la brusca aparición de un avestruz, bufaron de espanto y emprendieron la fuga. Uno de los peones que corría delante, tuvo la malhadada suerte de rodar y fue realmente mutilado entre las pezuñas de las reses.

—El pobre "indio" salió "para" —dijo el compañero de Mansilla— pero allí no más lo alcanzó una res en el "garrón" y lo "desjaretó". "Dende" que lo "vide" caer lo conté entre los muertos. Cuando sujetamos la novillada y vinimos a recogerlo estaba como hecho picadillo.

Echóse el sombrero a la nuca, dejando que la luz iluminara de lleno su rostro curtido por el sol, y agregó, triste, pero resignadamente, reflexionando en que las escasas mo-

nedas ganadas por ellos en aquella ruda tarea, se les escurrían de las manos no bien llegaban a Tablada.

—Y todo para no salir de pobres.

Mansilla hizo un gesto de asentimiento y los dos callaron de nuevo.

Después de dos o tres días de fiesta y jolgorio en el Paso del Molino, y de comprar algunas relumbrantes baratijas en las tiendas y "platerías", estas últimas abiertas para ellos nada más, como las trampas para los ratones, regresaban al Sauce con los cintos vacíos, pero eso sí, muy bien trajeados y cargados de pañuelos de seda y frascos de olor con que "quedar bien" entre sus conocimientos femeninos. Había quien se gastaba mes a mes el producto entero de su trabajo, en componerse, alhajarse y parecer galante. Y lo hacían por pueril vanidad, por no ser menos que los otros. Sobre todo los que "tropeaban" con Mansilla, contagiados con la liberalidad de éste y el deseo de imitarlo en el vestir, se veían en serios apuros para salvar algunos reales en cada viaje. Mansilla era para ellos el prototipo del gaucho por excelencia, el modelo del criollo que ellos tenían metido en el magín: alegre, decididor, buen compañero en toda suerte de lances, advertido y "camperazo". Y por modelo también era tenido fuera de la estancia; por eso no le llamaban Mansilla a secas, sino el "gaucho Mansilla", como si quisieran expresar que era, más que una persona, un "hombre-tipo", un ser característico que llevaba en sí "aquello" que distinguía a una raza que iba desapareciendo ya.

Recibíanlo en todos los ranchos en que se apeaba a su regreso de la ciudad, con no disimulado gozo; su franca charla y estruendosa alegría eran gustadas como manjar apetitoso que se saborea de tarde en tarde, casi como un favor del cielo... ¡Se reía tan franca y abiertamente, que aquello era una bendición! Además, donde quiera que estuviese veíase la vihuela, y a falta de música, su charla retozona que llenaba de júbilo hasta a los más discolos y retraídos. Los viejos se complacían en repetir sus dichos y chuscadas, y las mozas lo nombraban riendo y haciéndose guiños, al recuerdo de las "cosazas", que a hurto de sus padres les decía al oído.

Con estas cualidades no es de extrañar que sus compañeros trataran de seguirle los pasos en todo y aun de sobrepujarlo en aquello de ir de rancho en rancho, obsequiando a las mozas y conquistándose voluntades, lo cual les costaba muy buenos dineros, y sin que obtuvieran los favores que

Mansilla, ni la general estimación que éste gozaba; pero donde se arruinaban verdaderamente, era en el empeño tenaz que ponían en vestirse como él y en usar las mismas prendas. Todos ambicionaban tener estribos de "campana", cintos con "pasadores" de oro, riendas con virolas de plata: quien se parecía por copiarle los "punteaos" y floreos que ejecutaba en la vihuela, y quien le tomaba los puntos en el sentarse a caballo y jineteo de "pierna abierta" el potro más fiero. A muchos conducíanlos su servil imitación hasta ponerse el "gacho" sobre las cejas como él, y a llevar el chiripá de merino negro con franja colorada, medio arrastrando por los talones, como Mansilla lo usaba para darse el vanidoso gusto de picarlo en las espuelas... Interiormente se avergonzaban de ser tan presumidos y gastadores, pero mirándose en las tranquilas y limpias aguas de los arroyos: "De todos modos no hemos de salir de pobres", decían y sonreían satisfechos.

—Yo pienso "pegar la sentada" —dijo Mansilla, rompiendo el prolongado silencio en que habían caído, y su rostro simpático se iluminó como el de quien se dispone a hablar de asuntos muy íntimos y queridos.

—Pronto no voy a ser solo... hay que mirar pa' adelante —y sonriendo hasta mostrar sus dientes iguales, un poco grandes y apretados, cuya blancura resaltaba sobre las rojas encías que también descubría al reír, añadió: —¿No adivina, aparcerero?...

Pero Esquivel, por toda respuesta, le dirigió una mirada indiferente, echándose después el sombrero sobre los ojos, como si quisiera huir las interrogadoras miradas de Mansilla, el cual, sin notarlo, prosiguió:

—A usted quiero confesárselo antes que a nadie; sí, aparcerero, he decidido tomar estado.

Silencio glacial. "¿Por qué, qué quiere decir eso?" se preguntó viendo que su amigo le escuchaba sin darle muestra de simpatía ni siquiera de interés, encerrado en un silencio a todas luces hostil. No le parecía bien, y al decirse sintióse apenado por una desazón extraña, y la sonrisa huyó de sus labios.

En silencio cortó un trozo de churrasco, y después de comer algunos bocados, dijo resueltamente:

—Parece que la noticia no ha sido muy de su agrado: ¿no es de su gusto la moza o qué?

Esquivel, eludiendo la pregunta y con tono sentencioso, dejó caer estas palabras:

—El hombre ha de picar de flor en flor y volar.

Y entonces él, precisamente porque comprendía que su compañero no miraba con buenos ojos a Margarita, empezó a ponderársela y a explicarle lo muy obligado que estaba. Háblóle de lo buena, económica y laboriosa que era y lo mucho que parecía quererle, y concluyó diciéndole que el mismo patrón, aquilatando las perfecciones de la moza, le había aconsejado que se casase.

—Usted es mayor de edad; haga lo que quiera; pero ya le digo: el hombre debe picar de flor en flor y volar.

Mansilla no pudo menos que reírse de la seriedad de su amigo.

—Despáchese, aparcerero —le dijo—; usted tiene algo en el buche, suelte prenda de una vez y déjese de andar con rodeos, que a mí no me asustan sombras.

A lo cual contestó Esquivel apeándose de su actitud reservada y mirándolo frente a frente:

—Todas las mujeres son de la "misma" laya; yo aparcerero, soy más viejo que usted y las he "experimentao". Para mí la suya le anda jugando sucio: ahí tiene lo que tenía en la garganta; yo soy su amigo y cumplo diciéndoselo.

Con las espesas cejas enarcadas y dilatadas las ventanillas de la aguilena nariz, miró Mansilla a su amigo un instante y luego, haciendo un violento esfuerzo para domar la expresión fiera que le afeaba el rostro, dijo con voz ronca y temblona:

—Usted es mi aparcerero y puede decirme lo que quiera... si hubiera sido otro, a estas horas nos habíamos roto los cuernos. Sepa que mi china no es como las demás... Mangacha es Mangacha, y como Mangacha no hay otra.

Como era la hora de relevar a los peones, Esquivel se dirigió a su caballo.

—Está bueno, yo decía lo "misma" de Nicolasa —repuso al montar, y después agregó para su capote, mientras que al trotcito se alejaba del fogón: "Bicho zonzo el cristiano cuando se enamora".

Pocos momentos más tarde, Mansilla con el sombrero en la mano y al aire la revuelta melena, montaba también y se perdía en la oscuridad. Esa noche no dormitó sobre el caballo como otras veces; hasta el amanecer oyeron sus silbidos los peones y lo vieron vagar alrededor de la tropa, pasando por delante de ellos sin proferir palabra, como alma en pena.

Al salir el sol entraron en Tablada.

Un cuarto de legua antes, en la costa de un arroyo Mansilla echó pie a tierra y debajo del poncho se mudó de ropa, como hacía siempre en aquel pasaje; dióle un buen limpión, con la arena mojada a los estribos, riendas y freno, y atándole la cola a su pingo tornó a montar entrando en Tablada tan risueño y feliz como siempre, repartiendo saludos y sonrisas a diestra y siniestra.

—¿Qué dice el gaucho Mansilla? —le gritó uno de los compradores—; parece que ha bañado a sus novillos; ¿están muy crecidos esos arroyos?

—Regular: a los patos les da "pue" el pecho —y después de esta chuscada, acordándose súbitamente por una inexplicable ligazón de ideas, de las palabras de Esquivel, pensó: "¿Por qué me habrá dicho eso mi aparcero?... y cuando él me lo ha dicho... ¡Ay Mangacha, Mangacha!", y siguió bromeando con los compradores, que ya lo habían rodeado dispuestos a echar un rato de palique.

Como la escasez de ganado era mucha, la tropa se vendió ese mismo día, y Mansilla pudo verse libre antes de lo que esperaba. Arregló sus cuentas con el vendedor de las haciendas del Sauce, y capataz y peones se dirigieron al Paso del Molino a gastar alegremente el dinero ganado en el viaje. Pero esta vez él tenía otras miras: iba a comprar el regalo de bodas. Separóse de sus compañeros y se dirigió a una de las más lujosas platerías. Desde el primer momento lo sedujo una gargantilla de filigrana de plata, un trabajo florentino por el cual le pidieron treinta pesos, diez más de los que él tenía; pero como era parroquiano, el platero no tuvo inconveniente en fiarle el resto, y Mansilla se vio en posesión de la bonita alhaja.

"Le va a quedar que ni pintada", se dijo dos o tres veces, de regreso a la fonda, acariciando mentalmente el cuello morado y bien torneado de Mangacha; pero al divisar a Esquivel en la puerta, y sobre todo, al sentir sobre sí la mirada escrutadora de éste, volvió a sentirse molesto y a ser atormentado por la duda. "¿Y si me jugara sucio?... ¿pero puede ser eso verdad?", y pensando así, le acometió el vehemente deseo, el fortísimo antojo de regresar para verla, porque viéndola se figuraba que se sentiría inmediatamente tranquilizado. "Sí, sí, lo mejor es verla", se repitió varias veces.

"A mi pobre aparcero le ha decho daño la marca, murmuró Esquivel viéndolo alejar; pero, ¿qué le hemos de hacer? a casi todos nos pasa lo mismo; ¡malhaya sean las mujeres!"

Mansilla galopó, galopó y galopó. Las dudas que antes le asaltaban de tarde en tarde, iban convirtiéndose en un pensamiento fijo, en un come-come continuo que le roía las entrañas. Al verse en despoblado quiso precisar sus ideas que en bullicioso tumulto acudían a su cerebro llenándolo de sombras y dudas, y se dijo: "Despacito por las piedras, Mansilla; a este paso no te aguantan los mancarrones", y pasándose la mano por la frente prosiguió:

—"Vamos a ver: ¿a dónde voy yo, qué voy a hacer? Aunque Esquivel me haya dicho eso, ¿será posible que mi Mangacha me engañe?... y se puso a pensar en los ratos pasados junto a Margarita hasta representársela tal como era ella, con los menores detalles de sus actitudes, gestos y ademanes.

La veía con los brazos al aire y un pañuelo de seda a la cabeza, lavando a orillas del arroyo, en una postura que hacía resaltar sus bellas formas, o ya sentada debajo del ombú que cobijaba el rancho, cebándole mate de leche a la vieja y sonriéndole a él con aquella boca de expresión graciosa y pura, que era lo que más lo inclinaba a ella y lo que menos le dejaba creer y ahora que le fuese infiel... "Engañarme, ¿y por qué?... y recordando su dulce sonrisa, agregaba: "No, no es verdad, no puede ser verdad".

En estas alternativas se le pasaron algunas horas. A eso del mediodía mudó caballo y siguió su carrera, pasando por delante de los ranchos donde acostumbraba a detenerse a galope tendido, sin mirar siquiera. "¡Ay Mangacha, Mangacha!" suspiraba, y le metía sin piedad las espuelas al caballo, sintiendo cada vez más imperiosamente la necesidad de verla. Atravesaba los llanos, escalaba los cerros, descendía las cuestas abajo a media rienda siempre, como si huyera de algún enemigo invisible o de su propia sombra.

En una estancia donde era conocido pidió un churrasco, y rehusando apearse allí, fue a asarlo en la falda de una cuchilla, lejos del camino y de las importunas miradas de los transeúntes.

Deseaba estar solo para resolver en el magín aquello que tanto daño le hacía. Contemplando distraídamente, mientras ardía la leña, su bonito apero, cuajado de brillante plata, se preguntó vaga e inconscientemente, cómo había podido ganar bastante para adquirir aquellas costosas prendas, y a punto seguido empezó a recordar, de un modo vago también y como pensando en varias cosas a un mismo tiempo, los muchos favores que le debía al patrón.

Sin duda le había caído en gracia. A los seis u ocho meses de haber ingresado como peón, dieron en distinguirlo los superiores, confiándole algunos trabajos y acarreo de ganado; más tarde lo hicieron puestero, y por último capataz de tropa. Y precisamente la fortuna le sonreía, él lo recordaba bien en aquellos momentos, desde el punto y hora en que entró en relaciones amorosas con Margarita. "Ella, sin duda, es mi buena estrella", se dijo, y repitiéndose estas palabras con una insistencia ajena a su voluntad, fue poniéndose muy pálido y desencajándose su rostro, hasta adquirir la expresión idiota de sorpresa y abatimiento. "¡Si será el patrón!" murmuró; y al través de esta cruel sospecha, que no hizo por alejar, creyó explicarse su extraña suerte en el Sauce. "Todo está más claro que el agua", y luego, no con la sospecha, sino con el firme convencimiento de que Margarita lo engañaba, agregó fuerte, como para oírse él mismo: "Les he servido de pantalla, he sido un zonzoo..." y parándose, pególe un puntapié al churasco y montó de nuevo.

Mugiendo blandamente se dirigían las vacas a la querencia, y las lechuzas acompañaban con sus graznidos la lenta y dulce muerte de la tarde. Cuando cerró la noche, el gaucho Mansilla, envuelto en las negras tintas, siguió avanzando al troceto.

Al amanecer descubrió a lo lejos el rancho de Margarita, medio borroso, casi imperceptible entre las brumas de la mañana; perdió de vista en un bajo, y al aparecer de nuevo ante sus ojos le dio un vuelco el corazón. Era que perdía el único resto de esperanza: al pie del ombú escarceaba el "pangaré" de don Gonzalo. Mansilla ahogó su pena con un juramento seco y breve y se detuvo sin saber qué partido tomar; pero a los pocos instantes, sin darse cuenta de ello seguramente, atraído por inexplicable fuerza, fue acercándose al rancho.

Al verlo Margarita, que salía con la "pava" en la mano para llenarla de agua en la "cachimba", quiso huir, pero él la alcanzó y arrojándola al suelo violentamente, le puso el pie en el pescuezo, como hacía con los borregos para señalarlos con entera comodidad. Un hombre de unos cincuenta años salió entonces de la habitación, corriendo en auxilio de la infeliz:

—No te "acerqués", viejito, porque te voy a cortar —le gritó Mansilla deteniéndolo con un suave planchazo y una torva mirada; y luego, encorvándose sobre Margarita, que

gemía bajo la bota, le agarró la trenza y se la cortó a raíz de un solo tajo. Atóla a la cola de su caballo, de modo que se viera bien, y se alejó sin apurarse ni poco ni mucho, en dirección a la estancia.

—Vengo de "rabonar" una "reyuna" —les dijo a los peones al tiempo que despojaba a su caballo del bonito y valioso apero y le ponía el muy humilde con que había llegado a la estancia dos años antes.

—Esto traje y esto me llevo —agregó, disponiéndose a partir.

Los peones lo miraban suspensos, comprendiendo perfectamente por sus palabras y las hermosas trenzas de Margarita que todos conocían, lo que había sucedido.

—¿Adónde va, hermanito? —le preguntó cariñosamente un camarada, acercándosele.

—Qué sé yo: a rodar por ahí; la tierra es grande —y después dirigiéndose a todos en general, añadió: —¡Adiós, caballeros! ustedes son testigos de que el gaucho Mansilla se va como vino: con el sombrero en la nuca—, y tomó el camino del monte.

Lo que se vio solo, solo con su dolor, sin tener por qué fingir ni a quién engañar, dejó caer del caballo, y cogiendo cariñosamente la maltratada trenza, la cubrió de lágrimas y besos. "¡Ay, Mangacha, Mangacha!" suspiraba, sintiendo que a pesar de todo, el alma se le iba tras de ella. Al través de sus lágrimas y de las retorcidas ramas de los "espinillos" veía el rancho de la ingrata, incendiado por las tintas rojas del astro magno, que flotaba en el horizonte con su acostumbrada pompa de rayos y resplandores. Trinaban los pájaros, animábase la naturaleza toda con la salida del vivificante sol... y entre tanto él se moría de pena. "¡Ay, Mangacha, Mangacha!" repetía internándose cada vez más en la espesura del monte, como venado herido que huye del ruido y la luz.

DOMINGO ARENA

(1870 - 1939)

Nace en Italia pero es traído a Montevideo en 1877. Se recibe de farmacéutico y de abogado. Participa activamente en política como miembro del Partido Colorado. Es diputado por Tacuarembó, Soriano y Montevideo. Se convierte en la mano derecha de don José Batlle y Ordóñez y en la Cámara defiende muchos de los proyectos de ley que han hecho famosa la gestión del presidente: jornada máxima de ocho horas para los obreros, salario mínimo, pensión a la vejez, divorcio, separación de la Iglesia y el Estado, sistema colegiado de gobierno. Como periodista tuvo una actuación importante al frente de El Día. Su obra literaria quedó interrumpida por la actividad política. A su muerte se recogió un volumen de Cuadros criollos (1939). De allí proviene el cuento elegido.

EL BURRO DE ORO

1

¡Burro de oro!... ¡Triste mote para cargar con él toda la vida! Y sin embargo el infeliz nunca había sido llamado de otra manera desde que su mala suerte lo llevara allí, donde ahora envejecía. Burro de oro, le decía el pulpero; por el burro de oro lo conocía todo el vecindario, y hasta en su casa, cuando a su flaca y desdentada mujer se le ocurría echarlo de menos, era también por el burro por quien preguntaba con su voccecita de flauta rota.

¿Cómo era que todos, casi sin consultárselo, habían dado en llamarlo así?... Era porque, a no decirle Indalecio, el nombre que atinaron a ponerle sus padres por ser el del santo que traía el almanaque de un pulpero el día de su nacimiento, no se le podía llamar de otra manera. De burro era su gran

cabeza siempre agachada, que su largo y robusto pescuezo llevaba colgando, como si la sostuviera apenas; de burro eran sus orejas puntiagudas y anchas; y no podían pertenecer a otro animalito su vientre abultado y sus extremos torpemente perezosos, ni la gravedad estúpida que no abandonaba un momento a toda su persona. Se diría que la distraída naturaleza, al formarlo, ya había bosquejado el embrión de un pollino cuando se dio cuenta de que quería hacer otra cosa, y que de pura pereza no más, por no deshacer lo hecho, resolvió concluir su obra, modificando sin destruir el primer plan de organización que para aquel ser había concebido.

Hacia más de veinte años que Indalecio el portugués vivía allí, en una estancia que poco a poco había ido siendo saya, a fuerza de sacrificar su cuerpo y los de su familia, a la que vestía mal y daba de comer apenas, de tanto ser mezquino.

Siempre sucio, siempre en camiseta, con una camiseta eterna, de a cuadros, cuyos cuadros ya se habían perdido, hacía tiempo, bajo una capa de mugre; con su ancho cinto de cuero, sujetándole el puntiagudo vientre, se le hubiera creído uno de esos desgraciados que llevan una vida de parásitos, sin iniciativa y sin progreso. Pero no era así, el burro no era tal para hacer sus negocios, y por eso, sin cambiar de figura y sin salir un momento de su actitud gravemente silenciosa, iba acreciendo más y más su fuerte caudal. Ganaba oro, mucho oro, y la amarilla que caía en sus manos no volvía a la luz: iba al montón, a formar entre las que la habían precedido y que serían sus eternas compañeras de encierro, para sostener estancada, sí, pero siempre creciente, aquella fortuna, que no llegaría a servirle para otra cosa al pobre burro, más que para completar su apodo.

Al principio, cuando aún era poco conocido en el pago, todo el mundo se preguntaba: ¿Qué hará el burro con su dinero? ¿qué hará el burro con su dinero? ¿en qué empleará las tantas onzas que le producen la venta de sus ganados y la de las lanas de sus ovejas? Y cuando ya se pudo contestar a ciencia cierta lo que las hacía, que las guardaba todas, surgió otra cuestión que se discutía con calor en los corrillos de la pulpería: ¿dónde las guardaba?... ¿en qué?... ¿cómo?...

Y en cuanto a esto, hubo que contentarse con conjeturas siempre. Nada daba el menor indicio. Y cuando entre bromas se le hacían preguntas, a él, sobre el asunto, enrojecía un poco y contestaba con voz sosegada que se dejasen de esas

cosas, que él no tenía nada que esconder ni pensaba tenerlo nunca.

Y mientras hablaba, mantenía los ojos fijos en el suelo, aquellos ojos que nadie recordaba haber visto en la vida, y por si acaso los levantaba al instante, era para que sus párpados se cerrasen en seguida en un aleteo de pájaro asustado, como si quisiesen esconder rápidamente la revuelta pupila, temerosos de que en su fondo pudiera descubrirse el sendero que llevaba al precioso escondite.

No contando la codicia, que de grande que era parecía no dejar espacio en aquella vida para ningún otro sentimiento, el burro de oro tenía una pasión, una sola, la de la bebida. Su paladar, siempre seco, hubiese necesitado, para estar contento, que una eterna gotera alcohólica le empapara la lengua con sabor áspero y ardiente. Y como la mezquindad de su dueño le impedía hacer su gusto, llevaba una existencia ansiosa, desesperada, de llaga que no cura, que hacía aparecer en la fisonomía inflamada del burro todos los matices de la más rabiosa *angurria* cuando al alcance de su mirada se presentaba una copa de bebida.

Era para tratar de aplacar su vicio, más bien, arrastrado por él, que el burro se pasaba en la pulpería casi el día entero, adonde, desde muy de mañana lo llevaba su petiso tubiano, que tan apacible como él, lo esperaba hasta la tarde, triste y resignado, mascando freno debajo de la enramada.

Pero en la pulpería solo conseguía irritar más sus ardientes ansias de alcohol nunca saciadas. Iba con el propósito formal de comprar caña, más de los más fuertes; y beber, beber hasta asarse la lengua, aquella lengua infame, que solo le daba descanso cuando la mantenía en un remejo ardiente, pero era entrar en la casa, arrimarse al mostrador, y agallinarle el cuerpo la más aplastadora de las irresoluciones. Había que gastar, dar dinero; y aquello era superior a sus fuerzas, y a todo el dominio de su voluntad. Hubiera dado contento un dedo, un pedazo cualquiera de la carne de su cuerpo: tenía valor para ello; pero dinero o cualquier cosa que lo representase, eso no. Se le avergonzaba el alma por ello al pobre burro, porque el infeliz reconocía que su proceder era vergonzoso, pero no había más, no podía, era inútil la lucha, y ya no había más remedio que resignarse a encontrar alivio en las sobras y en las convidadas.

Por eso se pasaba las noches sentado sobre una barrica, triste, revueltos los espesos bigotes que le tapaban la boca,

mirando al suelo, a la espera de que cayese algún cliente en su auxilio. Cuando aquél venía, fuera blanco o negro, rico o zaparrastoso, él, aunque con rubor, le buscaba la boca, y hablándose sobre cualquier cosa, lo comprometía a que lo convidase; y cuando le alcanzaba la copa, bajaba ligero de su asiento, tomaba el vaso con mano rápida y temblorosa, la llevaba a la boca con las ansias del que quiere comerse a besos un objeto amado, y de un sorbo ansioso que en vano quería ser mesurado, se bebía más de la mitad del contenido. Otras veces se iba por donde algunos paisanos jugaban al truco, se les paseaba por detrás como sombra, mirando el juego y haciendo que se entusiasmasen con él, conteniendo a duras penas los brinco de su lengua, que ante los vasos llenos, de ganas le disparaba de la boca, y aprovechaba el momento de algazara que producía una partida ruidosa, para levantar un poco el diapason de su floja risa, dar también una opinión, que nadie le pedía, y en la confusión, besar con furia el vaso que desde hacía un rato pastoreaba. Después, cuando todos se levantaban, él se quedaba ronceando el campo de batalla, para disputar a las moscas los restos que lamían y que se apresuraba a coparles en cuanto se veía solo.

Estas cosas del burro de oro, por más que tuviesen su tinte cómico y entretenido, no dejaban de exasperar a los parroquianos, que veían a aquel que era más rico que todos ellos juntos, dedicado a beber continuamente a sus costillas. Era verdad que aquello les proporcionaba grandes motivos de jarana, cuando en coro comentaban las copas que había pescado el burro y las indirectas mortificantes que las víctimas le habían dirigido en calidad de venganza; pero esto no les parecía bastante, y discurrían el medio de darle al pobre una broma pesada, que a más de resultar un chasco soberano que diese mayores motivos de risa, le sirviera de resabio y cura de su vicio, que al fin resultaba pegajoso para los que sufrían, por más que lo rodeasen de notas alegres al extraño rubor del vicioso, y los detalles siempre nuevos que ponía en práctica para alcanzar su objeto.

Tiempo hacía que se había declinado unánimemente en el dueño de la pulpería —hombre festivo de chispa brava en el pago aquél— el encargo de buscar la broma más a propósito para resabiar al burro y divertir a sus marchantes. Pero el tiempo pasaba y la retozona mente del pulpero no alumbraba la broma que el pago entero esperaba con los brazos abiertos.

Ya su crédito iba en peligro; ya se decía por muchos

que no era hombre para los casos en que se le precisaba de veras, cuando una circunstancia inesperada, al parecer sin ninguna consecuencia, vino a sacarlo de apuros.

2

Recibió un surtido esperado desde tiempo, y las cansadas carretas asomaron al fin, avanzando pausadamente por la vuelta del camino, después de haberse hecho adivinar desde lejos por sus característicos chirridos, ásperos y penetrantes, que llenaban de tristeza el aire con tono desgarrador de bestia que se queja porque la carga le rompe el espinazo. Se apresuró a recibirlo, a disponer las barricas y los barriles en las estibas cojas, a colocar las zarzas y los lienzos en los estantes sucios a fuerza de servir de tranquila morada a las arañas; y al fin, se preparó a abrir los cajones de las bebidas con toda la ceremonia, delante de los marchantes que, emponchados con su chapeo encajado hasta los ojos y sin soltar el rebenque, miraban con todo interés la exhumación de las botellas de su lecho de aserrín, y las que, a medida que salían, se las pasaban de mano en mano para mirar con curiosidad de niños grandes, los rótulos coloreados y flamantes.

Así fueron desfilando las botellas de ginebra de campana, grandotas, panzudas, despertando en los paisanos las ganas de poseer el frasco, aunque más no fuese después de vacío; en seguida vinieron las del renegrido bitter, que ellos conocían desde que un jugador de otro pago había llevado la moda de tomar la caña "con bitre"; después, las de limonada, y al último unas botellas extrañas a la pulpería, pues era la primera vez que la visitaban.

Fueron ellas las que llamaron principalmente la atención de los que estaban reunidos, arrancando un grito de interés. Hacia la primera botella que salió, las manos de todos se extendieron para agarrarla: primero por ver de cerca el rótulo completamente blanco, en medio del cual aleteaba, poderosa, un águila robusta, que llevaba una rama en el pico; después por sacudir su contenido, de un ligero tono de ojos de rubia, que aguaba la boca, y atraía a todos, como si en realidad flotasen en él los ojos que le dieron aquel colorido.

Era tanto lo que de llamativo encontraban los paisanos en la nueva bebida, que el pulpero no tuvo más remedio que explicar; lo que ellos veían ahora, alineadas sobre el

mostrador ante sus ojos, eran botellas de ajeno, una bebida nueva que estaba haciendo furor por todas partes, por ser un abridor de apetito excelente y tener un sabor y un perfume que hacían el cosquilleo más agradable al rozar el tragadero. Por otra parte, pronto verían confirmado lo que decía, pues iba a estrenar una botella para convidarlos a todos.

Y en efecto, un momento después, servido y preparado el licor, lo probaban a cortos sorbos, encontrándolo sabrosísimo. Los más entusiastas, sorbiéndose la lengua empapada del líquido anisado y opalino, pedían un segundo, mientras miraban con cierto recelo las águilas de los rótulos, temerosos de que remontasen el vuelo, llevándose en sus garras, como presa, las preciadas botellas.

En lo mejor del saboreo estaban y no habían terminado todavía con las ponderaciones del brebaje, por más que hasta entonces no se dijese una palabra que no tendiera a ese fin, cuando se le ocurre decir a uno:

—¡Carancho!... ¡qué lástima que nosté el burro pa darse una panzada jefe!

—No importa: le dejaremos las copas untadas pa que les pase el hocico aunque más no sea. Con eso solo se va a pelar las ganas, y hasta es capaz de desembuchar algunos tachos viejos pa mejor tomarle el gusto.

—Eso y el queso che... no te digo que él afloja así no más... Hará lo de siempre: esperará que alguno lo saque en ancas, y chupará ajeno de arriba.

Y la conversación siguió así, entre risas, lamentando que el patrón no hubiese dado aún con la broma que había de sacarle la maña al burro de oro.

Aquel, mientras tanto, se sonreía, bebía también y atendía con la prontitud del hombre satisfecho, a uno de sus marchantes. Cuando se agregó de nuevo al grupo de los paisanos traía la cara llena, hinchada de una bocanada de alegría. Se golpeaba pausadamente con las manos el estirado odre de su vientre, y hablaba con la lentitud de siempre, aderezando de a uno, con cuidado, los cortos y contrahechos períodos que ofrecía a sus marchantes, como si, acostumbrado a que fueran siempre igualmente felices por lo reídos, temiese soltar uno de repente, que no tuviese la misma suerte.

—Ya los oía, sí, ya los oía —dijo—, hablando de mi poco acierto... de mi poco acierto pa pialar de una vez a ese burro viejo, y sacarle pa toda la vida sus malas artes... Pero si ustedes creen que me había olvidado de mi encargo, se equivocan

feo. Sí, se equivocan muy feo, porque ahora mesmo les iba a hablar de eso.

Y en seguida agregó en medio del contento alboroto que metían los que escuchaban:

—Mañana sin falta le arreglaremos la cuenta al burro, sí, y desde ahora les garanto que la cosa va a ser gorda y pesada.

3

Amaneció un día alegre que convidaba a pasarlo entretenido. Los peones de la pulpería que, desde temprano, llenaban sin saciarse sus pulmones del aire tranquilo saturado de rocío, tomando mate, en la puerta de la cocina, y mirando el bullicioso correteo de los teros, esperaban con sosegada cachaza las órdenes del patrón para comenzar la tarea, sintiendo que aquéllas demoraran, pues con el tiempo que corría, perdían las horas frescas de la mañana, las únicas en que el trabajo les fuera llevadero hasta no parecerles tal.

Al fin, el patrón apareció para decir que aquel día se envenenarían cueros; y los cueros no tardaron en bajar de la alta estiba para tenderse en el suelo, contentos tal vez de volver a mirar el sol, a quien no le veían la cara desde que los quitaron del estaqueo, y de sentir que, aunque a garrotazos, iban a librarlos de la polilla que en sus entrañas había buscado guarida y sustento.

Mientras esto se hacía, el patrón, después de haber abierto la pulpería y de haberse metido entre pecho y espalda una buena copa de caña, bajó del estante la botella que había abierto el día anterior, tomó un vaso, un vaso grande, de los de a cuarta, y se puso a preparar un ajeno. Echó mucho de la botella, mucho, sin mezquinarse el cuerpo, como diría uno de sus marchantes al verse tan bien servido; agregó al líquido igual cantidad de aguardiente, del bueno, de aquel que ardía solo, como decía para ponderarlo, y después empezó a dejar caer agua, a gotas, nada más que la suficiente para hacerle tomar al todo un tinte opalino. Luego, para probar el menaje que había preparado, mojó en él la lengua que tuvo que retirar enseguida como si hubiese lamido una brasa, y enseguida tapó el recipiente con un papel y lo dejó en un rincón, de manera que estuviese bien visible. Concluido esto, se quedó en la puerta, mirando el suelo, riendo por un buen rato con toda la fuerza de una risa muda, algo muy alegre

que se le dibujaba en la mente. Después, sin dejar de reír, se dirigió donde estaban los cueros que los peones golpeaban.

Ya varios paisanos de los que estaban advertidos, habían acudido a presenciar la broma que se le preparaba al burro. Ya era tarde, y un sol grandote, rebosante de rayos, hacía vibrar su cálida luz en el ambiente, y anegada en ella, se sacudía la blanca banderilla de la pulpería, como si quisiera despabilarse de su sueño de la noche dormida al rocío. Y sin embargo el burro no aparecía. Recién a eso de las diez se le vio asomar en la ladera vecina, traído a cuestras por el petiso tobiano, que, como su dueño, venía sumido en la cachaza habitual, de que hacía alarde en el arrastrar de patas de su trote lento y pesado.

El burro, al pasar junto a los que trabajaban, saludó sin levantar la cabeza y sin detener el caballo, dijo:

—¿Entao hoje se travailha?

—Sí —dijo el patrón— vamos a envenenar estos cueros renegatos, que se estaban enllenando de polilla.

4

El burro dejó su petiso debajo de la enramada y se dirigió a la pulpería, que en esos momentos estaba sola. Se hubiera encontrado allí, desahogado, a sus anchas, si hubiera hallado algo que beber en alguna copa; pero era tan temprano que no había que pensar en eso: casi le daban ganas de saltar el mostrador y cazar una botella.

Se dirigía con aire taciturno a la barrica, sin conseguir tragar un nudo que sentía en la garganta, porque los músculos se negaban a obedecer como bisagras faltas de aceite, cuando vio sobre la mesa una copa grande y llena, la que había dejado el patrón tapada con papel.

Ya no pudo seguir. Se quedó con el corazón temblando como el que viese surgir de súbito la querida que desea y llora ausente. Por instinto, sin moverse, empezó a mirar con recelo a todos lados para cerciorarse de si estaba solo, y cuando de ello estuvo bien seguro, se precipitó hacia la mesa y tomó con mano trémula la copa.

Vaciló un momento. Aquello tan verde, tan turbio, ¿qué sería?... Le tenía recelos, lo miraba con extrañeza y miedo, como se mira una cara sospechosa que no se conoce. Pero al fin no pudo contenerse: aquel vaho ansiado que se desprendía de la copa, lo mareaba, lo envolvía en una atmósfera de

delirios y dominado por los alaridos de su garganta, que clamaba por aceite, bebió, desenchajó las tragaderas en un trago brutal, estupendo.

Cerró los párpados y sacudió la cabeza presa de una mueca horrible. Sentía que aquello, al pasar, le desgarraba la garganta, le pelaba el esófago, y que allá, al detenerse, le clavaba las uñas en el estómago. Tosió, y se quedó descompuesto, con la boca abierta, como para dejar escapar las llamadas de aquel infierno que le devoraba las entrañas y lo ahogaba. Pero no acertó a dejar la copa que tenía en la mano. Sus ojos no dejaban de mirar el turbio contenido, y su lengua, aquella lengua maldita, seguía apeteciéndolo, con ganas de hacerse abrasar de nuevo por la ardiente caricia; y otra vez, de una manera fatal, inevitable, volvió a llevar la copa a los labios y bebió el resto, de otro trago, con las ansias y la desesperación del enfermo que ve perdida su vida si no vacía el recipiente que contiene una medicina asquerosa.

Entonces, lacrimoso, tosiendo a ratos, se fue a la barrica que era su habitual asiento, y se dejó estar allí con la cabeza humillada, en la actitud torpe del animal que presiente un castigo por una mala acción que ha cometido. Ni siquiera se dio cuenta de la entrada del patrón, que sobrevino al poco rato.

Este recorrió de un lado para otro con cierta precipitación, como si buscara algo que no hallaba. Se impacientaba, murmuraba, daba patadas en el suelo.

—Lo puse por aquí —decía— estoy seguro; y sin embargo... ¿quién se habrá metido a tocarlo, a sacarlo de su lugar?... Y el burro, que ya había oído, triste, miraba aquella mimica con azoramiento, sin comprenderla, como si fuese una alucinación, el principio de una dolorosa pesadilla.

De repente los ojos del patrón se fijaron sobre la copa, y al verla vacía, pareció que sus facciones se inmutaban, confundidas por un soplo de desesperación. Corrió hacia ella: se quería arrancar la cabeza con las manos y, con voz desatemplada y violenta, como si quisiera interrogar a la mesa, a la copa misma, a todo lo que le rodeaba, gruñó:

—¡Por la gran perra! ¿qué desgracia se chupó el veneno... si... el veneno que había en esta copa?...

Después, con agitación creciente, con el esfuerzo del que se ve desfallecer de rabia y de desconsuelo, siguió gritando la suerte del que se había envenenado, llamando a los peones que acudían asustados, metiendo un alboroto que azo-

taba a todo el mundo. Un chiquito en camisa que había acudido llamado por el ruido, y que miraba con ojos estupefactos la extraña escena, chupándose un dedo hasta secárselo, huyó como un gatito asustado, al ver que uno de los amenazadores gritos lo tomaba de blanco.

Mientras tanto el pobre burro había estado sufriendo las penas amargas y negras que deben sentirse en la antecámara de la muerte. A la primera palabra del patrón cuando oyó hablar de veneno a aquella voz que brotaba violenta, a borbotones, como si quisiera asustar a la misma muerte, si es que ya se cernía por allí, su cuerpo se sacudió todo y sintió en el pecho una impresión de vacío, como si se le escapara el alma. El corazón cesó en su tarea de empujar la sangre; una terrible anemia agotó en un instante sus torpes facciones, y en medio de temblores de epiléptico, apenas tuvo fuerza para lanzar un quejido y dejarse caer en la barrica.

Y en el suelo, al verse rodeado de todos, empezó a murmurar entre vagidos tristes, desconsoladores:

—*Fu eu... fu eu... meu Deus... e nao sabia.*

Los temblores le entorpecían los extremos, atinando solo a pronunciar sus dolorosos quejidos que llegaban al alma. Se creía morir, le parecía sentir los estragos de un cáustico en las paredes de su estómago; y un miedo cerval, una angustia sin límites, aflojaba todos los resortes de su organismo, cuya vista nauseabunda inspiraba horror. Sus párpados, relajados los músculos que los gobernaban, abiertos ahora de par en par, no escondían los ojos, aquellos ojos que los paisanos miraban con extrañeza porque era la primera vez que se los veían a gusto, y los globos turbios y gordos, flotando al ras de la aplastada cara, velados por una nube de espanto, pedían a gritos vida, aquella vida que ya empezaba a físele en un derrame asqueroso.

—Por Dios, burro, no te julepiés tan fiero —le decía, mientras iba a sostenerlo por la espalda, un paisano alto y seco, de ojos chispeantes, que hubieran parecido brillar en el fondo de las órbitas de una calavera, si no hubiesen brotado de los finos labios de su rostro terroso, dos mostachos chinoscos—; no te julepiés tan fiero —le repetía—, mirá que el patrón te ha de sacar en ancas con alguna droga... ya sabés que no es el primer cuero que salva de que se apolille al fiudo.

Mas el pobre burro no oía, ni atendía siquiera. El resto de sus facultades, que el miedo no le había arrebatado todavía, se concentraban para seguir mugiendo su implacable

queja, que repetía con la voz débil y temblona de un autómata descompuesto:

—Eu eu... meu Deus... eu nao sabia... Eu morro... morro... ¡ay!...

Pero los demás paisanos no se enternecieron como el indio de los bigotes chinoscos. Lejos de eso. Veían la broma con gusto, y solo querían que la cosa marchase adelante para gozar con ella; por eso metían gran alboroto, mientras rodeaban al burro haciendo que se interesaban por él. En cuanto al patrón, estaba a sus anchas. Su simulado apresuramiento disfrutaba apenas los placeres del triunfo que pujaban por estallar en una carcajada estruendosa. Por lo demás, quería llevar la farsa hasta el fin, y por eso gritaba moviéndose de un lado para otro:

—Güeno, no se asusten... eso no es nada... le daremos un gomitivo... Vamos... ¡Jesús!... venga pronto ese aceite.

El aceite vino. Ya entonces el burro no hablaba; resollaba fuerte, y se dejaba manejar no más, como una cosa entorpecida. Le pusieron el vaso en la boca, y sin grandes esfuerzos, le hicieron tragar el líquido viscoso y repugnante, que haciendo gorgoritos, se hundía por el ancho esófago. El vaso se acabó y no vomitaba: hubo que traer otro; y poco a poco, haciendo gorgoritos también, su contenido fue a depositarse en el abultado estómago, sin que éste se diese ni siquiera por aludido. Acostumbrado como estaba a digerir de todo, no quería soltar su presa, y parecía guardar y esconder lo que recibía, con la misma avaricia con que había de guardar el escondite el burro, los tesoros que le entregaban.

El que le sujetaba la cabeza se impacientó de su tarea, y la dejó caer; y la cabeza se dio contra el suelo pesadamente, como si estuviera separada del tronco, con los ojos siempre abiertos que mostraban los turbios globos de pupila incoherente, y los bigotes empastados, tapándole la boca, de la que se desprendía un ligero hilo de baba aceitosa.

Y los minutos pasaban y el burro no vomitaba. Entonces un indiecito joven, de cara redonda y tostada, que tenía la costumbre de mirar y escuchar en silencio mascándose el barbijito, quiso tomar cartas en el asunto, y levantándose dijo:

—Es al ñudo: este burro sorreta no suelta el zorro. Hay que arrancárselo por la cola.

Y diciendo y haciendo, le levantó la cabeza, forzó las mandíbulas y le sumió hasta el tronco, en la garganta, dos

de sus dedos, revolviendo allí brutalmente un instante, como si quisiese triturarle las glándulas y arrancarle la lengua.

Ante este rudo ataque, la cara del burro se contrajo en una mueca desesperada, y como si le hubiesen desfondado el diafragma, un hipo enorme, una arcada descomunal, le sacudió las vísceras. Casi en seguida otra más violenta que la primera se produjo; y entonces, el estómago, como si se hubiese deshecho de sus ligaduras, enloquecido, pareció saltarle la garganta, para vaciarse allí, en una bocanada única, larga, estupenda.

Después, el burro soltó un doloroso suspiro, un hondo y desgarrador relincho. Agitó dos o tres veces la cabeza con el movimiento del animal moribundo que intenta el último esfuerzo para deshacerse del bozal que lo ahoga, cerró los ojos, y se quedó aletargado, entre los temblores de su carne asustada y las carcajadas de los paisanos que festejaban lo que creían el desenlace de la broma.

Y a todo esto, el chiquitín en camisa, que había vuelto arrastrado por su curiosidad, desde un rincón y chupándose siempre el dedo, asistía sin comprender a la extraña escena, abriendo mucho sus grandes ojos, claros y sorprendidos.

5

El burro dormía siempre. Tendido sobre un catre, hubiera parecido una masa inerte, a no ser por el resuello lento de fuelle viejo y cansado, que salía en un suave y lastimero ronquido por su boca abierta. Y sin embargo el miedo no había abandonado del todo aquella carne que ya agobiaba por su propio peso, como si estuviese muerta; de cuando en cuando se reflejaba en un temblor de sus mandíbulas, al que seguía un áspero chirriar de los dientes que se trituraban en un espasmo doloroso.

Era inútil gritar, meter una algarabía estruendosa. Sus tímpanos entorpecidos no reaccionaban, como no reaccionaba tampoco ninguno de sus sentidos ante las torpes judiadas de los parroquianos. Uno le metía una pluma en la nariz, otro le hacía cosquillas en los pies, y no faltaba quien le echase gotas de bebida en la boca para ver si dormido conservaba todavía su vicio; pero nada sentía: parecía que hubiese perdido los nervios.

Al segundo día convinieron todos en que había que

despertarlo. Lo rodearon los que estaban jugando un partido al nueve. "¡Burro! ¡Burro!", le gritaban en coro. Pero los gritos no bastaron: fue preciso sacudirlo fuerte, casi des- troncarlo.

Entonces se agitó, se llenó y vació el pecho con un suspiro grande, largo, articulado; abrió los párpados, bostezó, y paseó por todos el atolondramiento en que se perdían sus ojos inyectados. Respondió con una sonrisa automática a las risotadas, y volvió a dormirse.

—¡Burro, burro, despertá... no seas tan dormilón... mira que ya has gozado bastante!... —le volvieron a gritar, mientras lo sacudían de nuevo.

Y recién entonces despertó del todo. Sus ojos se abrieron con el tolondro de antes, y se quedaron así, desencajados e indiferentes. Ya no huían las miradas de todos; ya sus párpados no se cerraban como antes, con el aleteo del pájaro asustado, temeroso de que en el fondo de las pupilas pudiera describirse el sendero que llevara al escondite de su oro: es que él mismo lo había perdido.

Estaba muy pálido, sin fuerzas para sentarse, con algunas mechas de su pelo revuelto y levantado. No hablaba, y una sonrisita estúpida se agitaba debajo del revuelto bigote entre los labios cuarteados y resecos.

Fueron inútiles las preguntas de todo género: no se le pudo sacar palabra, como si tuviese la lengua parálitica. A uno se le ocurrió alcanzarle agua. Le trajo un vaso; pero, al ofrecérsela, la cara del burro se alteró, se agitó en el catre, y rechazando con mansa energía el vaso, dijo con voz apagada:

—*Nao, nao quero... isso foi mal; e veneno.*

Se le contestó con una carcajada.

—Miren si será zorro el burro mañero —dijo uno de la rueda—, quiere chupar caña. Denle, y verán si no se le duerme el vaso.

Pero no fue así. A la caña le hizo el mismo gesto. No quería... aquello era veneno. Y sin muestras de irritación ni de descontento, volvió a dormirse.

Y ya fue inútil. No se consiguió que tomase nada. Dos días después se llamó al curandero del pago, ya con alguna alarma. Pero nada se consiguió con la presencia de aquel hombre que a su manera hacía práctica de ciencias: el burro en su torpe obstinación, sosegada e invencible. Por otra parte, el curandero no le daba importancia al incidente.

—Déjenlo, no más, déjenlo —decía—. Ya comerá en

cuanto se le vacíe del todo el buche... A la fija que no va a vivir del aire.

Lo dejaron estar, siguiendo los sanos consejos del curandero. Pero el tiempo pasaba y el buche parecía no vaciársele nunca, porque nunca pedía. Ya hacía tiempo que su cuerpo extraviado se devoraba a sí mismo con un ansia atroz, presa de una fiebre intensa, desesperada, que lo estragaba, que lo dejaba seco: se quedaba sin vientre, sin pulpas. Las costillas, desnudas de carne, se combaban como para romper el cuero, y los ojos, en la cara trabajada, marchita, rodeados de un círculo de carne negra y machucada, se le hundían más y más, como si se los chupasen las órbitas.

Entonces ya la debilidad del burro era extrema. Como el animal caído que se muere de hambre, ya no tenía fuerzas para levantar la cabeza. Un delirio tranquilo le hacía gesticular palabras raras, ininteligibles, y su aliento fétido, brutalmente fétido, parecía el hálito de una cloaca revuelta.

Cuando lo vio en este estado, el indio de la cara descarnada no pudo contener un movimiento de asco y de dolor.

—¡Qué barbaridad! —dijo—. Este hombre está podrido por dentro, está dijunto.

En efecto, el burro se moría, lo veían todos. Estaba desconocido. Su piel solo abrazaba el esqueleto, y dentro de ella ya no podía vivir ni la misma fiebre, que se fue retirando poco a poco, falta de tejidos que gastar. Se le acabó el delirio; el frío de la muerte le invadía el corazón desde los extremos; cayó en un coma profundo, y sin agonía, silenciosamente, sin un estertor que acusara el desenlace... Se le fue la vida.

Los ojos, turbios, le quedaron abiertos, con las pupilas dilatadas, incoherentes...

JOSÉ ENRIQUE RODÓ

(1871 - 1917)

Nació en Montevideo, estudió en la Universidad pero no se recibió. Fue profesor de Literatura, director interino de la Biblioteca Nacional, periodista. Actuó como diputado colorado en varias legislaturas, apoyando en un principio al presidente Batlle pero separándose más tarde de éste. Su obra de crítico y ensayista le valió las máximas alabanzas en su tiempo. Obras principales: Rubén Darío (1899), Ariel (su libro más popular, 1900), Motivos de Proteo (1909), El mirador de Próspero (1913). La parábola que aquí se recoge pertenece a Motivos de Proteo.

LOS SEIS PEREGRINOS

Cuentan leyendas que no están escritas que Endimión, no el que recibió favores de Diana, sino un evangelista de quien nada sabe la historia, recorría, después de doctrinado en Corinto por Pablo de Tarso, las islas del Archipiélago. En una ciudad pequeña de la Eubea, su palabra tocó el corazón de seis jóvenes paganos que formaron un grupo lleno de adhesión hacia él, no menos que de fe pura y sencilla. Esta comunidad naciente vivió, durante cierto tiempo, en la intimidad afectuosa con que la vida de las iglesias primitivas imitaba los lazos fraternales. Un día, un día del Señor, en la expansión cordial de la cena, maestro y discípulos fueron heridos de un pensamiento que les pareció una vocación: partirían a propagar la buena nueva siguiendo la ruta de Alejandro; soldados de una mansa conquista, llegarían sobre las huellas del conquistador, hasta donde el cielo quisiera; pero juraban que no se detendría, falta de impulso, la divina palabra, en tanto que uno solo de sus propagadores quedara, con

vida y libertad, sobre el camino, que por ellos sería, otra vez y con más pureza, glorioso.

La fe, radiante, ofuscaba la temeridad de la intención. Aún no estaba formulada la idea, y ya la impaciencia por la acción y la gloria hacía aletear las voluntades. Pero como Endimión, el maestro, necesitaba completar, ante todo, su viaje por la isla, convinieron que, pasado el término que para ello se consideraba menester él y sus seis discípulos, se encontrarían en un vecino puerto, donde atravesarían el mar para emprender la ruta soñada.

El tiempo transcurrió para todos como en el éxtasis de una visión. Llegaron los días de la cita. Una mañana alegre: apenas provistos de pan y frutas los zurroneos; en la dirección de la marcha un claro sol, y dentro de sí, como la mano de Dios en el timón del alma, el entusiasmo, los seis amigos partieron a reunirse al maestro.

Corría, suavísimo y opulento, el otoño. La naturaleza parecía concertar con la felicidad de los viajeros sus galas; diríase que de cada cosa del camino nacía una bendición para ellos. Sintiéndola, recogiéndola en su corazón, se regocijaban y hacían sonar todo el tesoro de su sueño en joviales coloquios, cuando de improviso distrajeron su interés unos lastimeros ayes que venían de unas breñas cercanas. Dirigiéronse allí, y viendo tendido entre las zarzas a un pastor que se desangraba, herido acaso por los lobos, se aproximaron a verle. Solo uno de los seis, Agenor, laconio enjuto y pálido, de grandes ojos absortos, había permanecido indiferente, desde el primer momento, a los ayes, atribuyéndolos a uno de los mil rumores del viento; y extraño a todo lo que no fuese la idea sublime a cuya ejecución se encaminaban; en la impaciencia de ver convertirse en realidad las imágenes deslumbradoras de su sueño, se había negado a desviarse y a esperar que se satisficiera la curiosidad de sus amigos. Agenor siguió adelante, como en el ciego ímpetu de una fascinación.

Ellos, en tanto, después de haber lavado y vendado con jirones de sus propias ropas las heridas del rústico, le condujeron a su choza, que descollaba a cierta distancia, sobre una ladera donde se columbraban restos dispersos del hato. Allí, prolongando sus cuidados, los sorprendió la noche. Cuando, abriendo la aurora, llegó el momento de partir, he aquí que Nearco, otro de los seis compañeros, permaneció apartado y melancólico, con el aire de quien no se resuelve a hacer una confidencia dolorosa. Instáronle los demás a confesar lo que

sentía: "Sabéis —dijo Nearco— que, desde que este episodio nos obligó a alterar por compasión el rumbo que llevábamos, me entró en el alma la duda de la inoportunidad de nuestra empresa; y oí una voz interior que me decía: "Si hay tanto, y tan desamparado dolor, tanto abandono y tanta impiedad, cerca de nosotros, donde emplear el fuego de caridad que nos inflama, ¿por qué buscar objeto para él en climas extraños y remotos?" Me dormí con este pensamiento en el alma; y soñé; y así como el apóstol vio en sueños la imagen del macedón que le llamaba, lo que él interpretó como un ruego de que fuera a redimir a los suyos, a mí se me apareció la imagen de este pastor, que, intentando yo continuar el viaje, me cerraba el camino; y lo aparté para avanzar; y entonces, en los enebros y las zarzas a cuyo lado le encontramos, sentí que se enredaban mis ropas y me detenían..."

Dicho lo cual, Nearco, en quien un sueño dispuso el encanto de otro, abrazó a sus amigos, que ya daban cara al sol para continuar su ruta, y volvióse en dirección a la ciudad.

El grupo siguió con entusiasmo intacto, adelante. De los cuatro que le componían ahora, Idomeneo parecía ser el que, por su superioridad, llenaba la ausencia del maestro. Él había sido el primero en percibir y atender los ayes del herido. Era de Atenas; era suave, inteligente, benévolo. En su fisonomía se reflejaba algo de la inquietud con que se significaría la curiosidad espiritual de un estudiante, y algo de la ternura con que se expresaría el omnimodo amor de un panteísta. Pero el sello de expresión más hondo lo imprimía el dulce estupor con que aún lo embargaba la inmensidad de la fe nueva que había conquistado su alma.

Cuando en los bordes de algún soto vecino asomaba una lezana flor silvestre, Idomeneo, desviándose, se acercaba a admirar su forma, su color, o a aspirar su perfume. Cuando el viento traía, de cercanas cabañas de pastores, un son de zampoña o caramillo, o bien si una cigarra levantaba su canto, Idomeneo se detenía un instante a escuchar. Cuando una guija pintada lucía entre la arena del camino, Idomeneo, con el afán de un niño, la recogía, y bruñéndola la llevaba en la mano. Y cuando allá, en la profundidad del horizonte, un ave o una nube pasaban, o se descubría el triángulo blanco de una vela sobre la línea oscura del mar, el alma del neófito parecía tender presurosamente hacia ellos sobre el riel de una mirada anhelante...

Ya el sol había templado la fuerza de sus rayos cuando

los viajeros vieron aparecer, en la caída de una loma, las casas dispersas de una aldea. Gigante encina descollaba, en lo más avanzado del lugar, sobre los techos que esmaltaba el oro de la tarde; y en derredor del árbol veíase un gran grupo de gente, que formaba corro con muestras de atención y respeto. Preguntando a unos labradores que habían interrumpido su trabajo para dirigirse hacia allí, supieron que era un cantor ambulante, mendigo consagrado por la vejez y por el numen, que todos los años recorría, en ocasión de las cosechas, aquella parte de la isla. "¿Oigámosle?", propuso Idomeneo.

Acercándose al corro, los cuatro amigos se empinaron para ver al cantor. Un soplo de antigüedad heroica llegó a ellos. Todo lo del Homero legendario reaparecía en una dulce y majestuosa figura: el continente regio, la lengua barba lilial, la frente olímpica, a la espalda el zurrón, la lira a la cintura, el nudoso báculo en la diestra, el can escualido y enlodado a sus plantas. Hízose un silencio solemne; y desatando al dios ya inquieto en su seno, el mendigo cantó; y sobre el aliento de sus labios, mientras las manos trémulas tocaban las cuerdas de la lira, flotaron cosas de historia y de leyenda, cosas que estaban en todas las memorias, pero que parecían recobrar, en versos ingeniosos (tal como se serena el agua en el cántaro de barro), la frescura y el resplandor de la invención. Cantó del germinar de los elementos en las sombras primeras; de la majestad de Zeus; de los dioses y sus luchas sublimes; de los amores de las diosas y los hombres. Cantó de las tradiciones heroicas: Hércules y Teseo lidiando, en el amanecer del mundo, con los monstruos y tiranos; la nave que busca el vellocino; Tebas y su estirpe fatídica... Mostró después la cólera de Aquiles, y a Héctor en los muros de Ilíon; y luego, a Ulises errabundo, los encantamientos de Circe, y la castidad de Penélope. Todos escuchaban arrobados; Idomeneo, con la expresión del que contempla una imagen que evoca en él el recuerdo de otra más bella o más querida; Lucio, uno de sus tres compañeros, con gesto en que alternaban el embeleso y la angustia. "Este canto es divino —dijo Lucio—; me ha hecho sentir de nuevo la hermosura de los dioses que abandonamos. Conozco que mi fe ha sido herida de muerte por el poeta...". "Tu fe era débil —contestó Idomeneo—; yo siento magnificada y victoriosa la mía; yo guardo para mí el dulzor del canto, y como se arro-

ja la corteza de la almendra, desecho la vanidad de la ficción".

Pero, insistiendo Lucio en su arrepentimiento, solo siguieron viaje Idomeneo, Merión y Adimanto. A mitad de la jornada siguiente, atormentados por la sed, divisaron, no lejos del camino, el mirador de una alquería, y se dirigieron a ella. La casa estaba ceñida, en ancho espacio, por un huerto frondoso, que vides opulentas, enlazadas, por todas partes, a los árboles, adornaban con el oro de sus sazones. Cuando los viajeros llegaron, vieron que se preparaba en el huerto la vendimia. Ocupábanse unos en remover toneles y disponer para la obra el lagar. Otros afilaban, para segar los racimos, hoces que llenaban de desapacible música y de rojas chispas al aire. Un grupo de mujeres tejía los cuévanos y las cestas de mimbre para recogerlos. Por dondequiera reinaban la animación comunicativa con que se anuncia el trabajo preparado de buena voluntad y la animación que provoca el desasosiego del estímulo en los corazones y los brazos robustos.

Satisfecha su sed, los viajeros hacían señal de despedirse, cuando el viñador preguntóles si querían quedarse aquella tarde y ayudar a las faenas, porque sus hombres eran pocos, y debía apresurar la vendimia a fin de terminarla para el día que había indicado su señor. Agregó que hasta la otra mañana no vendrían, de los pueblos vecinos, los braceros que necesitaba, y el tiempo que ganaría con el auxilio de los huéspedes sería bastante para evitar la demostra y el castigo.

Ellos, que no habían permanecido insensibles a la sana tentación del trabajo; que recordaron la parábola de los pocos obreros para la mucha mies, y que agradecían, además, la hospitalidad que habían recibido, accedieron, y puestos a la obra, no fueron avaros de sus fuerzas. Adimanto contribuyó a recolectar los racimos; Merión, a transportarlos; Idomeneo, a la faena del lagar. La jornada acabó con tal suma de adelanto que el viñador, lleno de júbilo, abandonó sus temores. Empezó luego la fiesta con que se celebraba la vendimia, junto al báquico altar que descollaba en lo más alto del huerto, bajo brutesca arquitectura de ramas. Los vendimiadores fueron congregándose allí, mientras se distribuía, con prodigalidad, vino de anteriores cosechas. Cuando recibieron su parte, Idomeneo invitó a los suyos a beber, al modo de los festines eucarísticos. Apartándose de

los demás algún espacio, levantaron las copas. En alto las miradas extáticas, invocaron el nombre del Señor. Y como dos zuritas, de las que acudían a picar en el suelo granos dispersos de la uva, cruzasen en aquel mismo instante sobre ellos: "¡Irene y Agape!", dijo con gracia mística el de Atenas, recordando a las dos escanciadoras invisibles, mientras un rayo de sol inflamaba en las copas levantadas al aire el oro burbujeante del vino...

Poco después, siendo ya noche, y en el deseo de estar de pie con la aurora, los tres amigos buscaron un rincón protegido por los árboles y se tendieron a dormir. Pero en los ojos de Merión, beocio que llevaba en el semblante los rasgos de la sensualidad, el vino había dejado un toque de luz cálida. Sentíase, allí cerca, la agitación del festejo que congregaba a los trabajadores en derredor del ara del dios. El circular de sarmientos encendidos pintaba de fuego las sombras de la noche. Por todas partes parecía vagar, en libertad, el alma del vino. En el viento embriagado con las exhalaciones del lagar, venían risas, canciones, y el resonar de rústicos instrumentos, que denunciaba alegres danzas. Merión, incorporándose, levantó su copa del suelo, y se perdió, con paso sigiloso, en la sombra.

Aún no se había disipado la fiesta cuando sus dos amigos saludaban de pie la bandera de la mañana, que les mostraba la dirección de su camino. No encontraron a Merión junto a ellos. "¿Estás despierto, Merión?" Tendido en tierra, desceñido, faunesco, coronado de pámpanos, como Dionysos joven a la sombra de las grutas de Nisa, el beocio les respondió, cuando le hallaron, alargándoles negligentemente su copa. Idomeneo y Adimanto partieron.

—Y, ¿qué era, en tanto, de Agenor, el que, después de la primera jornada se había adelantado, en su impaciencia, a los otros?... Agenor había llegado acaso al término del viaje; o tal vez seguía adelante, adelante, como en el ciego ímpetu de una fascinación.

A poco andar, Adimanto e Idomeneo vieron abrirse ante su paso una hermosísima llanura, por donde el camino serpenteaba con deliciosa volubilidad, como atraído a un tiempo por mil cosas. Blancas aldeas, rubias y ondulantes mieses; tupidos bosques, a cuyos pies se deslizaba la corriente sosegada de un río; y en lo remoto, el mar azul y profundo. Caminaban absortos en la contemplación, cuando, percibiendo de cerca un aroma de manzanas silvestres, transpu-

sieron, no sin esfuerzo, el natural vallado que orillaba el camino; y el soto más ameno, la más risueña espesura rústica que pueda imaginarse, apareció ante sus ojos y los envolvió en la fragancia de su aliento. Bajo la bóveda que extendían los árboles más altos tejía la vida una gloriosa urdimbre, entre la cual formaba caprichosos cambiantes con la sombra, la luz que descendía tenuemente velada. De aquí y de allá partían, buscando el corazón de la espesura, senderos estrechos y tortuosos, y no tardaban en oponerse a su paso las vigilantes zarzas y las hiedras cuajadas de corimbos. Los frutos todavía sujetos a la rama veíanse en tan gran copia como los que, ya desprendidos, yacían en el suelo y le alfombraban de tintes más oscuros que los que desparramaban los otros por el aire. A pesar del otoño, no escaseaban, junto a esta riqueza, galas más tempranas que el fruto. Y todo estaba virgen, radiante, como húmedo aún de la humedad del soplo creador. Fresco aposento de quién sabe qué divinidad esquiva, no había señales de haber tocado en aquel retiro planta humana. A medida que se internaban en lo espeso del soto, Idomeneo sentía cómo iba estrechándole el alma, dulcemente, el abrazo de la naturaleza, y se abandonaba sin recelos a él. Admiraba, con la admiración que pone húmedos los ojos, todo cuanto le rodeaba; parecía beber con delicia en el ambiente; perdíase de intento allí donde formaban más hondo laberinto las frondas; tenía dulces palabras para las flores que le embalsamaban el camino; se detenía a grabar el signo de la cruz en la corteza de los árboles, como en el corazón de catecúmenos; recordaba, de los libros sagrados, el Paraíso y la tierra que mana leche y miel; los cedros del Líbano y las rosas de Jericó, y el fondo de imágenes campestres del Evangelio. Como en la copa donde se mezclan dos vinos para mitigar los humos del más fuerte, en él el entusiasmo, la embriaguez de la vida, cosa de su raza, que, sin él quererlo, subía de las raíces de su ser, se dulcificaba con el sabor de la fe nueva, con el recuerdo del Dios que también había sabido detenerse ante la gracia de un ave, de una colina o de una flor... Idomeneo bautizaba toda aquella hermosura al difundirse en ella por obra del amor, que identifica el alma y las cosas.

Pasóse el tiempo en aquel vagar infantil y les sorprendió en la soledad del monte el crepúsculo. Sus sombras graves parecieron una reconvención a Adimanto. Cuando, a la mañana siguiente, Idomeneo recordó que solo faltaba

una jornada para terminar el viaje, y se echó al hombro el zurrón con renovado júbilo, Adimanto confesó tristemente que no se atrevía a ponerse en presencia del maestro... Pensaba que los recibiría con severidad por su tardanza, si es que ya no había partido a la llegada de Agenor; y a pesar de las instancias de su compañero, se despidió y marchó cabizbajo a desandar su camino.

Idomeneo, solo ya, siguió adelante. No tardó en divisar, sobre la playa graciosamente enarcada, las casas blancas y risueñas de una ciudad marina, y las palmeras que la engalanaban, agitándose, con señas como de llamamiento, que le parecieron dirigidas a él. Inquirió, por los que hallaba a la puerta de alguna finca rústica o ejerciendo las labores del campo, si había pasado en aquella dirección Agenor; y conoció que sí cuando le describieron la prisa, como de quien huye; el gesto extático, que les había admirado días antes en un extraño pasajero; su palidez, el cansancio inconsciente, o desdeñado, que revelaba, y la indiferencia con que proseguía, en medio a la curiosidad de los que se detenían a observarle. "¡Parecía un sonámbulo!", decían.

Tal como estas noticias lo pintaban, Agenor había llegado al término del viaje, en un solo impulso de deseo desde su partida, insensible a la fatiga de su cuerpo, insensible a los accidentes del camino, insensible al espectáculo de la naturaleza. No bien llegó, cayó extenuado a las plantas del maestro, aunque, más feliz que el soldado de Maratón, no fue sin vida. Durante tres mañanas y tres tardes, maestro y discípulo consultaron, de lo más alto de la ciudad, como desde un atalaya, la dirección por donde esperaban ver venir a los otros; hasta que apareció Idomeneo, y por él supieron, dolidos, más no desalentados, la inutilidad de esperar más. Endimión puso a Agenor a su derecha, puso a su izquierda a Idomeneo; y entonando uno de los salmos que cantan la felicidad del caminante, marchó con ellos hacia el mar. Nubes extrañas fingían maravillosas rutas en el confín del horizonte. La vela de la nave que los conduciría palpitaba sobre las aguas turbias e inquietas, a modo de un gran corazón blanco...

Y así, junto al maestro que representaba para ellos la verdad; inmunes de las tentaciones a que habían sucumbido los discípulos que, por veleidosos o cobardes, no continuaron el camino, partieron: Agenor, el entusiasmo rígido y austero, la sublime obsesión que corre arrebatada a su término, con

ignorancia o desdén de lo demás; Idomeneo, la convicción amplia, graciosa y expansiva, dueña de sí para corresponder, sin mengua de su fidelidad inquebrantable, al reclamo de las cosas; el convertido de Atenas que, de paso para su vocación, supo atender a las voces con que lo solicitaron la caridad, el arte, el trabajo, la naturaleza, y que de las impresiones recogidas en lo vario del mundo, formaba, alrededor del sueño grande de su alma, un cortejo de ideas...

VÍCTOR PÉREZ PETIT

(1871 - 1947)

Nació en Montevideo y se destacó desde muy joven en la actividad literaria y periodística. Con Rodó y los hermanos Daniel y Carlos Martínez Vigil fundó la Revista Nacional de Literatura y Ciencias Sociales (1895-97). Su actuación política no tuvo tanto relieve como su actividad literaria, verdaderamente infatigable. Abarcó todos los géneros, aunque con muy desiguales resultados. Obras principales: Rodó (biografía y estudio crítico), Los modernistas (sobre autores franceses del siglo XIX), Entre los pastos y Gil (novelas), Acuarelas y aguas fuertes (cuentos), Cobarde, La rondalla, Mangacha (teatro). Al volumen de cuentos pertenece el texto aquí escogido.

LA CHINA ULOGIA

Gregorio Perdomo era un tipo de una psiquis complicadísima: por lo menos, no había un paisano en veinte leguas a la redonda que hubiera llegado a comprenderlo. En cambio, a su mujer, Eulogia, o la china Ulogia, como la llamaban todos, no había nadie que no la entendiera en el pago.

—¿El pulpero Gregorio? Es un sinvergüenza —decía uno.

—Pa mi gusto, no es un "consentido"; más mejor es un infeliz —redargüía otro.

—¡Qué infeliz, ni qué! —saltaba un tercero—. Un hombre que saca las cuentas que él saca, y siempre pa salir ganancioso, no es ni medio lerdo siquiera.

—Y no es maula tampoco; acuérden sen de aquel asunto con el fiato Pereyra. Porque le quiso entrapar unos cueros, me lo sacó de la pulpería en tres patas, lo mesmo que perro apedreado.

—¿Y entonces por qué no le da una soba a la china zafada?

- Es que su mujer lo domina.
- Es que su mujer le gana plata.
- No, señor; es que el hombre no ve.
- Sabe.
- No sabe.
- Es un puerco.
- Es un disgraciao.

Como se ve, las opiniones estaban muy divididas respecto del pulpero Gregorio Perdomo. Con respecto a su mujer, la unanimidad de juicios no podía ser más elocuente y consagratória.

-¿La china Ulogia? Esa es como las gallinas.

La verdad es que, a juzgar por las exterioridades, el paisanaje tenía razón. Sin embargo, los hechos llegaron un día demostrar todo lo contrario, es decir, que el personaje de psiquis complicada no era el marido, sino la mujer, y que el personaje de una sola pieza, rudo y sencillo, no era la mujer, sino el marido. Ahora lo van a ver ustedes.

Gregorio Perdomo era un hombre de cuarenta a cuarenta y cinco años, alto, grandote, cuadrado de espaldas, con una cara de luna llena, toda erizada de pelos revueltos, y una voccecita mujeriega, en falsete, chillona y ridícula, que sorprendía siempre al que la oía por vez primera saliendo de aquel gigantón. Muy honrado y trabajador, se levantaba cuando aún estaba "escuro" y empezaba a arreglar las cuentas de los libros de comercio; después al clarear el día, se cebaba mate, preparando entretanto el churrasco para él y su consorte; y en seguida, se metía detrás del mostrador y en todo el día no paraba, atendiendo la clientela, despachando bebidas, comerciando en cueros y lanas, atendiendo pedidos de mercaderías, haciendo anticipos como un Banco, y cien otras operaciones de las más distintas cataduras. De noche, trancaba su boliche, hacía su correspondencia para la Capital, meditaba sus asuntos, ponía en orden sus papelotes, ventas, recibos, consignaciones, facturas, y el diablo a cuatro. Era un hombre ordenado y derecho: respetuoso de su palabra y sus compromisos; exigente con los que trataban con él. Cumplía con sus pagos y no perdonaba a sus deudores. Era rudo y francote. Esto me conviene; esto no me conviene. Pero, hecho el trato, había que cumplirlo como si lo hubiera refrendado un escribano público. Y tenía un olfato especialísimo para los negocios. No había operación que tomara entre sus manos que no le redituara su buena ganancia. "-Es hombre suertudo"- de-

cían todos de él. No señor: es que Gregorio poseía todas las condiciones del buen comerciante: previsor, documentado, de buen criterio. Conocía todos los precios de plaza; recordaba los de años anteriores; descontaba los efectos de las lluvias o de la sequía, de la aftosa o de la garrapata; sacaba de memoria los cálculos de los cambios y descuentos; conocía a su clientela; vigilaba su comercio; no se dormía sobre las pajas. Así, año tras año, y sin descansar ni los domingos, había "cinchado" de sol a sol, amontonando moneda sobre moneda, adquiriendo un pedazo de campito hoy y otro pedazo mañana, poblándolo con su esfuerzo y con sus puños, mejorando su majadita y su tropita. Ahora, tenía la cara cada vez más redonda y más lustrosa; el crédito, más seguro y amplio en las casas mayoristas de Montevideo, y en el Banco... ¡Vaya a saber lo que tenía en el Banco! -Dejuramente, mucho más que ño Rosales, el platudo estanciero de allí cerca, sobre el Queguay chico, que se comía las lonjas de campo por defender los prestigios de su marca en los andariveles del pago.

La china Ulogia, su mujer, era el mismísimo pellejo de mandinga. Chiquitita, regordeta, no mal parecida, con una boquita carnosa flanqueada de dos hoyuelos picarescos y con dos ojazos negros, medio adormilados de puro provocativos y querendones, tenía un temperamento verdaderamente tropical, uno de esos temperamentos de cuarenta grados a la sombra. Conforme veía un hombre, ya estaba arrastrando las chancletas a su alrededor, sufriendo vértigos y lanzando suspiros.

-Ulogia, vaya a ver qué bochinche es ése en el gallinero -exclamaba el marido, sin levantar la frente de su libro Diario.

-Debe ser el batará; estos gallos nuevos quieren mandar más que el gallo viejo. Ansina es.

Y salía, derritiendo sobre el forastero una mirada promissora.

-Ulogia, ¿qué hace que no me trae lo que le he pedido? -interrogaba, en otra ocasión, el bueno de Gregorio, manteniendo entre sus piernas a la oveja que deseaba curar.

-Estoy ocupada; ya voy -replicaba la china sinvergüenza.

Y es que estaba ocupada, es verdad, en jugar a los manotones con algún cliente de la casa.

Por ahí se empezaba siempre. Unas miraditas de soslayo, una santisita cómplice y un empujoncito con el hombro:

"Salga de ahí, ¿no ve que está estorbando?" y ya estaba anudado el primer lazo de un adulterio con sus proyecciones en el maizal, en la picadita del arroyo, o en cualquier otro lado. Don Gregorio Perdomo, no se percataba de nada: vivía dedicado a su comercio. Si le llegaba algún rumor la china misma se encargaba de desvanecerlo:

—Che, ese Braulio, el del Embú, me parece medio sinvergüenza. A ver si te paga lo que te debe, o lo sacas carpiendo de aquí.

Es que la amante ya estaba harta y quería deshacerse de un hombre demasiado pegajoso.

—Che, ese Liberato, con ese tajo bagual en la cara, es fiero mesmo de ver. Me gustaría saber quién le puso marca.

Es que la china se preparaba una coartada para el caso en que su marido la sorprendiera en coloquio con el mocetón.

Alguna vez, un comedido quiso abrirle los ojos al buen hombre. ¡Ya era mucha fiesta la que llevaba el demonio de su mujer! Uno hoy, mañana otro, y luego otro, y otro, y otro, así habían desfilado casi todos los hombres del pago por la trastienda del boliche de Perdomo. Algunos Catones criollos no podían sufrir tanto descaro y zafaduría.

—Diga, don Gregorio; ¿por qué no cuida un poquito más a su mujer?

—¿Qué quiere decir, amigo?

—Nada. Pero, por ahí se habla.

—Y bueno, el que tenga que hablar que venga a hablar conmigo. Con mi mujer no se juega.

—Hay quien dice que ella juega, a sus espaldas, con el que más le gusta.

La conversación no pasó de ahí. Gregorio Perdomo cogió una botella y la partió en la cabeza del interpelante. Desde ese día, nadie se atrevió a abordar semejante tópico de conversación con Gregorio Perdomo. Si éste recibía a botellazos a los que pretendían velar por su honor y en cambio dejaba tranquilos a los que se lo agujereaban por cualquier parte, la elección no era dudosa.

—En lugar de servirlo, hay que cornearlo —decían las gentes.

Y su mujer Ulogia parecía compartir ese criterio. Le engañaba con una largueza verdaderamente fantástica. No reparaba en pelo ni marca. Siempre existía algún detalle que imantaba su imaginación: que los ojos del uno; que los rizos sobre la frente del otro; que la gubeza de aquel indio fierazo;

que el ceceo de Fulano; que el modo de reírse de Mengano. Eran pequeñeces que se transformaban en una obsesión para la carne flaca de la pobre china. Entonces, al dar la mano se olvidaba de retirarla; al contestar una pregunta, decía una frase de doble sentido; y al sentir que el hombre bajaba la voz y le echaba el aliento sobre la nuca, experimentaba la atracción irresistible de los terrones.

Un día llegó del pueblo un sobrino de Gregorio. Se llamaba Jesús María. Tenía diecisiete años. Era un muchacho largo, flaco, de nariz ganchuda, que hablaba en secreto, feo y zonzó a carta cabal. Su madre, hermana de Gregorio, residente en Paysandú, acababa de quedar viuda, y le escribió a Perdomo por si quería hacerse cargo del menor. Gregorio, muy bueno de corazón, se propuso contar con un ayudante para sus rudas faenas y sacar un hombre de provecho del sobrino. Contestó la carta llamando a Jesús María. Llegó un miércoles, al atardecer. El sábado de la misma semana a eso de las dos de la tarde —era un día de verano, hay que tener en cuenta eso— la tía Ulogia seducía al muchacho de nariz ganchuda en la minúscula cocina de la casa, a quince metros del mostrador donde Gregorio despachaba unas "ginebras" a dos peones que iban de viaje. ¡No se puede con el Destino!

Así continuaron las cosas, hasta que el bueno de Gregorio empezó a escamarse. ¡Qué diantre! Está bien que su mujer se encariñara con el muchacho —huérfano de padre, fíjese!—; él mismo, lo quería mucho, porque era hijo de una hermana que consideraba... Pero, de ahí, a andar abrazándolo por todos los rincones, había algún trecho de camino, ¿no es eso? Los lazos del parentesco justifican ciertas intimidades; pero Ulogia, ante Jesús María, se sentía más tía que todas las tías del planeta, y sus demostraciones de cariño traspasaban, en el sentir de Gregorio, los límites del código de las relaciones familiares. Por otro lado, el hombre no podía trabajar tranquilo: estaba escribiendo y a cada instante el estallido de un beso le hacía caer un borrón sobre el papel; o bien se engolfaba en un cálculo de descuentos y de súbito la algaraza de dos personas que corren, luchan, echan a rodar los muebles y concluyen apagando sus risas en un ronroneo de torcazas, le entreveraban los números en la cabeza... ¿el diez por ciento de 723 pesos?... el diez... el diez... Siete con veintitrés...

Habló con su mujer suavemente, recomendándole menos expansiones; no por nada ¿sabe?, sino porque la gente es mala

y siempre tiene que decir algo La china le oyó, replicó alguna gruesa palabrota, y se fue. Se fue a buscar a Jesús María para que le llevara hasta el arroyo el atado de ropas que debía lavar. Estuvo lavando hasta que anocheció.

Gregorio entretanto, atornillado a su mostrador, pasaba balance a las ganancias del día. Cuando vio regresar a su mujer, agobiada bajo el peso de la ropa mojada, arrastrando las chancletas con un desgano tremendo, no pudo menos de pensar:

—Va bien, va bien; no pasará nada; pero a las mujeres hay que pegarles un grito de cuando en cuando para que sigan derecho.

Lo malo del caso, es que el pobre hombre pegaba el grito con aquella voz de mascarita que Dios le había dado; y, claro está, ¿quién iba a hacer caso de unos gritos así? No podían imponer respeto; más bien, incitaban a reír. Además, estaba de por medio el condenado temperamento de la china Ulogia. ¿Qué podía hacer la pobre mujer con un temperamento semejante?

—Es lo mismo que las gallinas —repetían todos, calumniando a las gallinas, porque el polígamo, en realidad, es el gallo.

Y todo el mundo en el pago hubiera seguido creyendo que la china Ulogia no quería a su marido, a no mediar la tremenda prueba que vamos a referir.

Hacia tres días que las nubes se deshacían en agua sobre la tierra. Era una lluvia apretada, continua, batiente, que había formado enormes fangales en los caminos y tenía hinchadas y rugientes las cañaditas de morondanga. Todo el ambiente envuelto como en una neblina gris, transpiraba humedad y tristeza. Los árboles, con todo el follaje lacio, escurrían el agua tal que paraguas. Los oscuros ranchos, perdidos en las vastas soledades, eran una nota más de barro sobre el paisaje. En toda la extensión no se oía ni el ladrido de un perro ni el canto de un gallo; solo el quejido interminable de la lluvia imperaba soberano, como una nenia de cuna, aburrida y adormecedora.

Al declinar de aquel tercer día de lluvia, y en momentos en que Gregorio Perdomo se disponía a clausurar su boliche, dos jinetes aparecieron sobre el camino, frente a la casa. Al ruido de los cascos sobre la tierra encharcada, Gregorio alzó la cabeza, y, sin moverse, desde el mostrador, los observó.

—Éstos no son de acá —se dijo después de mirar los caballos, y los ponchos, rígidos y lustrosos bajo la lluvia.

Cerró su libro de cuentas, dejó la lapicera empinada contra el tintero, y comentó aún:

—Piones o troperos que van de viaje.

Los desconocidos se acercaban despacio. Desmontaron, cachazudos, junto al palenque; ataron en él por el cabestro a sus cabalgaduras; doblaron el cojinillo, y se metieron dentro de la pulpería.

—Güenas tardes.

—Güenas, paisanos.

—Feo día.

—Feo.

Hubo una pausa. Los recién llegados, chorreando agua, se acodaron en el mostrador. Gregorio pegó la hebra de la conversación:

—¿De viaje o qué?

—De viaje.

—Feo día.

—Feo.

Eran dos pobres diablos, de misérrimas pilchas, embarrados hasta los dientes. Uno de ellos, con la boca abierta y la nariz en alto, se puso a curiosear la estantería repleta de botellas. El otro, después de una rápida mirada al boliche, bajo el ala del sombrero, se cruzó el poncho patrio sobre el hombro, y pidió:

—A ver, don, una caña pa dentrar en calor.

—Al momento.

Gregorio sirvió dos vasos. De un trago se despacharon los hombres.

—No es mala —adujo el uno.

—No es —asintió el otro.

Gregorio, entonces, curioseó como buen paisano:

—¿Vienen de lejos?

—De lejitos, no más; de Chapicuy; de entregar una tropa que va pa el Daymán.

—Hace tres días que aguantamos el aguacero —agregó el compañero—. Déme otra cañita.

Gregorio, que conservaba la botella a su vera, sabiendo que había de llegar pronto la segunda vuelta, llenó los dos vasos, comentando con su voccecita de falsete:

—Como pa cambearse en ranas.

—¿En ranas? Aurita no más éste casi se queda en tararira.

—Sí, pues —explicó entonces el aludido—; al bandear la cañadita esa de ai abajo, casi se me da güelta el rabicano.

La china Ulogia, atraída por la conversación, apareció en la puerta del fondo, curioseando.

—Güenas tardes.

—Güenas.

Se tocaron el ala del sombrero y no le hicieron más caso. Mientras uno de los hombres liaba un cigarrillo, Gregorio recogió el hilo de la conversación:

—Es un cañadón de nada; pero en cuantito llueve un poco fuerte, se hincha y no da paso.

—Pudo haberse augao —observó la mujer—. Es fieraza no más la cañada.

Los hombres ni se volvieron hacia ella. Seguían acodados al mostrador, fumando, impasibles. La china Ulogia optó por irse.

—¿La patrona? —interrogó uno de los desconocidos.

—Mesmo —replicó Gregorio.

Entonces, uno de los mozos se echó para atrás, se acomodó el cinto, e interrogó resuelto:

—¿No hay un rincón aquí pa pasar la noche?

—Si no es en la cocina... —adujo Gregorio.

—Y güeno... —replicó el otro mozo— el tiempo no está como pa andar eligiendo campamento. ¿Habrá algo pa comer?

—Y claro, algo ha de haber... Un pedazo de asau...

—¿Tiene dulce de membrillo?

—¿No voy a tener? Y queso, del güeno, ¿sabe?

—Entonces, ya estamos aquerenciaos. Vamos a darnos una comilona. ¡Qué diablos! No todo ha de ser amargura en la vida.

Los dos desconocidos se acomodaron junto a una mesa que había cerca de la puerta.

—¿Tiene naipes?

—Voy a darles —contestó Gregorio.

—Pa matar el tiempo —adujo el otro cliente.

Al traerles la baraja, una idea cruzó por la mente de Gregorio.

—¿Y no desensillan?

—Dice bien. Ahora vamos.

Se pusieron en pie, como para salir hasta el palenque. Gregorio les volvió la espalda a fin de regresar a su mostrador. Y fue en ese instante que uno de los desconocidos, cogiendo uno de los taburetes, y alzándolo en alto con los dos brazos,

lo abatió rudamente, como una maza, sobre la cabeza del infeliz.

Rodó por el suelo Gregorio como una res herida, lanzando un gemido y empujando la mesa, que fue a chocar violentamente contra el mostrador. Al propio tiempo, apareció Eulogia en la puerta. Al ver la escena, lanzó un chillido y se entró.

—Encargate de la mujer; yo me arreglo con éste —dijo entonces concisamente uno de los bandidos.

Lo demás sucedió como en una especie de vértigo.

La mujer de Perdomo, ante el cuadro de horror que se abrió a sus ojos cuando penetró en el despacho del negocio, no tuvo un minuto de vacilación. Entró a la segunda pieza, descolgó de su clavo la escopeta, y enfiló otra vez la puerta en el preciso momento en que uno de los foragidos, cuchillo en mano, venía en su persecución. Sonó un tiro. Toda la carga del arma se abrió en un penacho de fuego sobre el rostro mismo del hombre. Cayó redondo. La china saltó sobre su cuerpo y se plantó en medio del despacho.

Al estampido del arma el otro facineroso que se apresaba a degollar a Gregorio, después de haberle asestado un par de puñaladas, se irguió despavorido. Sonó el segundo disparo. Pero, esta vez, fuera porque Eulogia desviara la puntería, fuera porque la distancia desperdigonara los chumbos, el hombre no cayó. Se oyó, no obstante, su bramido:

—¡Ah, perra! ¡me has quemao!

Enloquecido por el dolor de los chumbos que le habían cribado el rostro, y un tanto desconcertado por la actitud resuelta de la mujer aquella, se le vino encima, blandiendo su facón.

Eulogia ya había dado vuelta su escopeta y la esgrimía en alto, cogida por el caño, como una maza. Saltó el hombre y cayó el arma. Hubo un doble grito y los dos rodaron por el suelo por el encontronazo. Eulogia recibió una cuchillada en el flanco; el asaltante tuvo un hombro deshecho.

Loco de rabia y barbotando maldiciones, alcanzó el desconocido a ponerse de rodillas; pero Eulogia, más rápida y decidida, ya estaba a su lado y le acosaba a golpes. El hombre, en derrota, medio atontado, alcanzó todavía a tirarle otro tajo, que la hirió en un muslo; pero no pudo más. La valerosa china, echando lumbre por los ojos, contraídos los labios, rígidos los músculos, alzó una vez más su maza y la descargó

con toda el alma sobre el cráneo del enemigo. El hombre se derrumbó.

Eulogia volvió los ojos hacia su primer asaltante y lo vio exánime. Respiró hondo y tiró la escopeta. Un gemido de su Gregorio concluyó de deponer toda su furia bélica y de despertar sus instintos de mujer.

Se abalanzó hacia su marido, temblando de piedad y de ternura.

—¡Goyo! ¡Habla! ¿qué tenés? ¿dónde ha sido?

Le palpaba, lo revisaba febrilmente, llena de susto, temiendo por la vida de su compañero.

—Aquí... y aquí... Dos tajos —susurró, advirtiendo las heridas—. ¡Pobrecito mío!... No te movás!... no es nada... voy a curarte...

Fue por la botella de la caña; desgarró su camisa; lavó las heridas; aplicó unas vendas. Y mientras, amorosamente, asistía al herido, se hablaba a sí misma, como para darse coraje, trémula la voz de lágrimas:

—No será nada... Dios no quedría... Es tan güeno mi Goyo...

Y luego, dirigiéndose al herido:

—Tu mujercita está aquí... Va a curarte... Coraje, mi negro...

Iba y venía precipitadamente, aplicándole paños con agua fría en la cabeza; procurando introducirle en la boca un trago de caña:

—¿Estás mejor, Goyo?... ¡Pobrecito!... ¿No me oís?... Soy yo, tu mujercita... ¡Dios mío! ¡hacé que no sea nada!... ¡Tan güeno mi Goyo!...

Se puso en pie y fue a la puerta:

—¡Jesús María! ¡Jesús María! ¡Vení pronto!

Tornó al lado del herido, alisándole maternalmente los cabellos, tratando de mantenerle alta la cabeza.

—¿Vas mejor, Goyo?... Habla... respondéme...

Gregorio se agitó un poco, lanzando un suspiro. Ella alzó el rostro radiante:

—¡Vive! ¡Mi Goyo! ¡Vive! —Y, vuelta hacia la puerta, repitió su llamado: —¡Jesús María!... ¡Jesús María! ¡Pronto!

Al cabo apareció el sobrino, blanco como un papel, temblando con todos sus miembros.

—Ulogia, ¿qué hay?

—Vení, ayudáme... Dentrá, pues. Trai una almohada, movéte.

Mientras el muchacho salía para traer lo que le había pedido, Eulogia se puso en pie, reflexionando. La comadre Sínfora sabía de emplastos y menjunjes; además, aplicaba sobre las más graves heridas un escapulario con una oración escrita en un papelito que obraba verdaderos milagros. Pero, para llegar hasta ella había que cruzar la cañada del bajo.

—Debe estar fiero —pensó Eulogia, representándose mentalmente aquel rincón del monte que desaparecía totalmente bajo las aguas después de las grandes lluvias.

Pero, al bajar los ojos sobre su Goyo, una decisión inquebrantable se hizo en su espíritu. Tomó la almohada que le alcanzaba Jesús María y, ayudada por el muchacho, la acomodó bajo la cabeza del herido. Después, concisamente, sin dudar, fruncido el entrecejo, ordenó:

—Mirá, te vas a quedar aquí... Cudameló; no te movás de su lado.... Yo voy a dir hasta lo de Sínfora... Mojále el paño de la frente de cuando en cuando; y ansina que pueda, le das un buche de caña, pa reanimarlo...

—Pero, Ulogia —adujo el muchachón—, pa dir a lo de Sínfora tiene que cruzar la cañada...

—Hacé lo que te digo...

—Está con una correntada bárbara... No da paso... —insistió Jesús María.

—Dejá nomás.

Y salió decidida. Un momento después estaba en el palenque, revisando la cincha de uno de los caballos de aquellos bandidos, un moro cuya estampa le gustó a primera vista.

—Pero, Ulogia, le digo que... —gritó aún Jesús María.

—No te movás de su lado. Déjame a mí.

Se trepó al caballo a horcajadas, a lo macho; requirió las riendas, y bajo la lluvia implacable que seguía cayendo, arrancó al galope, rumbo al bajo, buscando el paso de la cañada.

Recién entonces, con el movimiento de su cabalgadura, experimentó un agudo dolor en el flanco izquierdo y en el muslo. Recordó que estaba herida, pero se sobrepuso al dolor. Antes es él —murmuró para sí; y comprimiéndose con una mano la parte dolorida, continuó avanzando sobre el monte bajo y oscuro, en cuyo fondo rugía el cañadón desbordado.

Al sentir el rumor de las aguas revueltas, el caballo trocó bruscamente su galope por el trote, y ese cambio de paso despertó en Eulogia más agudos dolores.

—No es nada —susurró—, aura viene lo fiero.

Y se aprestó para vadear la cañada, transformada ahora en torrente.

El aspecto del paso no tenía nada de tranquilizador. Las aguas, revueltas y sucias, cubrían los juncos y talas de ambas orillas en una extensión desusada; y se iban por el cauce en remolinos de espuma, arrastrando hojas, ramas y raíces.

—La Virgen me ampare —hizo la corajuda mujer, y, persiguiéndose, se arrojó al agua.

El moro saltó, resoplando; braceó fuerte, se hundió en el barro, se paró sobre los remos traseros y quiso detenerse. Pero Eulogia, cerrado bien el puño sobre las crines, le castigó duramente.

—¡Vamos, moro!

Roncó el animal por las narices, y, decidido al fin, se lanzó al medio del agua entre una lluvia de gotas que levantaba con el encuentro. Cauteloso, el noble bruto avanzaba paso a paso, hundiéndose cada vez más en el agua. De pronto, Eulogia experimentó la sensación de que se encontraba en el aire: el caballo había perdido pie y nadaba vigorosamente hacia la otra orilla.

El dolor que le producían sus heridas se hizo más agudo en ese instante. Algo así como una punta de fuego le atravesó el muslo y le mareó el cerebro. Mordiéndose los labios, gimió cavernosamente; pero, con un esfuerzo hombruno de voluntad, se rehizo:

—Tengo que llegar —pensó.

Y animando bajito al animal, empezó a murmurar:

—¡Hop!... ¡hop!... ¡hop!... Ya estamos... ¡Coraje, moro!

Un instante, en el centro de la correntada, el caballo medio se ladeó. La china le palmeó suavemente el cuello, dobladas con firmeza las riendas hacia el rumbo, y le incitó con la palabra...

—¡Juerza, moro!... ¡Juerza!...

Braceó bravamente el animal entre un remolino de cañas y basuras y logró dominar la fuerza de la corriente. Así nadó otro trecho. De pronto, tropezó con algún arbusto sumergido y se detuvo, resoplando.

Eulogia experimentó una congoja, creyéndose perdida; mas de inmediato advirtió que el instinto no había engañado al caballo. Este hacía pie y resistía la correntada. Le dejó tomar un breve resuello, y luego le hostigó para no dejarlo enfriar.

—¡Hop, moro!... ¡Ya estamos!... Otro titoncito...

Las punzadas de sus heridas le hacían ver lucecitas. Casi se le atracaba el aliento. Pero tenía que llegar al rancho de la comadre Sínfora y llegó. Cuando quiso apearse del caballo, se derrumbó entre los brazos de ésta.

Curada y atendida por la vieja curandera y reconfortada con un traguito de caña, pudo al fin narrar el caso. Era necesario socorrer al pobre Goyo. Que le dieran el escapulario y los medicamentos, y ella volvería allá sin pérdida de tiempo.

—Pero, Ulogia, usted misma no puede volver a cruzar la cañada... Es una barbaridad... Mi hombre va a dir, si le parece...

Don Ruperto, el marido de la Sínfora, miró de soslayo a su mujer, y salió callado del rancho. Eulogia se dio cuenta que el hombre le cuerpeaba al peligro.

—Déjeme, comadre. Si pasé una vez, pasaré otra... Mi marido está allá herido; yo tengo que estar a su lado.

—Pero, usted también, comadre, está herida. No es cosa de cuidao, lo suyo, ya dije; pero la pérdida de sangre, el esfuerzo que acaba de hacer... Descanse un poco... quédese...

—Me quedaré entre el agua; pero así, cruzada de brazos, mientras mi pobrecito Goyo se muere allá...

No hubo más remedio que dejarla hacer como decía. La vieja Sínfora le preparó los yuyos, le dio el milagroso escapulario, y después de vendarle bien el muslo y el flanco, la aconsejó aún:

—Su moro debe estar medio acobardao con la cruzada... ¿Por qué no espera un poco más? En cuantito afloje la correntada, mi hombre lleva los remedios.

—Adiós, comadre —repuso Eulogia—, si en la ocasión no semos un poco machos, ¿pa qué servimos las mujeres?

Sínfora y Ruperto la vieron irse resuelta rumbo a la cañada. Cuando dobló el codo del camino, bajo la cortina de agua que seguía cayendo implacablemente, y se perdió tras un montón de talas, no pudo menos de decir la comadre:

—Es de lay, la Ulogia.

—Pero, ¿quién iba a decirlo? —comentó desorientado su marido.

Entre tanto, Eulogia llegaba otra vez frente a la cañada. Desde esta orilla, más alta que la opuesta, el aspecto de la corriente desbordada era realmente impresionante. La sábana líquida, maciza, espesa, toda hirviendo de espumas, se iba hacia abajo con un susurro amenazador. En vez de decrecer.

el caudal de aguas parecía haber aumentado y cubría por completo los talas de la otra orilla.

El caballo se resistió a penetrar en el agua. Una y otra vez desobedeció las riendas y volvió grupas a la correntada. Pero la china se asentó bien a las cruces y le castigó a talerazo limpio. Entonces, como un block, cayó el animal al agua.

En seguida la corriente empezó a trabajarle. Bracéó un trecho el pobre animal, mas en seguida se vio que derivaba.

—Si pierdo la picada, soy perdida —pensó Eulogia; y reanimó al caballo:

—¡Vamos, moro!... ¡Hop, hop!...

Manojos de pajas, troncos de árboles, remolinos de hierbas y raíces, pasaban como en un vértigo. El moro luchaba bravamente contra todos los obstáculos, pero empezaba a fatigarse. Ya no braceaba con aquel impulso salvaje que demostró la primera vez. Su resuello se hacía más hondo y precipitado.

Eulogia se hizo cargo de la situación. Más abajo, la cañada era muy profunda y resultaba peligrosísima. Entonces, para aliviar al animal, se cogió vigorosamente a las crines y desmontó, deslizándose en el agua al lado de aquél. Con su brazo libre, comenzó a nadar. Pero, de inmediato, el dolor que le mordía el flanco, acentuándose rápidamente, se hizo intolerable. La desdichada mujer creyó que no iba a poder resistir.

—Tengo que llegar... tengo que llegar... —murmuraba sordamente, resistiéndose a aquel desmayo de sus fuerzas físicas, para darse ánimo— Goyo me está esperando... Si no llego, se muere... ¡Tengo que llegar!

Sacando fuerzas de flaqueza y sobreponiéndose al dolor dilacerante de sus heridas, nadó con más vigor, animando de paso al caballo:

—¡Dale, morito!... ¡Hop, hop!...

El caballo pareció tocar fondo en ese momento y se reanimó; mas, en seguida, perdió pie otra vez y azotó las aguas revueltas con violencia, pegando casi una zambullida. Había allí un remolino que tiraba los cuerpos hacia abajo con imperio fatal. Eulogia se hundió también y tragó agua.

—¡Junajún! —hizo la china, saliendo otra vez a la superficie, turbios los ojos, todas las mechadas de su cabello pegadas al rostro.

El noble animal hizo un esfuerzo supremo contra la bárbara correntada, pero unas ramas entreveradas de lianas

le trababan los remos delanteros, y le arrojaron de lado. Eulogia sintió que el caballo se le iba de entre las manos y estiró el otro brazo para asirlo. ¡Ya era tarde! El pobre moro dio una vuelta sobre sí mismo, arrastrado por el torbellino, y con un tumbó espantoso, se fue por lo más hondo del cauce arrebatado por la corriente. Al mismo tiempo, rechazada por el envión, Eulogia desapareció de la superficie.

Al hundirse entre las aguas cenagosas, sintió los juncos rozarle todo el cuerpo. Temió quedar enredada en ellos y manoteó desesperadamente. Logró volver a la superficie. Miró con ansias y vio distante aún la orilla. Entonces se creyó perdida. Un vértigo de desaliento le nubló el entendimiento. Sin la ayuda del valeroso moro, comprendió todo su desamparo frente a las salvajes fuerzas de la naturaleza. Sí, estaba perdida. Iba a morir. Se ahogaría y la arrastraría la corriente, como había ahogado y arrastrado al caballo. No vería más a su Goyo; no vería más la luz del sol; no vería más su pobre rancho y su campito tan lindo...

—¡No quiero!... ¡no quiero!... —rugió su instinto con rabia.

Y porfió a nadar, sintiéndose vencida y a pesar del dolor que invadía todo su cuerpo. Se sumergió y flotó de nuevo; tragó más agua cenagosa; manoteó rabiosamente, con los ojos ya turbios, sin atinar con el rumbo, acaso. Las fuerzas la abandonaban; los oídos comenzaron a zumbarle; ya no veía nada.

—¡Goyo!... —clamó, en el instante en que se sentía hundir; y fue en ese instante que sus pies tocaron fondo.

Como una muñeca de resorte se enderezó. Sus manos, a ciegas, cogieron unos juncos. El agua la tironeaba hacia un lado; mas ella se afirmó, rabiosamente, con ansias de vivir. ¡Hacia pie! ¡estaba salvada! Volviendo al estado de conciencia, descansó unos instantes, siempre aferrada a las pajas que le tajeaban las manos, procurando orientarse. Al fin advirtió que estaba más abajo de la entrada del paso, en una ensenada flanqueada de talas. Segura ahora y recobrado el aliento, se arrancó al tironeo del agua, anduvo tropezando en los sumergidos juncos, pero aferrándose siempre a ellos para no perder pie, y logró al cabo llegar a los talas. Así que pisó tierra firme, se desmayó.

Cuando volvió en sí era ya noche cerrada. Le dolía todo el cuerpo con un dolor único. Quiso ponerse en pie y no pudo andar: tenía la pierna herida como muerta. No obs-

tante, se arrastró un trecho entre el barro. Para cruzar entre los talas tuvo por fuerza que pararse. Cogiéndose a ellos, y desgarrándose las manos con sus espinas, dio unos pasos. Cada uno le costaba un gemido. ¡No importa! Tenía que llegar hasta su Goyo. Se acostumbró al dolor. Caminaba un trecho y gateaba otro; descansaba breves instantes, tanteándose las heridas del flanco y del muslo, y luego volvía a caminar y a arrastrarse. Así fue durante una hora, dos, tres... gimiendo y retorciéndose de dolor. Por fin, bajo la lluvia implacable y entre las sombras de la noche, surgió de repente la masa informe de la pulpería.

—¡Jesús María! —llamó, con voz quebrada.

El sobrino la oyó y vino en su ayuda.

—¡Ulogia! ¿qué le ha pasao?... ¡No se lo dije, pues!...

—¿Cómo está Goyo? —inquirió anhelante, sin atender las exclamaciones de alarma del muchacho.

—Y... yo creio que está bien... Volvió en sí... Habla. Ya preguntó por usted distintas ocasiones.

—Llévame allá... Traigo los remedios, gracias a Dios. Salvaremos a Goyo.

Y así, deshecha, casi sin alientos, borracha de fiebre, con una pierna envarada y todo el flanco mordido por atroces dolores, la china Ulogia fue a sentarse al lado de su Goyo, para atenderlo personalmente y esperar que los menjurjes y emplastos de la comadre Sínfora, robustecidos por el poder milagroso del escapulario, obraran la cura del herido.

—¿No te lo decía, mi negro?... Si esto no va a ser nada... Un apurón, nada más... Un apurón...

El cuento uruguayo 5

Isidoro de María

Fruta del tiempo 9

Daniel Muñoz

Una acampada 13

Eduardo Acevedo Díaz

El combate de la tapera 23

Manuel Bernárdez

El desquite 35

Javier de Viana

¡Por la causa! 50

Facundo Imperial 71

Puesta de sol 83

Carlos Reyles

Mansilla 86

Domingo Arena

El burro de oro 96

José Enrique Rodó

Los seis peregrinos 110

Victor Pérez Petit

La china Ulogia 119

Se terminó de imprimir
en enero de 1966
en los Talleres Gráficos JULIO KAUFMAN S.R.L.,
Corrientes 1976 - Buenos Aires



erie del nuevo mundo

EDITORIAL UNIVERSITARIA DE BUENOS AIRES

